



SUSURROS  
EN LA  
NOCHE

**Diane Pershing**

e lit

Susurros en la noche

Pershing Diane

# Sinopsis

Todo comenzó con un golpe en mitad de la noche... que cambiaría sus vidas

Cuando empezaron a pasar cosas extrañas en su aislada casa, Kayla Thorne recurrió a la ayuda de Paul Fitzgerald. Quizá hubiera sido un error, porque Paul era ex policía... y ex presidiario, aunque él insistía en que le habían tendido una trampa. Pero si tanto deseaba probar su inocencia, ¿por qué perdía el tiempo arreglándole la casa?

Paul parecía empeñado en ganarse su confianza... mientras el misterioso peligro iba aumentando y Kayla cada vez necesitaba más que alguien la protegiera. Paul era el perfecto protector porque no necesitaba nada de ella... ¿o quizá sí? De pronto Kayla empezó a preguntarse por qué Paul se había acercado a ella... y hasta dónde pensaba llegar.

# Capítulo 1

Crack.

El ruido despertó a Kayla del primer sueño sin pesadillas en mucho tiempo. Abrió los ojos de golpe y se incorporó en la cama. Los números rojos del reloj que había sobre la mesilla marcaban las 2:30 de la mañana. Durante unos minutos se quedó paralizada, tratando de escuchar algo más por encima del latido angustiado de su corazón. Como no ocurría nada más, pensó que habrían sido imaginaciones suyas y, lentamente, se acurrucó en la cama y fue cerrando los ojos poco a poco.

Craaack.

Ahí estaba otra vez, proveniente del porche justo debajo de su dormitorio. No era el agudo chirrido de las viejas cadenas que sujetaban el columpio ni el quejido de las ramas de los árboles que se balanceaban con el viento. No, era más bien un crujido y definitivamente provenía del porche porque había unas tablas sueltas en el suelo que crujían cuando se pisaba encima.

Como en ese preciso instante.

La sensación de sueño se evaporó y el miedo se apoderó de ella al pensar que algo o alguien estaba en su porche.

Rápidamente se puso a buscar una explicación, sin éxito. Probablemente se tratara de un animal pero tendría que ser grande para hacer tanto ruido. ¿Un ciervo? ¿Un coyote, tal vez? Preguntaría a algún vecino aunque no había nadie en tres kilómetros. Tal vez estuviera haciendo una montaña de un grano de arena.

Craaack.

O tal vez no. El corazón se le aceleró mientras trataba de recordar

si había cerrado bien las puertas. Las otras veces que había estado en la cabaña con Walter había visto cómo éste se reía de sus miedos de chica de ciudad y le había dicho que en una pequeña localidad de montaña como Cragmont nadie se molestaba en cerrar las puertas con llave. Pero sin la presencia de Walter ella había preferido cerrar bien. Los ruidos se estaban haciendo más fuertes.

Kayla no sabía qué hacer. Su mente daba vueltas frenéticamente al compás de su pulso. Podría esconderse bajo la cama. Durante su infancia llena de pesadillas, había llegado a la conclusión de que lo importante era no llamar la atención hacia ella.

Pero ya no volvería a hacerlo. En los últimos años se había obligado a enfrentarse al peligro y a los retos con la cabeza bien alta aunque eso no significaba que el miedo hubiera desaparecido. Sabía que era una persona asustadiza pero luchaba con fuerza para no dejarse vencer por la sensación de miedo.

A pesar del terror que sentía, sacó fuerzas de flaqueza. Retiró el edredón y se dispuso a salir de la cama tratando de no pensar en las horribles fantasías que poblaban su mente.

En ese momento, *Bailey* se despertó. El viejo, medio sordo y tuerto Yorkshire terrier empezó a ladrar, pero no porque oyera ruidos sino porque Kayla lo había despertado. Su ladrido era agudo y molesto y Kayla trató de hacerlo callar pero al momento cambió de opinión. Tal vez el ladrido sirviera de algo, después de todo, y asustara al intruso.

Se humedeció los labios y se puso la bata y las ridículas pero confortables zapatillas con forma de conejitos. Después, tomó el atizador de la chimenea y salió de la habitación con el perro en brazos, la madera del suelo protestando sonoramente bajo sus pies.

—¡Chsss! —susurró Kayla tapándole el hocico con una mano. *Bailey* se cayó y se acurrucó entre los brazos de Kayla que lo abrazó con fuerza esforzándose por oír.

Los ruidos continuaban en el piso de abajo pero ya no provenían

del porche sino de un lado de la casa. Se oía el susurro de las hojas agitadas por el viento, el crujido de las ramas y al fondo una especie de gruñido.

Kayla se preguntó si sería ése el ruido que hacían los osos. Las chicas de ciudad no diferenciaban entre los ruidos de los distintos animales. Pero de lo que sí estaba segura era de que no iba a salir a averiguarlo.

Temblando aún por el frío y el miedo, Kayla se sentó en el penúltimo escalón y miró a través de los barrotes de la barandilla hacia las ventanas sin cortinas. Estaba muy oscuro fuera y lo único que diferenciaba eran los altos árboles y las sombras que proyectaban a la luz de la luna. Lo que la llevó a pensar en los hombres lobo.

«Ni se te ocurra pensar en eso ahora». Bastante aterrador era el mundo real sin tener que incluir los cuentos. Ella ya no creía en esas cosas... casi. El temblor del cuerpecillo de *Bailey* la sacó de su ensimismamiento. Ciertamente no era un perro guardián.

Siguió esforzándose por oír más ruidos y allí estaban: ramas que crujían, algún que otro gruñido, pero se estaban alejando. Y a continuación, el silencio. Los segundos se convirtieron en minutos sin escuchar ni un solo ruido excepto el suave susurro de las hojas y el ulular de un búho en la lejanía.

El miedo fue cediendo al igual que la sensación de peligro. Suspiró al pensar que nada en su vida podía ser nunca sencillo. Ni siquiera buscar refugio en la cabaña de la familia de su difunto esposo en busca de paz y soledad.

Llevaba allí dos días, desde el viernes, y no había hecho otra cosa que sentarse en el amplio porche de madera a contemplar las vistas: las montañas Catskill relucientes bajo los tonos ocres del otoño; un pequeño valle que albergaba diminutos pueblos; los tonos rojos, amarillos y naranjas y kilómetros de un cielo azul profundo sobre los riscos.

Pero Kayla no lograba ser feliz aunque notaba que sus heridas habían empezado a sanar. Si lograra dormir...

\*\*\*

Toc, toc, toc.

—¿Señora Thorne?

Kayla se despertó sobresaltada, sin saber dónde estaba. Desorientada, miró a su alrededor. Era de día.

—¿Qu-qué? —murmuró.

Toc, toc, toc. Los toques a la puerta hicieron que Kayla mirara en la dirección de la que provenía el ruido. Dos rostros, ambos masculinos, miraban a través de la ventana del salón. Kayla dio un respingo y despertó a *Bailey*, que comenzó a ladrar.

—Calla, *Bailey* —dijo Kayla pero el perrillo no le hizo caso—. Ve a buscar a Arnold —añadió.

Mientras el perro iba a buscar su muñeco, Kayla saludó débilmente a los visitantes, a uno de los cuales conocía, y les indicó la entrada lateral. Se frotó la cara mientras atravesaba el salón en dirección a la cocina para abrir la puerta.

—Señor Boland —dijo asintiendo con la cabeza tratando de parecer despierta. Se había quedado dormida en las escaleras y le dolía terriblemente la espalda.

—Hank —corrigió el hombre de mediana edad, medio calvo y barrigón, con una sonrisa que dejaba a la vista las dos fundas de oro que llevaba—. No es necesario que me llame «señor».

—Hank —repitió Kayla—. Por favor, entren —añadió con una sonrisa.

Cuando se retiró para dejarlos entrar, Kayla se fijó en el otro hombre, al que no conocía, que se mantenía a una prudente distancia. Tras observarlo atentamente, su sonrisa desapareció y contuvo el aliento. Era un tipo enorme, aterrador casi. Parecía el Increíble Hulk aunque no era verde.

El extraño medía más de un metro ochenta y cinco. Tenía el pelo oscuro rapado al uno. El tono de su piel era aceitunado y tenía la nariz un poco aguileña, las mejillas y la mandíbula cinceladas. Su boca era una línea delgada y severa. Le recordaba a una de esas fotografías antiguas de los guerreros indios nativos. Iba vestido con vaqueros aparentemente nuevos, botas de trabajo y una chaqueta, también vaquera, desgastada sobre una camiseta negra que no podía ocultar el poderoso cuerpo que había debajo. Un aspecto que a ella nunca le había llamado la atención.

Pero era la expresión, o la falta de ella, en sus ojos claros lo que más la impresionó. Dura y sin sentimientos, ni una pizca de calidez, desprovistos de vida. Un escalofrío de inquietud, casi de temor, le subió por la columna vertebral.

Hank le hizo un gesto al hombre invitándolo a entrar.

—Éste es Paul Fitzgerald. Es muy hábil con las manos.

Automáticamente, Kayla las miró. Eran grandes, anchas, endurecidas. Capaces de hacer mucho daño si se lo proponía.

—Paul es uno de mis hombres. Es nuevo —continuó Hank.

Kayla se preguntó qué habría querido decir Hank con eso, pero al momento recordó lo que Walter le había contado de Hank Boland. El dueño de la ferretería, además de electricista, fontanero y manitas del pueblo, Cragmont, era un ex presidiario y confiaba en que había que dar una segunda oportunidad a todo aquél que hubiera cumplido su pena en la cárcel. Lo que significaba que el hombre que lo acompañaba era también un ex presidiario.

Era una manera genial de empezar el día.

—Ya veo —dijo tragando con dificultad—. Encantada de conocerlo, señor Fitzgerald.

«Mentira», pensó Kayla cuando el hombre se limitó a asentir con la cabeza con expresión fría. No estaba encantada de conocerlo y debió de transmitir algo de su actitud al hombre, que no se acercó ni le ofreció la mano. «Mejor», pensó Kayla, que no deseaba ver

engullidas sus manos en las garras de aquel tipo.

—Sí, Paul lo arregla todo —dijo Hank alegremente—. Antes hacía reformas. Es muy bueno.

—Ya veo.

—He venido para comprobar la filtración en el suelo de la iglesia que nos comentó el viernes y creí adecuado traer a alguien conmigo para que revisara los arreglos que usted quería hacer aquí —continuó Hank sonriendo de nuevo mientras sacaba una lista con algo garabateado en ella—. Paul es el hombre que necesita.

«Se equivoca», estuvo tentada de decir Kayla. Nadie con una apariencia tan fría, que exhalaba violencia contenida por todos los poros de su piel, podía ser el hombre que ella necesitaba. ¡Era más bien su más terrible pesadilla encarnada en hombre!

Se preguntó por qué habría sido encarcelado. A continuación se llevó la mano al pecho al darse cuenta de que estaba aterrorizada, de nuevo. Si seguía con él mucho más tiempo sufriría un ataque de pánico.

—¿No puedes hacerlo tú? —le preguntó a Hank, consciente de que su voz sonaba desesperada.

—Lo siento, pero estoy muy ocupado con la casa de los Gillespie. Tienen todo el tejado podrido después de las tremendas heladas del año pasado. Tengo que terminar allí antes de que llegue el invierno.

—Vámonos, Hank —dijo el otro hombre con un gruñido dándose la vuelta para marcharse. Parecía irritado—. Estoy incomodando a la señora.

—No, espera —dijo Hank tomándolo del brazo y volviéndose hacia Kayla—. Señora Thorne —suplicó—. Dele una oportunidad. Lo ha pasado mal y ni siquiera era culpable.

—¿No es eso lo que dicen todos? —dijo ella sin poder evitarlo y como recompensa obtuvo una mirada de frío desprecio por parte de Paul Fitzgerald.

—No —respondió Hank, empujando al reticente hombre hacia

Kayla—. Lo que quiero decir es que era inocente, de verdad. Le tendieron una trampa. Paul nunca debería haber ido a la cárcel.

Las palabras de Hank, junto con su expresión sincera, hicieron que Kayla se detuviera. Inspiró profundamente y dejó escapar el aire tratando de recuperar la compostura. Después miró al hombre de nuevo tratando de ser objetiva.

El hombre permanecía en el marco de la puerta y, de nuevo, su estatura la sobrecogió. A pesar de medir metro setenta y tres de estatura, tenía que estirar el cuello para mirarlo. Continuaba con gesto serio y su expresión era dura. Era evidente que no tenía la menor intención de ganarse su confianza lo que, por una parte, la impresionó. Kayla sabía lo que era sentirse encasillada, prejuizada y despreciada. Sólo por eso tenía que darle una oportunidad.

Además, su reacción hacia él no tenía que ver con su persona y ella lo sabía. Era su forma de actuar frente a un hombre que rezumaba testosterona a espuestas, el tipo de hombre que a ella nunca le había hecho falta.

—Bien... —comenzó a decir aún indecisa entre razonar como una adulta y huir de allí.

Entonces, Paul Fitzgerald le miró los pies, las zapatillas de conejitos, que no recordaba llevaba puestas. Cuando levantó la vista de nuevo, una chispa de diversión parecía brillar en sus ojos. Duró sólo un segundo, pero Kayla la había visto, y le hizo reconsiderar la situación. Tenía que ser comprensiva y darle a aquel hombre una oportunidad.

—Creo que ya es hora de que me vista como es debido. Serviros café. Los dos —dijo indicando hacia la cafetera automática—. Enseguida bajo.

Cuando la mujer se giró para salir de la cocina, Paul siguió con la mirada sus movimientos. Notaba la boca repentinamente seca y se humedeció los labios. Se sentía como un hombre hambriento en una habitación donde había un banquete servido, un banquete que no se

le permitía degustar, pero nadie podía prohibirle mirarlo. Aunque llevara puesta la bata larga, saltaban a la vista las curvas de aquella mujer. Alta y delgada, cintura estrecha y caderas redondeadas. Se movía con gracia, a pesar de aquellas ridículas zapatillas.

Al verla en la cocina al llegar, el plano frontal le había parecido tan deslumbrante como el plano trasero le parecía en ese momento. Tenía el pelo de un tono rubio claro, liso, que le llegaba a la altura de los hombros; los ojos azules se enmarcaban en un rostro con las mejillas cinceladas, que no era hermoso pero tampoco inexpresivo. Su padre habría dicho que era un rostro con carácter. Aquella mujer tenía carácter. También tenía unos pechos generosos a juzgar por la forma en que la bata se le ajustaba y cómo se balanceaban ligeramente cuando andaba.

Pechos de verdad. Caderas de verdad. Ojos azules de verdad. No era una foto sino una mujer grácil y atractiva de carne y hueso.

Y, definitivamente, no estaba loca por él.

Tampoco podía culparla. Era un tipo duro y estaba furioso. No quedaba en él ni un resquicio de cortesía y buenas maneras. En los últimos cuatro años, su comportamiento civilizado había ido cediendo poco a poco por el brutal entorno que lo rodeaba hasta dar paso únicamente al instinto de supervivencia.

Mientras Hank servía dos generosas tazas de café, Paul entró en la cocina pensando que había conseguido llevar a cabo la primera parte de su plan, tener acceso a Kayla Thorne, pero una sensación con la que no contaba lo había golpeado nada más llegar. La mujer que les había abierto la puerta era muy diferente de la que él había esperado. En la cárcel había visto mucho la tele y Kayla Thorne era muy conocida aunque detestada.

Era una gran historia. Ella era la enfermera especialmente contratada para cuidar de la mujer enferma del millonario Walter Thorne. Finalmente, seis meses después de la muerte de la mujer, ella se casó con Walter Thorne, de setenta años, cuarenta y cinco años

más viejo que ella. Llevaban tres años casados pero la diferencia de edad y la extremada diferencia de estatus económico habían sido la fuente de cotilleos para la prensa rosa. Hacía un año de la muerte de Thorne y ella se había convertido en una joven millonaria que tenía que compartir su herencia con los hijos mayores de su esposo.

En todo ese tiempo, la señora Thorne no había concedido una entrevista, ni había protagonizado ningún programa para defenderse de las injurias. Ni durante el matrimonio, ni después. Así que los medios habían creado una personalidad que atribuirle, una mezcla entre una fantasía erótica y una conspiradora que sólo quería el dinero del viejo. Corrían los rumores sobre si el romance habría empezado antes de la muerte de la mujer, sobre si la habrían asesinado juntos y finalmente, si habría acabado ella misma con la vida del anciano a sangre fría.

En ambos casos había salido libre de cargos, pero la sospecha seguía pesando sobre ella, incluso para Paul. Cualquiera encubriría un crimen por una buena cantidad de dinero. Además, cuando se enteró de su nombre de soltera, Vinovich, la asoció rápidamente con gente de baja calaña y estafadores. Tenía muchas pruebas y experiencia para demostrarlo.

Sin embargo, a juzgar por el primer encuentro entre ambos, a menos que fuera una gran actriz, parecía que tanto sus suposiciones como las de la prensa carecían de base. Kayla Thorne era más suave de lo que aparecía en las fotos. Más cerca de un ser humano que de una víbora. Era rubia natural, no teñida; amable y no una diva, nada de una nueva rica, señora de tal.

La casa también era sorprendente, al menos desde el exterior. Vieja, incluso destartada. Hacía falta reemplazar una tercera parte de los tablones de madera de los suelos y no veía servicio doméstico por ninguna parte. La cocina era antigua, excepto la cafetera reluciente y el novísimo microondas. Los elementos de la batería de cocina que colgaban de un raíl sobre el horno parecían todos viejos y

gastados. Los azulejos estaban desconchados. El fregadero, grande y profundo, probablemente había sido instalado en los años treinta. Dueños de una fortuna y aquella casa estaba para tirar y construir de nuevo. Extraño.

Oyó los pasos de la mujer que regresaba y al momento la vio aparecer. Había estado apoyado contra una de las encimeras de azulejo, bebiendo su café, pero se puso rígido automáticamente al verla, vestida con un chándal azul marino y zapatillas de deporte, el pelo recogido en una coleta. Tenía el rostro reluciente, como si se hubiese lavado, lo cual le daba un aspecto juvenil.

—¿Habéis encontrado la leche? —preguntó evitando mirar a Paul.

—Por supuesto —dijo Hank—, y el azúcar.

—Me alegro —dijo, sirviéndose una taza, y dio un sorbo. Después se aventuró a echarle un vistazo a Paul. La cocina era pequeña, no había mucho espacio para maniobrar, y estaban los tres bastante cerca. Paul se percató del olor a jabón y crema floral. Durante un momento, se sintió mareado.

—Es un buen café —dijo tratando de recordar lo que era ser amable. Quería ese trabajo, por muchos motivos, no sólo los obvios, y hasta el momento no habían cerrado ningún trato.

De repente, un animalillo apareció por la puerta, con algo sucio y desarrapado entre los dientes. Paul frunció el ceño. Nunca había sido muy amigo de los Yorkshire, esa especie de rata con pelo, y se reafirmó en su opinión cuando el bichejo se dio cuenta de que había extraños en la casa. Soltó el juguete que llevaba en la boca y empezó a soltar unos «feroces», agudos y extremadamente irritantes ladridos.

La mujer lo tomó en brazos y empezó a consolarlo.

—Ya pasó, cariño —dijo con ternura. El animal dejó de ladrar y empezó a sollozar, un sonido igual de desagradable para Paul—. *Bailey* está un poco asustado —dijo a continuación—. Anoche tuvimos un visitante nocturno y se asustó mucho —dijo mientras lo acariciaba—. ¿Quieres una galleta? —dijo mientras sacaba una de un

bote.

Paul observó cómo acariciaba la cabeza del perro, cómo le rascaba entre las orejas. Tenía unas manos delgadas y bonitas, con unos dedos largos y las uñas cortas y aseadas. No le importaría que le acariciara la cabeza ni que le rascara por todo el cuerpo.

Su cuerpo reaccionó de forma extraña ante la idea. Se maldijo por ello. No quería que sus hormonas danzaran en presencia de Kayla Thorne. Aunque sabía que nadie lo notaría. En la cárcel había aprendido a esconder cualquier emoción y reacción física, pero como hombre libre, no le resultaba tan fácil.

No era que aquella mujer tuviera algo especial. Se habría sentido igual delante de cualquier otra mujer. Además, aquella mañana estaba experimentando muchas otras diferentes fuentes de estimulación que deberían haberle bastado para no tener la reacción que estaba teniendo. Después de cuatro años entre rejas, estaba libre en la cima de una montaña y rodeado de árboles, pero sobre todo, aire fresco, una cocina cálida y café recién hecho.

Y aquella mujer. La tensión que estaba experimentando en la entrepierna era cada vez mayor y un deseo fiero casi lo dejó sin aliento. Sí, especialmente aquella mujer.

No era la primera mujer que había visto desde que saliera cinco días antes pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que intimara con una y, en ese momento, Kayla Thorne estaba provocando en él una reacción más fuerte de lo que habría imaginado.

Y no le gustaba. Se giró un poco para alejarse de ella.

—Este sitio es bastante viejo —dijo en un intento por dirigir la conversación hacia terreno seguro pensando que ganaría puntos ante ella si le demostraba que sabía lo que estaba haciendo—. Debe de tener más de cien años.

—¿Y va a quedarse aquí?

—Oh, no —dijo Hank contestando por ella—. Siempre ha sido

propiedad de la familia Thorne.

La señora Thorne leyó correctamente el significado de la ceja levantada de Paul.

—Mi difunto marido, Walter, dijo que quería que se mantuviera como él la recordaba cuando era niño, antes de que existieran los cubos de basura y los frigoríficos —explicó ella y una sonrisa iluminó su rostro—. Fue muy feliz aquí con sus abuelos, cada verano. Una época dorada, solía decir.

Paul observó la preciosa sonrisa de Kayla y se sintió atraído por su genuina simpatía. Pero al momento, rechazó despiadadamente el pensamiento. Tenía un trabajo que hacer, y no podía permitirse ningún sentimiento. Además, ya no creía en las posibilidades entre hombres y mujeres.

Kayla pensaba que estaba demasiado cerca de Paul Fitzgerald en aquella diminuta cocina. A pesar de la heladora mirada de sus ojos, su enorme cuerpo irradiaba tanta energía que se podía sentir su calor.

—Creo que la cocina es un poco pequeña para los tres. ¿Salimos fuera mejor? —preguntó dejando a *Bailey* en el suelo.

Y diciéndolo pasó delante de los dos hombres y salió al jardín que rodeaba la casa. Se sintió refrescada cuando notó el aire de la mañana en el rostro. Sentía las mejillas ardientes.

Se preguntó por qué estaba teniendo aquellas reacciones, primero escalofríos y después calor, delante de Paul Fitzgerald. La respuesta no se hizo esperar: le daba miedo aquel hombre. Aunque no fuera sólo eso lo que le inspiraba.

Tuvo que admitir que no. Junto a él en la cocina había sentido algo extraño; una conexión con él, por no mencionar un escalofrío y un estremecimiento en diferentes partes de su cuerpo. Había un nombre para eso: química.

¡No! Su mente se rebeló. Paul Fitzgerald tenía la personalidad de un asesino en serie, incluso podría serlo y, aunque había mujeres que

encontraban excitantes a los hombres potencialmente violentos y peligrosos, ella no era una de ellas.

Achacó aquellos pensamientos a su falta de sueño. Su estado emocional era bastante frágil desde la muerte de Walter y cualquier idea de una relación con Paul Fitzgerald pasaría. Eso esperaba. Y podía conseguirlo si no lo contrataba.

Los hombres la habían seguido fuera de la casa, hasta un gran pino situado junto a un montón de estiércol.

—No quiero parecer estúpida, señor Boland, quiero decir, Hank —dijo con otra brillante sonrisa evitando la mirada de Paul—, pero ¿hay osos por aquí?

—¿Osos?

—Oí algo anoche. Me despertó y supongo que *Bailey* no era el único asustado. Me debí quedar dormida mientras esperaba a oírlo de nuevo.

—¿Osos? —repitió Boland rascándose la cabeza—. Podría ser. Estamos en plena naturaleza aquí arriba. Podría haber sido un coyote también, incluso un mapache.

—¿Los mapaches pesan tanto como para hacer crujir la madera del suelo?

—Bueno, ahora...

—Aquí está el culpable —dijo Fitzgerald, interrumpiéndolo y agachándose a recoger algo que había sobre el estiércol—. Huesos de pollo.

—¿Cómo dice? —preguntó Kayla.

—Si no quiere atraer a los animales salvajes, tiene que evitar tirar restos de comida de origen animal sobre el estiércol. Sólo restos de vegetales pero nada de huesos o grasa.

—Ya lo sé —contestó ella cruzándose de brazos ante el tono ligeramente condescendiente de él.

—¿De veras? —preguntó él levantando una ceja de sorpresa.

—Sí. Walter, mi difunto marido, me lo enseñó, y ahora tengo

mucho cuidado con lo que tiro. Sólo vegetales. Meto el resto de las basuras en bolsas de plástico que dejo en el cuarto de la basura hasta que vienen a recogerla. No soy tan estúpida, ¿sabe?

Kayla estaba realmente enfadada con aquel hombre por pensar que era una idiota y consigo misma por haber tenido pensamientos de deseo hacia él momentos antes. Aunque, afortunadamente, habían sido pasajeros.

—Además —añadió alzando la ceja en actitud desafiante—, no he comido pollo desde que llegué, así que no he podido ser yo la que haya dejado ahí esos huesos.

De nuevo, el hombre alzó una ceja y se encogió de hombros. Después se incorporó tapándole el sol con su cuerpo.

—Puede tratarse de un vagabundo —dijo metiéndose los pulgares en los bolsillos traseros de los vaqueros, haciendo que el tejido de su camiseta se estirase y dejando a la vista los poderosos pectorales—. ¿Qué crees tú, Hank?

—Puede ser —respondió el otro hombre—. Esto está muy alto para que se acerquen extraños hasta aquí pero también puede ser un gran escondite si estás huyendo —dijo rascándose la cabeza—. Ojalá pudiera ayudarla, señora Thorne. ¿Está segura de que está bien aquí sola? ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Todo lo que haga falta.

—Pensé que sólo serían unos días.

—No lo sé —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Pero no será en invierno... —insistió Hank—. Esta parte suele quedar bloqueada por la nieve.

—¿Y no hay servicio de quitanieves?

—Yo no contaría con ello. No hay casi nadie. Estaría bastante sola, sin forma de bajar de la montaña.

—Tal vez —intervino Paul Fitzgerald—, podría decirle a alguien de su familia que viniera a hacerle compañía. Su padre, un hermano...

Kayla sintió ganas de reír amargamente ante lo ridículo de la sugerencia pero se limitó a encogerse de hombros.

—Creo que no. De todas formas, queda mucho para el invierno.

—Tal vez sólo un mes o así —calculó Hank Boland—. Estamos a últimos de septiembre. Empieza a nevar en otoño.

—Hank Boland —dijo Kayla, las manos apoyadas en las caderas—, ¿tratas de asustarme?

El hombre levantó las palmas de las manos con expresión de humildad.

—Sólo soy un hombre anticuado, supongo, respecto a las mujeres que están solas aquí arriba rodeadas de animales salvajes. Por si la atacaran o algo.

—Puedes ser lo anticuado que quieras —dijo ella con sonrisa bondadosa—, pero te aseguro que puedo cuidar de mí misma.

Los dos hombres intercambiaron una mirada cómplice pensando lo tontas que podían ser a veces las mujeres, pero Kayla decidió ignorarlos. El cerebro masculino funcionaba de manera distinta al femenino.

—Mire —dijo Hank—, será mejor que eche un vistazo a la gotera de la iglesia. ¿Por qué no discuten los trabajos que quería hacer en la cabaña?

Era el momento de decir que no. No tendría que explicar sus razones. Después de todo, ella era la que pagaba y podía decidir. Pero antes de que pudiera decir nada, Paul se le adelantó.

—¿Qué iglesia es ésa?

Kayla señaló hacia un zona llena de abedules a unos metros de la cabaña.

—Está por ahí. La iglesia de piedra. Es parte de la propiedad familiar.

Paul siempre había sentido fascinación por la arquitectura antigua americana y tenía curiosidad por verla.

—¿Le importa si voy a echar un vistazo con Hank?

—Supongo que podemos ir los tres —dijo ella.

—¿Se sigue utilizando para oficios religiosos? —preguntó Paul a Kayla mientras se dirigían hacia el lugar.

—En realidad se usa ocasionalmente, para alguna boda y para funerales. Para ser miembro de una congregación hay que bajar a Susanville.

Susanville.

El nombre le produjo un escalofrío. Allí estaba la prisión en la que había pasado cuatro horribles años.

Caminaron brevemente por la carretera principal y después enfilaron un camino que llevaba a la iglesia. Paul trató de olvidar los recuerdos. Era libre. Su abogado había conseguido la condicional para él, pero si tenía suerte, nunca volvería. No podía volver.

Por eso estaba allí, en las montañas Catskill, comprobando el estado de aquella iglesia con Kayla Thorne. Ella tenía la llave de su libertad aunque dudaba mucho que ella lo supiera.

Y si jugaba bien sus cartas, ella nunca tendría por qué saberlo.

## Capítulo 2

Kayla recordó la primera vez que visitó la iglesia. Había sido cuatro años atrás, cuando Walter la llevó a la cabaña en su luna de miel. Le había enseñado el retiro de su familia en las montañas y le había contado historias de su niñez sin poder ocultar el orgullo y el sentimentalismo de su voz. Y ahora, no podía evitar comparar ambos momentos.

Con sentimiento de culpabilidad, comparó a su difunto marido con Paul Fitzgerald. Walter medía un metro setenta y cinco, su cuerpo delgado más que musculoso, y sus setenta años a pesar de sus ideas modernas propias de un hombre más joven. Paul era mucho más alto y musculoso y también más joven. Kayla, que siempre había caminado con brío, había tenido que reducir el paso para adaptarse al de Walter. Sin embargo, ahora tenía que esforzarse por mantener el ritmo.

Se detuvieron delante del edificio que era relativamente modesto para como solían ser las iglesias. Constaba de un solo piso pero parecía un edificio alto por la aguda inclinación del tejado y la alta torre del campanario que aún conservaba la campana original de cuatrocientos kilos.

Paul Fitzgerald pasó una de sus manos por las piedras grises y polvorientas de la fachada.

—Trabajo sólido —dijo y Kayla detectó el tono de admiración y hasta de emoción en la su rostro—. ¿Sabe algo de su historia?

—Sólo lo que viene en el folleto de información. Piedra local tallada por maestros italianos —explicó Kayla—, que fueron traídos a América en 1890 para ello expresamente. Una rica viuda, Honoria

Desbaugh, la construyó en honor de su marido. Durante años, fue regida por unos monjes, un brazo de una orden llamada Hermanos del Sagrado Nazareno. Sus dormitorios estaban en lo que ahora es nuestra cabaña. Uno a uno, los monjes fueron muriendo y el lugar quedó abandonado allá por los años veinte cuando la familia de Walter compró toda la finca.

—La iglesia forma parte de las visitas turísticas en la época de verano —añadió Hank—. Le viene bien al pueblo —dijo abriendo la gruesa puerta de madera.

Igual que otras veces, la tranquilidad que se respiraba en el interior de la iglesia fue como un bálsamo para los nervios de Kayla. Permaneció en el centro de la nave y respiró profundamente. Olía a humedad y a tierra.

La calma duró sólo unos segundos porque Paul Fitzgerald se colocó a su lado, las manos en los bolsillos, mientras miraba el techo cubierto de pesadas vigas. Kayla no pudo evitar ver el fuerte cuello y la prominente nuez. El sol que se filtraba por las vidrieras proyectaba sombras sobre los rasgos bien definidos de su rostro. Pensó que era como una estatua.

—Se mantiene bien —dijo.

—El señor Thorne pagó la restauración hace años —dijo Hank.

—Walter formó una fundación para que se ocupara de su mantenimiento.

—Religioso, ¿eh?

—No demasiado —contestó—. En realidad, sólo quería que la iglesia se mantuviera sin denominación alguna para que sirviera para albergar todo tipo de credos.

Paul ladeó la cabeza y la miró. Sus ojos grises parecían no tener vida y el tono de voz que empleó estaba lleno de amargura.

—¿Y si no crees en ningún dios?

—¿Acaso no cree todo el mundo en algo? —preguntó ella con suavidad.

Él continuó mirándola pero su rostro no revelaba ningún sentimiento. Kayla volvió a sentir que la sangre se le helaba, señal de su terror a la violencia que emanaba de él.

—Si usted lo dice —dijo él cediendo finalmente.

Se acercó entonces a una de las paredes y pasó la mano por la piedra igual que hiciera fuera. Algo cerca de sus pies le llamó la atención e, inclinándose, comenzó a rascar el suelo.

—Aquí debe de ser, Hank. La mancha de humedad está aquí porque la madera está podrida.

—De acuerdo. Iré a echar un vistazo en el sótano para ver de dónde viene. Tardaré sólo un momento.

Kayla observó cómo Paul se acercaba al altar. En la pared que había tras éste, se alzaban cinco estatuas de santos hechas en madera, de poco más de un metro de alto. Las estudió en silencio durante unos momentos. Kayla se preguntó en qué estaría pensando. Se preguntaba también por qué no podía deshacerse de esa necesidad que sentía por comprender a aquel hombre sin sentimientos. No era asunto suyo, especialmente porque pensaba despedirse de él en cuanto regresaran a la casa.

Enfadada consigo, siguió con la vista los movimientos de Paul Fitzgerald por la iglesia hasta que éste se detuvo frente a las vidrieras. Algunas estaban dedicadas a personas que habían fallecido hacía muchos años, entre 1900 y 1970. Los Desbaugh habían dado paso a los Montgomery y éstos a los Thorne. Se acercó a él cuando llegó a la que era su favorita. El vidrio era de un color rosa que seguía todos los tonos desde el pálido al rojo fuerte. En la base de la vidriera subía una parra de alegre tono verde y sobre ella las palabras: *Juntos para siempre*.

—¿No es preciosa? —dijo Kayla.

El hombre tardó un poco en contestar.

—Sí.

—Quiero que hagan una en honor de Walter.

De nuevo, Paul tardó en responder.

—Qué bien.

Kayla no sabía si estaba siendo sarcástico. Habían llegado al extremo más alejado de la nave y Paul abrió la puerta trasera. La luz del sol entró a raudales, borrando las sombras y el halo de misterio.

—¿Qué es eso? —preguntó Paul, pero salió sin esperar respuesta atravesando un arco conmemorativo.

Cuando lo alcanzó, el hombre ya había cubierto la distancia que llevaba al monumento, un arco alto y estrecho hecho de pequeñas piedras cubiertas de marfil. Paul se quedó debajo con la cabeza levantada para admirarlo. El instinto de Kayla la empujaba a acercarse a él para apreciar la vista y contarle la historia de aquel arco. Pero la idea de estar junto a él la ponía nerviosa. Se quedó a unos metros de distancia.

—Se trata de un arco conmemorativo en honor de los indios nativos de estas montañas —dijo Kayla elevando la voz para hacerse oír—. La señora Desbaugh tenía sangre Mohawk y quiso que el arco formara parte de la construcción original.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Estoy desobedeciendo alguna ley por estar aquí fuera?

—En absoluto —el viento agitaba su pelo recogido en una coleta haciendo que se le fuera a la cara, y se lo retiró.

—Pero preferiría que no estuviera aquí.

—No, no, no es por usted. Es que soy un poco supersticiosa —dijo ella incómoda.

—¿Existe una maldición o algo? —preguntó él en tono de burla—. ¿Te ocurrirá algo malo si permaneces debajo de este arco?

—No es eso. La gente que visita la iglesia lo hace continuamente. No pasa nada.

Era una estupidez. Lo cierto era que no quería estar debajo de ese arco con él. Pero al mismo tiempo experimentaba una fuerte atracción hacia el monumento, una sensación de necesidad de estar

debajo, con él.

No sabía por qué sentía aquel miedo. Suspiró y sacudió la cabeza. La única forma de saberlo era enfrentándose a ello. Cuadró los hombros con decisión y se acercó a Paul Fitzgerald. En cuanto lo hizo, el viento dejó de soplar y la misma sensación de incomodidad la embargó de nuevo.

Y también la sensación de conexión con el hombre que tenía a su lado, igual que la había tenido antes, en la cocina de la casa. Aunque en ese momento era más fuerte, como si un cable invisible tirara de ella hacia él y una corriente eléctrica la invadiera.

Sabía que los dos bajo aquel arco formaban una escena bastante íntima: un hombre y una mujer, rodeados de la majestuosa naturaleza, bajo un monolito que marcaba territorio sagrado en el que solían celebrarse antiguas ceremonias de todo tipo, incluyendo bodas.

El corazón le dio un vuelco al darse cuenta de la dirección que estaban tomando sus pensamientos. El destino tenía una curiosa forma de jugar haciéndole creer que aquel hombre podría ser su destino: una mujer viuda y un amargado ex presidiario.

Giró la cabeza y estudió el perfil del hombre fijándose especialmente en su nariz aguileña.

—¿Tiene antepasados indios? —le preguntó de pronto.

—Cherokee. Mi abuela —dijo él mirándola sin mostrar ningún sentimiento.

—Eso pensaba —dijo ella y también pensó que seguramente había querido mucho a esa abuela.

A Kayla siempre le habían gustado las historias familiares. Si fuera otra clase de hombre, le preguntaría algo más de su abuela, pero aquel hombre no animaba a hacerlo. Y para demostrarlo, dejó de mirarla y volvió a admirar la vista: numerosas copas de pinos y, tras ellos, las montañas Shawangunk, con su pino solitario cuya copa parecía tocar el cielo azul.

—Bonito.

—Así es —dijo ella no sin cierta amargura.

—Aquí estáis —exclamó Hank a su espalda.

Kayla dio un brinco por la sorpresa mientras el hombre se dirigía a ellos limpiándose las manos con un pañuelo.

—Puedo arreglar la humedad en el sótano. No hay problema.

—Lo siento, Hank —dijo Kayla saliendo del arco y acercándose al hombre—. Ya te dije por teléfono que Walter no quería hacer nada con la iglesia. Él quería que cualquier arreglo en la iglesia lo llevara a cabo un restaurador. Ya he llamado al restaurador que solía trabajar para Walter en estos casos y vendrá dentro de un par de días a hacer una estimación de los daños. Sólo quería saber si había algo que yo pudiera hacer hasta entonces.

—Pero esa gente cobra mucho dinero. Santo cielo, Paul y yo y un par de hombres más podríamos hacerlo también y le costaría un tercio —prosiguió Hank.

Kayla se dio cuenta de que había dañado el ego del hombre y se sintió culpable. Hank siempre había sido muy amable con ella y servicial con Walter.

—Si dependiera de mí... —dijo Kayla y se encogió de hombros con una sonrisa de disculpa—. Pero no es decisión mía. Consta así en el testamento.

—Malditas formalidades. Supongo que no puedo hacer nada frente a algo así, ¿verdad? —dijo el hombre con actitud resignada.

—¿Qué tal si volvemos a la casa y echamos un vistazo a esa lista de arreglos que hay que hacer allí? —La pregunta provenía de Paul que, sin esperar respuesta, echó a andar.

Mientras lo seguía, Kayla iba pensando que tenía que decirle que no quería que hiciera él el trabajo. El hecho de que le hubiera gustado la iglesia no hacía que deseara tenerlo cerca todo el día. Provocaba en ella una reacción que no le gustaba. Pero era su espíritu servicial de enfermera el que sufría ante el dolor que podía ver bajo

la máscara de acero de aquel hombre. Quizá necesitara cuidados, pero no los obtendría de ella.

—¿Señor Fitzgerald? —dijo cuando ya iban por la carretera.

—Llámelo Paul —dijo Hank con tono jovial.

Pero antes de que pudiera decirle que no iba a necesitar sus servicios, éste tomó la lista de arreglos de las manos de Hank y se dirigió a estudiar las cañerías que iban por fachada lateral de la casa, junto a la cocina.

—Creo que será mejor reemplazarlas en lugar de repararlas —dijo golpeando el metal—. Limpiaré los canalones primero y me aseguraré de que no hay nidos de ratas ni serpientes.

—¿Serpientes? —chilló.

—Sí, hay muchas por aquí —dijo Hank.

—Odio las serpientes —dijo ella llevándose una mano a la garganta.

—Forman parte del hábitat, señora Thorne —dijo él.

Pero Paul ya se dirigía a la parte trasera de la casa y Kayla y Hank lo siguieron. Subió al porche, los tres escalones de una vez, y golpeó con el pie algunas de las tablas sueltas al tiempo que pasaba la mano por la madera de la pared.

—Es vieja —dijo—, pero sólida. Roble. Ya no las hacen así. Tendré que buscar alguna casa que vayan a demoler y conseguir algunas tablas para reponer éstas. No será un problema. Ya lo he hecho antes.

Paul era consciente de que estaba vendiéndose para conseguir el trabajo porque había visto la mirada que había en los ojos de Kayla Thorne, que le decía que quería echarlo. Y no podía permitirlo. Tenía que conseguir acercarse a ella. Si su primer intento de averiguar cosas sobre la familia de aquella mujer no había tenido éxito al mencionar a su hermano, aún se le ocurrían más formas de sacar el tema.

Pero sólo podría hacerlo si le daban la oportunidad y para ello tenía que conseguir estar cerca de ella, en la propia casa.

—Echemos un vistazo al resto de la lista —dijo entonces tratando de mostrarse optimista. Había olvidado cómo parecer simpático. La tensión y la rabia habían llenado cada uno de los días de los últimos cuatro años y se preguntaba si alguna vez lo superaría.

Sin esperar respuesta, abrió las puertas correderas de cristal que separaban el porche del salón y subió las escaleras de dos en dos hasta llegar al piso superior. Cuando oyó los pasos de ella detrás, parte de la tensión que sentía se relajó. Al menos lo había dejado llegar hasta allí.

Durante la siguiente media hora, recorrió la casa con ella, sin dejarle mucha opción a decir nada. No había nada que él no pudiera hacer y así se lo hizo saber. Más tablas sueltas, ventanas que necesitaban ser selladas, la instalación eléctrica también necesitaba una revisión, y había que arreglar la puerta de un armario que se había quedado atascada. Había que allanar algunos peldaños de la escalera y reforzar la barandilla. También serían necesarios trabajos de fontanería.

Se detuvieron en el porche de atrás y, esta vez, Paul admiró la vista que se disfrutaba.

Era increíble. Mucho más que la que se disfrutaba desde el arco conmemorativo. Las montañas aparecían cubiertas de árboles con el color rojizo propio del otoño, y entre ellos, se divisaba un río como si fuera un lazo azulado desde la lejanía. Observó las casas diseminadas entre las montañas y, sobre ellas, jirones de nubes blancas entre los que se colaban los rayos de sol. Para completar el cuadro de perfección, en aquel momento se divisó desde allí una majestuosa águila sobrevolando el bosque, las alas extendidas, navegando entre las corrientes de aire como si fuera la diosa de aquel universo.

La mirada de Paul cambió de dirección para fijarse en el panorama que se abría ante sus ojos; el aire puro lo golpeó después de haber estado entre tinieblas tanto tiempo. Inspiró profundamente

y expulsó el aire sintiendo cómo la tensión acumulada iba cediendo poco a poco dejando paso a una sensación que, al principio, no reconocía. Se fue haciendo más fuerte hasta que la reconoció y finalmente se dejó llevar por ella. Era euforia. Pero había algo más. Sentía como si aquel lugar le estuviera transmitiendo su pureza, como si toda la suciedad que oscurecía su espíritu saliera hacia fuera dejando espacio tan sólo a la belleza.

¡Era libre!

Y le apetecía gritarlo a los cuatro vientos. Tras cuatro largos años tras los barrotes, cuatro años en el infierno, ya no era un prisionero. En su lugar, estaba muy lejos del dolor y de la violencia, libre como el águila que sobrevolaba aquel cielo.

Una emoción inesperada lo invadió y, para su horror, notó cómo se le humedecían los ojos. Apretó los dientes en un esfuerzo por cortar el sentimiento que se había apoderado de él. Se recordó que no había lugar para la ternura. Estaba allí por un motivo.

Se tomó un momento para recuperar la compostura y un pensamiento molestó lo golpeó: ¿se habría dado cuenta Kayla Thorne de su momento de debilidad? Ya le resultaba bastante malo sentirse tan débil, cuanto más tener testigos. Era simplemente inaceptable. La miró y vio que también ella estaba admirando la vista. Parecía relajada pero tenía los labios ligeramente caídos y era obvio que estaba concentrándose en algún pensamiento.

—La vista es muy superior desde aquí que desde la iglesia — observó tratando de imprimir a su comentario un tono casual.

Kayla estaba librando una batalla en su interior. Adoraba estar allí admirando las que para ella eran sus montañas, pero en aquel momento había una dimensión nueva: le pareció que las estaba admirando a través de los ojos del hombre que tenía a su lado.

Era consciente de lo que aquello debía de significar para él. En la cárcel no podía ver más que paredes y barrotes, a otros presidiarios y a los guardias. Nada de colores, sólo el monótono gris. La vista que

estaban disfrutando debía de ser algo muy precioso para él.

Kayla se dio cuenta de que estaba dejando que su imaginación hiciera todo el trabajo. Estaba pensando si sería un hombre capaz de reconocer el colorido de la vida aunque, después de todo, lo único que tenía que valorar era que fuera un hombre capaz de arreglar los desperfectos de la casa.

Acababa de cambiar de idea o, tal vez lo hubiera hecho él por ella. Cuando le respondiera a unas cuantas preguntas, le ofrecería el trabajo.

En ese momento, llegó Hank al porche con una caja de herramientas en las manos.

—Tengo que irme, señora Thorne. ¿Qué va a hacer? ¿Se queda mi nuevo hombre?

Kayla se recordó que podía con ello, por muy alto, fuerte, amenazador y herido que pareciera aquel hombre, no tenía ningún poder sobre ella. Giró la cabeza y lo miró a los ojos grises.

—Tengo que hacerle unas preguntas primero.

—Adelante.

—¿Sonríe alguna vez?

Como si lo hubiera tomado por sorpresa, pareció como si la expresión de sus labios se suavizara un poco.

—Cuando tengo motivos para hacerlo.

—Yo no suelo gastar bromas.

—Es una pena. Me reiría de buena gana.

Aquellas palabras habrían sonado irónicas en boca de cualquier otro hombre, pero en él parecía haber un toque de diversión aunque su rostro continuara inexpresivo.

—Estoy segura —dijo ella pensando, como una idiota, que le gustaría hacerlo sonreír. ¿Por qué? No tenía idea—. ¿Y tiene experiencia? —preguntó—. Me refiero con las casas.

—Sí. Antes solía trabajar los fines de semana rehabilitando edificios antiguos.

—¿Por qué lo metieron en la cárcel? —continuó—. Aunque fuera inocente —se apresuró a añadir, no muy segura de si lo creía. Donde había humo, solía haber fuego.

Paul no respondió rápidamente. En vez de hacerlo, sus ojos se oscurecieron de nuevo y las aletas de la nariz se le hincharon un poco, gesto inequívoco de que aquél era un tema sensible.

—Lo que quiero saber es si fue acusado de violación o de asesinato —añadió levantando la barbilla en un gesto retador a pesar de estar temblando—. De algún tipo de daño físico. De ser así, creo que comprenderá que no me seduce la idea de que trabaje aquí. Incluso en el caso de que fuera inocente.

Era una pregunta razonable y Paul lo sabía pero, aun así, tuvo que controlar la furia que le recorría el cuerpo. Se tomó un momento antes de hablar.

—Fui acusado de aceptar sobornos.

—Paul era policía —intervino Hank—. Uno bueno, señora Thorne, condecorado y todo. Se hizo detective pero había oficiales corruptos. Ya sabe, de éstos que venden la droga que confiscan y que aceptan sobornos. Seguro que lo leyó en el periódico, hace unos años. Fue en Albany, el distrito que rodea los edificios del Capitolio, perseguían una red de drogas.

—Ah, sí —contestó ella asintiendo con la cabeza.

—A Paul no le gustaba lo que estaba ocurriendo y les dijo que terminaran con ello o tendría que denunciarlos a sus superiores, así que le tendieron una trampa.

—¿Y cómo sabes todo esto?

—Paul me lo dijo y también su abogado. Al igual que un par de amigos que tengo en la policía. Y los creo, a todos. Tengo un sexto sentido para los presidiarios, señora Thorne. Como le he dicho, Paul es inocente.

La mujer seguía mostrándose reticente y no podía culparla. No había pruebas tangibles de su inocencia y a ella no la enloquecía

precisamente el «sexto sentido» de otro ex presidiario.

Lo único que podía hacer era agradecer a Hank su voto de confianza y esperar la siguiente pregunta.

—¿Cuánto tiempo ha estado en la cárcel?

—Cuatro años.

—Dios mío. Policía y cuatro años —dijo ella y su rostro reflejaba una mezcla de compasión y horror—. Ha tenido que ser muy duro.

—He sobrevivido —dijo él esforzándose por mantener una expresión neutra.

«A duras penas», pensó a continuación. Todo lo que Kayla pudiera estar imaginando, todo lo que hubiera leído sobre policías que son encarcelados, violaciones en grupo, peleas, armas hechas con utensilios de cocina... todo lo había visto, incluso había tomado parte en actos así. Siempre cubriéndose la espalda y asegurándose de mostrarse como un tipo fuerte para atemorizar a los otros. Sí, había sobrevivido a costa de pasar miedo día y noche sin poder mostrarlo.

—Bueno, supongo que si Hank confía en ti, es suficiente para mí.

Una sensación de decepción lo golpeó. Debería haberse sentido contento por el trabajo, por conseguir avanzar un paso en sus intenciones de limpiar su nombre, pero lo que sintió fue decepción.

¿Qué podía esperar? ¿Que Kayla Thorne lo mirara y simplemente decidiera que podía hacer el trabajo? ¿Que era honrado y digno de confianza? ¿Tal como solía ser antes de que su vida diera un giro radical y pasara de vivir a morir en vida en el más negro de los infiernos? Eso era pedir demasiado a cualquiera.

—Bien —Hank dio unas palmadas a Paul en la espalda y le entregó la caja de las herramientas—. Te dejaré manos a la obra. Haz una lista de las cosas que necesitas y me ocuparé de ello mañana.

—¿Te vas? —preguntó Kayla y Paul se dio cuenta de que no se sentía cómoda.

—Voy a casa de los Gillespie —contestó él y al sonreír su diente de oro relució—. Ya se me ha hecho tarde. Vendré hacia las cuatro a

recogerte —le dijo a Paul a continuación y se marchó.

Kayla lo observó mientras se marchaba y a punto estuvo de gritarle que había vuelto a cambiar de idea. Pero no lo hizo. Había dicho que sí y aquel hombre necesitaba una oportunidad.

—Si me disculpa, haga lo que tenga que hacer y yo... estaré por aquí —dijo Kayla metiéndose en la casa.

Consciente de que se estaba comportando con cobardía, se mantuvo lejos de él todo el día. Quitó unas cortinas para lavarlas y se entretuvo trabajando en el jardín.

A la hora de comer, le preparó un sándwich de jamón y queso y se lo llevó, junto a una bolsa de patatas fritas y una manzana al porche.

—Le he dejado la comida en el porche —le dijo cuando lo encontró a un lado de la casa arreglando una tubería.

—Le dije que no era necesario —murmuró.

—Bueno, pues lo he hecho, así que sea un poco agradecido y cómaselo.

Sin darle tiempo a responder, se metió en la cocina y se puso a comer aunque ella siempre comía en el porche trasero. Pensó que era mejor que Paul y ella no estuvieran en la misma habitación. Estaba evitándolo y parecía funcionar. Podría aguantar una semana hasta que terminara con el trabajo y ya no tendría que volver a verlo.

Había ido a la casa de las montañas para descansar y recuperar energías, pero estar con Paul Fitzgerald era demasiado perturbador.

El aire de la mañana era limpio y puro. Empezaba a hacer un poco de frío. Un comienzo perfecto para Kayla.

Dio un sorbo a su café y dejó escapar un profundo suspiro. Se preguntaba si alguna vez dejaría de sentirse agradecida por su gran suerte, por la oportunidad de mantenerse lejos del ruido y el caos de la vida en Albany. Allí arriba sólo había paz, tranquilidad, soledad.

Había pasado buena noche. Si era un oso el que merodeaba por la casa, tendría que compartir las montañas con ella. En cuanto a los huesos de pollo, cualquiera podría haberlos echado allí: un

excursionista o unos niños. Pero había amanecido un nuevo día y ella estaba recuperando la sensación de saber quién era...

—Ten cuidado con los huesos de los muertos.

Kayla dio un brinco en la silla y se llevó la mano al corazón sujetando la taza con la otra. Al fondo del porche había una mujer mayor, ligeramente encorvada, con una larga melena de pelo blanco, un rostro en otros tiempos hermoso y una mirada extraviada en los ojos. Parecía salida de un cuento de Grimm.

*Bailey*, que estaba dormido en el regazo de Kayla, se despertó y empezó a ladrar.

—Cuerpos y huesos. Se levantarán y lo destrozarán todo —dijo la mujer con una voz que resonaba en el silencio, mirando a Kayla con unos ojos negros llenos de fervor enloquecido.

Kayla se puso rígida pero se rió tratando de quitarle importancia mientras mandaba callar al perrito. Tragándose el miedo trató de conversar con la mujer.

—Usted debe de ser Melinda.

«La bruja de las montañas», como la llamaban, era un personaje local que vivía en una cabaña en el bosque, medio loca pero inofensiva. Walter le había hablado de ella pero nunca la había visto.

Al oír su nombre, Melinda dejó de hablar y le echó una mirada salvaje. Después miró al perro.

—Silencio, ahora —ordenó y el perro obedeció echándose a temblar acto seguido.

Tal vez fuera una bruja de verdad, pensó Kayla, pero avanzó hacia ella.

—¿Quiere algo de beber, Melinda? ¿Agua?

Según se acercaba Kayla, la anciana abría más y más los ojos al tiempo que retrocedía hasta quedar en el borde del porche. Había tres empinados escalones hasta el suelo y al notar el pánico de la mujer, Kayla empezó a preocuparse de que pudiera caerse.

—No te haré daño —le aseguró Kayla extendiendo una mano sin

avanzar más—. Cuéntame más sobre los huesos, Melinda. Me interesa.

La mujer se detuvo.

—Los huesos —murmuró casi para sí, una mirada perdida en los ojos. Entonces enfocó la mirada de nuevo hacia ella y parecía terriblemente fiera y enloquecida. Señaló a Kayla con un dedo arrugado—. Cuerpos y huesos. Te destruirán.

## Capítulo 3

Con esas palabras, Melinda se giró y no se dio cuenta del primer escalón. Podría haberse hecho mucho daño de no haber sido por un hombre alto y fuerte que subía en aquel momento y la sujetó.

—Cuidado —dijo Paul cuando la mujer se le echó encima, que en cuanto puso los pies en tierra salió huyendo hacia el bosque. Paul la observó y después se giró hacia Kayla, que estaba a unos pasos de allí con el perro tembloroso en sus brazos.

—¿Quién demonios era? —le preguntó dejando la caja de herramientas en la mesa y quitándose la mochila que llevaba—. ¿Y a qué se refería con eso de los huesos?

—Es un personaje de aquí. Se llama Melinda. Vive en los bosques y no tengo ni idea de lo que hablaba.

—¿Es peligrosa?

—Espero que no. Por lo que sé vive con una sobrina igualmente extraña y se cuidan mutuamente.

Paul miró hacia el bosque por donde la mujer había desaparecido y después volvió a mirar a Kayla.

—Raro.

—Mucho.

Paul se fijó en lo guapa que estaba. No llevaba maquillaje, tenía el pelo recogido en la nuca y llevaba vaqueros, camiseta de manga larga y zapatillas de deporte. Todo lo contrario a sexy y provocativa y lo único que se le ocurría era cuánto le gustaría estar desnudo con ella.

La noche anterior había soñado con ella. Se había imaginado su cuerpo, su piel cremosa y sus ojos azul cielo. Los pechos redondeados y las largas piernas. Se había despertado anhelando

tenerla alrededor de su cintura, anhelando tenerla con él.

Necesitaba una mujer y pronto. Era normal estar superexcitado después de haber pasado cuatro años en la cárcel. El jueves, tras salir en libertad, fue a un club en Susanville con la esperanza de encontrar una mujer que pudiera satisfacer su necesidad. Había hecho lo mismo la noche siguiente. Y en ambas ocasiones, había encontrado mujeres dispuestas, pero le había ocurrido algo extraño: de repente había sentido que las conversaciones eran vacías, una formalidad antes de irse a la cama, y le había parecido mal. No moralmente; había dejado de creer en lo que estaba bien o mal, simplemente no quería que fuera así.

Probablemente, si hubiera sido diez o quince años más joven no se le habría pasado por la cabeza. Pero tenía casi treinta y siete años y ya no se dejaba llevar por las necesidades físicas, especialmente después de cuatro años de práctica.

—¿Café? —le preguntó Kayla sacándolo violentamente de sus ensoñaciones carnales—. Iré a la cocina a buscar una taza.

Se dirigió hacia la puerta corredera y el perro empezó a gruñir. Paul hizo un gesto de asco.

—*Bailey*, calla —dijo ella dejándolo en el suelo del porche.

—No pasa nada —dijo él tratando de mostrarse amigable. Pensó que eso le gustaría a ella.

Se acercó al animal, que en ese momento temblaba violentamente mientras trataba de retroceder hasta que se encontró con los pies de su dueña. Paul se puso en cuclillas de forma que sus ojos quedaron a la altura de los muslos de Kayla y tuvo que esforzarse por no pensar en ello. Bajó entonces la vista y acarició a *Bailey* debajo de la nariz.

—No pasa nada —susurró—. Soy de los buenos.

Sus palabras debieron de hacer efecto porque el perro dejó de ladrar y ladeó la cabeza como si no estuviera seguro de cómo comportarse ante el cambio de actitud. Entonces se puso a olisquear los dedos de Paul mientras lo observaba con sus ojillos negros bajo el

abundante pelo y las cejas casi blancas emitiendo un gruñido grave.

Paul se acercó más.

—Eres un tipo duro, ¿eh? —dijo acariciándole la cabeza y mirando a continuación el rostro divertido de la mujer. Desde aquel ángulo, podía ver sus muslos y sus pechos redondeados. Una bonita vista.

—No imaginaba que fuera del tipo de mujer que tiene un Yorkshire —observó él.

—Vaya, ¿y qué tipo de mujer cree que soy?

Paul volvió su atención al perro. La idea de levantarse y tomar en sus manos aquellos pechos estaba distrayéndolo. Siguió acariciando a su nuevo amigo, esta vez detrás de las orejas.

—Bueno —empezó a decir tratando de pensar con la parte de su cerebro que aún funcionaba—, es difícil. Antes de verla, imaginaba que sería del tipo que tiene un perro de raza, de ésas que van exhibiendo a su animal, ya sabe.

—Un Yorkshire es un perro de raza. ¿Y a qué se refiere con eso de antes de conocerme?

*Bailey* hacía ruidos de satisfacción mientras Paul seguía acariciándole la cabeza.

—Leí sobre usted en los periódicos y la vi en la tele. La misteriosa viuda del millonario. Hasta en la cárcel nos dejan ver las noticias.

—Ya.

—Entonces, ayer, cuando la vi con las zapatillas de conejitos, bueno, eso cambió mi opinión —dijo mirándola de nuevo y vio que Kayla se había sonrojado ligeramente.

—No muchos me han visto con ellas y han vivido para contarlo —dijo ella con una sonrisa.

Paul estuvo a punto de devolverle la sonrisa.

—Bueno, entonces supongo que soy afortunado. En cualquier caso, imagino que alguien que lleva zapatillas de conejitos preferiría un perro más peludo. Un cocker spaniel, por ejemplo.

Fingiendo indignación, Kayla apoyó las manos en las caderas haciendo que la camiseta se amoldara a la forma de su pecho.

—Pues se equivoca —dijo ella—. Antes tenía un labrador, bueno, no era de pura raza, era un cruce —sonrió con tristeza—. Era de color dorado, medio labrador, medio collie. Yo era pequeña —la sombra del recuerdo cruzó por su rostro antes de volver al presente—. Pero tiene razón. *Bailey* no habría sido mi elección. Lo heredé.

—¿Alguien le dejó esto en herencia? —preguntó él arqueando una ceja.

—Tenga cuidado. Podría herir sus sentimientos. Era de la primera esposa de Walter. Lo tenía absolutamente mimado. Cuando llegué a la casa para cuidar de ella, el perro se acostumbró mucho a mí. Es bastante mayor y está medio sordo, por no hablar del ojo que le falta.

—Por lo que supongo no es un gran perro guardián.

—Cierto. El pobre *Bailey* no puede oír a nadie hasta que está prácticamente encima pero cuando el extraño se acerca, lo da todo.

Paul bajó la vista de nuevo rascándole debajo del hocico. *Bailey* se levantó un poco para dejarle mejor acceso mientras lo miraba complacido. Paul no podía evitarlo pero sentía lástima por el perrillo. Viejo, sordo y huérfano. *Bailey* empezó a gimotear.

—Le gusta —dijo ella.

—Sí. A casi todas las criaturas vivas les gusta que les rasquen y los acaricien. Es muy agradable.

No tenía intención de que sonara como sonó en realidad pero cuando levantó la vista para mirarla, vio que el comentario había dado en el blanco a juzgar por la mirada de ella. Sus miradas se encontraron; la de ella era de sorpresa, incluso podría decirse que de alarma. ¿Y era imaginación de Paul o bajo la camiseta los pezones se le habían puesto duros como dos perlas?

Al momento, bajó las manos de las caderas y levantó los brazos para arreglarse el pelo. Su actitud cambió. Parecía haberse puesto nerviosa, distraída, nada complacida.

«Cazado. Pero no hay razón para que te preocupes. No te pondré una mano encima... a no ser que quieras que lo haga».

Y había tantas posibilidades de que eso ocurriera como de que los polos se derritieran. ¡Lo que era verdaderamente una pena porque él la deseaba! De nuevo sintió que la sangre le hervía en las venas concentrándose en su entrepierna y proporcionándole una erección inmediata. Afortunadamente, su posición ocultaba su estado a la vista de Kayla.

—Aceptaré ese café, si no le importa —dijo.

Y cuando desapareció en la cocina, se levantó. Después se dirigió tras ella hacia la cocina y Kayla sintió como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo hubieran quedado al descubierto. Sólo entonces fue capaz de admitir que había estado esperando su llegada con ansia y que cuando había aparecido en el porche se había alegrado de verlo.

No sabía lo que había pasado con el miedo visceral que sintiera hacia él el día anterior. Lentamente, Paul Fitzgerald se iba convirtiendo en un individuo para ella en vez de la personificación de la dominación masculina y la fuerza bruta. De hecho, al verlo con *Bailey* le había parecido muy humano. Y el comentario de sus zapatillas de conejitos... recordó que el día anterior le había parecido verlo sonreír cuando se dio cuenta de que las llevaba puestas. Se preguntó cómo sería una verdadera sonrisa.

—¿La han molestado esta noche? —preguntó a su espalda.

—No. He dormido del tirón.

—Bien. Me ocuparé de las tuberías esta mañana —dijo él.

Habían llegado a la cocina pero ella no quería mirarlo.

—Es lo primero que hay que arreglar en estas casas viejas —continuó—, mantenerlas secas y limpias. Hank llegará en un par de horas con algunas cosas que necesito.

—Está bien.

Reparó en que el hombre estaba empezando a hilar frases

completas. La comunicación que habían mantenido el día anterior no había pasado de ser frases cortas y monosílabos. Hank había dicho casi todo.

Deseó que la cocina fuera mayor; seguía pareciéndole pequeña para albergarlo. Paul se mantuvo detrás de ella mientras ésta le servía el café y, de nuevo, Kayla pudo sentir el calor que desprendía su cuerpo, oler la loción de afeitado con aroma de limón, escuchar el sonido de su respiración.

Si no estaba loca, sentía su respiración acariciándole la nuca. No podía dejar de notar su cercanía, pero en vez de sentirse amenazada, sintió que partes de su cuerpo respondían.

De nuevo la conexión. Tenía un problema.

—Solo, ¿verdad? —le preguntó ella.

—¿Cómo dice?

—El café.

—Ah, sí.

Le dio la taza y Kayla pasó a su lado y se inclinó sobre la encimera, manteniendo la vista al nivel del pecho de él. Llevaba una camisa vaquera limpia y se había subido las mangas para trabajar, dejando a la vista unos brazos musculosos cubiertos de suaves rizos oscuros y en el brazo izquierdo un tatuaje de un halcón de mirada fiera y una navaja, entrelazados.

Sorprendida, trató de desviar la vista, pero él se dio cuenta.

—Me lo hice cuando estaba en la cárcel —comentó de forma casual—. Puramente defensivo, créame. Si no me hubiera unido a alguna de las bandas, bueno —se encogió de hombros—, digamos que no habría tenido muchas opciones si quería sobrevivir.

—Ya veo.

Kayla se estremeció al imaginar las condiciones en las que había tenido que desenvolverse. Se dijo interiormente que no tenía que preguntarle, que tenía que guardar la distancia, recordar lo que había sido. Era más seguro que acercarse a él.

Dio un sorbo a su propio café y echó un rápido vistazo a su cara. Tenía el pelo muy corto, casi rapado al cero. No era particularmente guapo, pero era muy masculino. Se preguntó si habría llevado el pelo siempre así o sólo en la cárcel.

Otro sorbo y otra mirada. Esta vez lo encontró mirándola fijamente y contuvo la respiración ante la intensidad. Tenía las aletas de la nariz abultadas y la boca apretada por la tensión.

«Dios mío, protégeme»

Incapaz de apartar la mirada, no pudo evitar darse cuenta de que la estaba mirando como si fuera el primer premio de un concurso, uno que cualquiera estaría deseoso de ganar.

El calor subió a sus mejillas y de nuevo se estremeció. Tenía que admitirlo, no sólo se sentía sexualmente atraída por Paul Fitzgerald sino que el sentimiento era mutuo. No era nada difícil darse cuenta de ello.

Fue sólo un segundo, porque al siguiente, la intensidad animal había desaparecido de su expresión, su rostro se había vuelto de piedra, y su boca una línea desprovista de sentimientos.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta que dirigía hacia el resto de la casa.

—Me llevaré el café arriba —dijo con una voz que parecía un gruñido—. Gracias.

Durante unos momentos después de que hubiera desaparecido de la cocina, Kayla seguía inmóvil, esperando a que su respiración volviera a su ritmo habitual.

Pasó el resto de la mañana haciendo cosas, igual que el día anterior, para evitar estar con Paul. Sin embargo, a la hora de comer, cuando estaba en la cocina mientras él trabajaba arriba, decidió dejar de comportarse como una niña. Se acercó a la puerta de la cocina y le gritó desde allí.

—¿Puedo hacerle un sándwich?

—No, gracias —dijo él desde el cuarto de baño—. Me he traído mi

propia comida hoy.

—Bueno, yo saldré al porche a comer. Hace un día precioso. ¿Quiere comer conmigo?

Pareció tomarse su tiempo en responder.

—Claro. Bajaré en unos minutos.

Alegre, Kayla sacó una bandeja con su sándwich y dos vasos de té helado recién preparado. Estaba sentada bebiendo su té cuando escuchó las puertas correderas que se abrían y volvían a cerrarse a su espalda. Le sonrió mientras se sentaba en la otra silla, cada una a un lado de la mesa. Llevaba una bolsa de papel de la que sacó un sándwich y Kayla se rió.

—Mantequilla de cacahuete y mermelada —dijo sosteniendo el suyo de jamón—. Muy adulto, sí...

Cualquier otra persona habría dicho o hecho algo, una sonrisa, un gesto, algo, pero él no. Se limitó a dar un buen mordisco.

Kayla observó que había regresado el hombre poco comunicativo.

—Agradezco el trabajo que está haciendo.

—Me pagan por ello, señora Thorne —dijo él tras masticar y tragar.

—Kayla, por favor. Y yo te llamaré Paul, si no te importa.

—Está bien —dijo él tras dudar un momento.

—Y ahora, deja que siga con mi cumplido. Admiro a la gente que se preocupa por lo que hace. El orgullo en ese trabajo es algo que se ha perdido.

A mitad de otro mordisco, Paul dejó de masticar. Fue como si sus palabras flotaran. Hacía mucho tiempo que nadie le decía que apreciaba su trabajo y, bueno, él también era humano.

Aun así, él había aceptado comer con Kayla Thorne por un motivo bien distinto. Lo había hecho para preguntarle por su hermano. Debería haberlo hecho el día anterior, pero le había parecido que ella aún no se sentía cómoda con él. Sin embargo, ese día parecía haberse operado un cambio en su humor.

Se animó a hacerlo y se riñó por no dejar de pensar en cuánto la deseaba. Aquella mujer tenía sentido común y por eso no iba a liarse con un ex presidiario y él no iba a dejar pasar la oportunidad de hacer sus averiguaciones por un estúpido calentón.

El problema era que no sabía cómo empezar. Decidió preguntar como si aquello fuera una primera cita en un bar, de forma casual.

—Este lugar es precioso.

—Sí, tengo suerte de que esto pertenezca a la familia. Aunque, si pudiera elegir, preferiría que Walter siguiera vivo.

Fue un comentario triste y lo tomó por sorpresa. Estudió el rostro de Kayla, abierto, sincero y completamente desprovisto de maquillaje o cualquier otro artificio.

—Lo... amabas de verdad.

—Claro que sí —dijo ella sorprendida.

—Lo siento, no quería que sonara así. Es sólo que... —se encogió de hombros—, eres muy distinta a lo que la prensa ha dicho de ti —dijo él pero al momento se preguntó si habría sido lo correcto.

Pero no pareció importarle a Kayla. Levantó un hombro.

—Lo inventaron todo. Soy una creación de los medios de comunicación. Así me pagan por haberme negado a dar ninguna entrevista. Yo quería llorar la muerte de mi marido y ellos no pueden comprender por qué alguien no querría disfrutar de sus quince minutos de gloria y fama.

—Sí. Ser condenado por la prensa arruina toda tu vida.

—¿Es eso lo que ocurrió contigo? No recuerdo los detalles. ¿Fuiste juzgado en público, también?

—Créeme. Empezó con una de esas «fuentes anónimas» de las que has oído hablar. Llamó a un periodista para que escribiera sobre lo corrupto que yo era.

Hablar de ello volvía a despertar la furia en él. Dio un sorbo de té para calmarse y observó a Kayla en busca de reconocimiento, pero no había más que interés educado.

—Se abrió una investigación —continuó—, y después hubo un juicio. Todo cuidadosamente organizado. No tuve la más mínima oportunidad. El tipo, la «fuente anónima», empezó todo.

—Odio que la gente se oculte tras el anonimato —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Así nunca tienen que hacerse responsables por sus actos.

—No se mantuvo oculto, créeme. Testificó en el juicio —dijo él refiriéndose al hermano de Kayla. De nuevo, Paul la observó con detenimiento, pero ella no mostró ninguna señal de haber oído hablar del caso—. Todo fue una mentira.

—Pero ahora estás fuera. Ya has cumplido con tu sentencia.

—Todavía podría volver. Mira, el testigo principal era un informador pagado que trabaja para el fiscal del distrito y la defensa no estaba informada de ello. Su testimonio fue demoledor. Si mi abogado lo hubiera sabido, podría haber hecho algo para enturbiar su credibilidad.

—Así que no tuvieron más opción que dejarte en libertad.

—Pendiente de un nuevo juicio. Te dejan en libertad si es tu primera detención y no se trata de asesinato —dijo él confesando más de lo que la mujer necesitaba saber; pero había algo en Kayla Thorne que lo impulsaba a hablar con total fluidez.

—Ya veo. Te deseo suerte.

—Necesitaré más que eso —dijo él con un bufido—. Pero estamos haciendo todo lo posible. Quiero limpiar mi nombre —dijo con más vehemencia de la que había querido.

—Claro, es normal —dijo ella con tono compasivo—. Debe de haber sido muy duro para tu familia haberte tenido en la cárcel.

—¿Mi familia?

—Tu mujer, tus hijos. Si los tienes.

Era una de esas preguntas que las mujeres suelen hacer para averiguar si un hombre está casado cuando el hombre les interesa. Sin embargo, en su caso, no debía de ser ése el motivo. Simplemente,

estaba siendo cortés.

—No tengo hijos —contestó—. Y mi mujer se divorció de mí mientras estaba en la cárcel.

—Vaya.

—Mi familia me ha apoyado siempre. Mi padre y mis hermanos son los responsables de que me hayan dado esta segunda oportunidad. Ellos me están ayudando a pagar al abogado. Si por algo necesito probar mi inocencia, es por ellos. Tengo que devolverles lo que han hecho por mí.

—¿Y cómo lo harás?

«Averiguando dónde está el malnacido de tu hermano»

Jay Vinovich, o lo que era lo mismo, Jay Goodall, la «fuente anónima» y testigo principal. Cuando Paul lo encontrara, podría pagar a su familia todo lo que les debía.

—Tengo varias pistas —dijo él ahondando en el tema que ella había sacado—. No puedo decir cuánto debo a mi familia. ¿Qué me dices de la tuya? Durante este tiempo y este encuentro desafortunado con la prensa, ¿te ha apoyado?

—No hablo mucho con ella —declaró—. En realidad, nada —añadió al tiempo que retiraba la mirada y se concentraba en la vista que tenía frente a ella.

—Vaya, lo siento. ¿No tienes padre ni madre? —presionó un poco más. No le quedaba opción—. ¿Ni hermanos o hermanas que pudieran salir en tu ayuda?

—Mi madre murió y he perdido el contacto con el resto.

—¿Con todos?

—Soy la única chica de cinco hermanos.

—Una gran familia —dijo él aunque esa información ya la sabía.

—¿Y no ves a ninguno?

—No.

—Es una pena —dijo él desesperado.

Entonces, como si hubieran llegado a un acuerdo, la conversación

terminó. Paul siguió comiendo, sin apenas degustar el sándwich, y deseó que se le ocurriera alguna otra pregunta. Lo que había averiguado de Kayla Thorne era poco y trató de controlar la sensación de derrota que lo invadía. Tal vez fuera cierto que había perdido el contacto, pero siempre se podía averiguar dónde estaba un miembro de la familia si se necesitaba saberlo.

Consideró que ya había presionado suficiente por ese día. Suponía que cuando alguien quería hablar de un tema espinoso, simplemente lo haría. A él personalmente le disgustaba hablar de su intimidad, y eso era lo que estaba intentando hacer con ella.

Claro que él tenía motivos muy importantes para ello. De ello dependía conseguir una segunda oportunidad y una nueva vida o volver al infierno.

A Kayla le parecía muy agradable el calor del sol en la espalda mientras arrancaba malas hierbas en la parte trasera de la casa. Los olores del otoño se filtraban por su nariz, las hojas que un vecino estaba quemando y las cebollas que se criaban junto al porche. A su alrededor, los sonidos de la sierra y los clavos en el piso superior, los pájaros cantando en los árboles. Era el sonido de la naturaleza. Suspiró. Hacía mucho tiempo que no sentía tanta alegría, tanta paz...

—¡Kayla!

El brusco sonido de alguien pronunciado su nombre le hizo levantar la cabeza. Se limpió las manos en los pantalones y se retiró el pelo de la cara ensuciándose la cara al hacerlo. Su trabajo de jardinería la había distraído de todo lo demás y no había oído el coche que se acercaba.

—Steven —dijo volviendo la cara hacia el visitante, deseando estar limpia y bien vestida. El hijo de Walter siempre la hacía sentirse fuera de lugar.

No dijo nada más, ni «me alegro de verte» ni «qué bien que hayas venido a verme», porque no era cierto, ni por parte de Steven ni por su parte tampoco.

Había intentado mostrarle que no tenía ninguna intención de reemplazar a su madre, que no le interesaba el dinero de Walter, y que sólo estaba con su padre por amor. Pero Steven, estirado y dado a las peleas, nunca la había creído. Kayla había aprendido a ser amable con él, aunque no era fácil.

Iba vestido como siempre, con un traje exquisitamente hecho a medida. Llevaba gemelos de oro y mocasines de cuero italiano. Perfectamente peinado y sus patillas perfectamente recortadas. Nada fuera de lugar, como quería que todo fuera en su vida. Casado dos veces, y divorciado las dos, Steven odiaba el desorden y los cabos sueltos.

Justo lo que pensaba de la viuda de su padre. La miró y ésta le devolvió la mirada.

—No te esperaba —dijo con calma—. ¿Está todo bien?

—Sí.

—¿Quieres que prepare café?

—No, no quiero café —dijo él cruzando los brazos y la miró.

—¿Entonces qué quieres, Steven?

Quería que volviera su padre. Ella lo sabía y se preguntaba si él lo sabría. Kayla era lo suficientemente buena con la psicología humana para no saber que las muertes de sus padres habían destrozado al hijo y que éste disparaba todo su odio y su dolor hacia Kayla. La había atacado verbalmente muchas veces; unas, había recibido respuesta de ella, y otras, se había limitado a salir de la habitación dejándolo solo con su frustración y su creciente ira.

—Mi abogado me dice que aún no has respondido a nuestra demanda —dijo.

—Mi abogado me dice que se está ocupando de ello.

—Pensé que tal vez pudiéramos acelerar un poco las cosas.

—No me digas —ella también se cruzó de brazos—. ¿Y se puede saber cómo piensas que podríamos hacerlo?

—He contratado un nuevo despacho de detectives privados —dijo

con aire de victoria—. Te han investigado, de arriba abajo, comenzando por tu nacimiento hasta el día que se te contrató para cuidar de mi madre y hasta el momento en que supuestamente encontraste a mi padre muerto. Hay un montón de lagunas en tu historia. Esta vez, van a llegar a la verdad.

No era la primera vez que escuchaba esas amenazas. Cuando Walter les dijo a sus hijos, Steven y Joe, que iba a casarse con Kayla, Steven la había hecho investigar. Lo único que consiguió fue que había llevado una vida dolorosa, con escaso éxito, muchas tragedias y algunas alegrías. Había cosas que ella consideraba mejor mantener ocultas, pero según Steven eso no era así. Aun así, aparte de acusarla de trepa y asesina, no había conseguido nada más. Porque no había nada más.

Las muertes de Sonny y Walter Thorne habían sido naturales. Sonny tenía cáncer en estado terminal, y Walter había sufrido una embolia que le causó la muerte inmediata. Kayla no había tenido nada que ver en ninguna de las dos. Pero Steven tenía otra opinión.

—¿Has terminado?

—Esos hombres son profesionales, Kayla. Averiguarán todos los puntos negros que hay en tu vida, todo lo que te avergüenza de ella y has querido mantener oculto. ¿Por qué huiste de casa a los dieciséis o qué hiciste para ganarte la vida?

—Steven... —amenazó ella.

—¿Cuántos amantes tuviste antes de conocer a mi padre? Sé que lo mataste y no quiero que te beneficies de ello.

—Cállate. He dicho que te calles. Vete de aquí.

Pero en vez de hacer eso, echó a andar hacia ella con mirada amenazante. Por primera vez en todos sus encuentros con el hijo de Walter, se preguntó si su integridad física correría peligro.

—No te acerques más —dijo ella levantando ambas manos.

—Ya has oído a la dama.

La amenazante voz a su espalda lo desconcertó. Al girar la cabeza,

vio a Paul. Estaba sin camisa y su torso brillaba con las gotas de sudor. Llevaba un martillo en la mano. Los dientes apretados dejaban entrever la furia que hervía en su interior.

Cuando la oyó hablar con un hombre, al principio no había hecho caso porque no era asunto suyo, pero cuando notó que Kayla elevaba el tono de voz, decidió que sí lo era y bajó, armado, justo a tiempo para escuchar las amenazas del hombre y las respuestas de Kayla.

— ¿Y tú quién eres, su guardaespaldas?

— ¿Acaso necesita uno?

— Tal vez seas su amante. ¿Desde cuándo? Un motivo más para la muerte de mi padre.

— Escucha, bastardo... — Paul se acercó pero Kayla intervino.

— No, Paul — dijo dirigiéndose a continuación hacia el otro hombre—. Este hombre trabaja para mí, Steven, para Joe, para ti y para mí. Está reparando los desperfectos de la casa.

— Sí, bueno — dijo Steven mostrándose escéptico—. Cuando haya terminado contigo, tu nombre quedará fuera del testamento. Estaremos sólo Joe y yo.

— ¿Por qué? A vosotros nunca os ha importado este sitio.

— Pues ahora sí y pelearé con uñas y dientes por él.

— ¿Por qué no te vas a paseo? — dijo Paul, que hasta ese momento había mantenido la boca cerrada. El tipo lo estaba irritando.

— Por favor, Paul — dijo ella echándole otra mirada de advertencia—. No me estás ayudando — y de nuevo se dirigió a Steven—. Eres libre de hacer lo que quieras, pero quiero que te vayas, ahora.

— No puedes echarme de mi propiedad.

— Tenemos un trato, ¿recuerdas? Quien esté aquí arriba manda en la casa. Ahora estoy yo aquí y quiero que te vayas.

Paul tuvo que esforzarse por no amenazarlo de nuevo, pero consiguió mantener la boca cerrada. Aunque miró una vez más al hombre con mirada de pocos amigos.

Steven entornó los ojos mientras consideraba su siguiente

movimiento.

—Vale, me voy. Por ahora. Pero no he terminado —añadió y luego se giró para marcharse.

Paul lo siguió fuera de la casa y observó, mientras golpeaba el martillo sobre la otra mano, cómo se subía a un Jaguar y salía dando marcha atrás para después alejarse.

Sacudiendo la cabeza, volvió dentro con Kayla. Seguía en el mismo sitio, las manos apretadas a lo largo de sus costados, con una mirada en sus ojos que no había visto hasta el momento. Estaba calmada pero furiosa y no podía culparla.

—Menudo idiota.

—¿Cómo te atreves? —lo increpó ella.

—¿Cómo dices?

—¿Quién te dio permiso para hablarle así?

Paul estaba tan sorprendido por su ataque que apenas podía hablar. Esperaba que le hubiera dado las gracias pero no que lo reprendiera.

—Perdona —dijo cuando logró encontrar las palabras—. Pensé que te estaba ayudando.

—¿Comportándote como un salvaje? No me gusta. Y no lo necesito.

—Escucha, puede que pienses que no me necesitabas pero ese tipo estaba...

—Disculpa pero sé cómo tratar a Steven —dijo ella interrumpiéndolo.

—Pues no parecía que lo estuvieras logrando.

Kayla alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Está bien, no lo estaba consiguiendo, pero en cualquier caso, es asunto mío. Si no hubiera intervenido te habrías peleado. No me gustan las peleas ni los hombres que se pelean. Cuando necesite tu ayuda, te la pediré. ¿Comprendido?

Paul la miró mientras todo tipo de respuestas hostiles daban

vueltas en su cabeza, pero ninguna apta para una mujer. Apretó los dientes tensando así la mandíbula hasta que por fin pudo hablar.

—Perfectamente.

Y sin más subió las escaleras y volvió al trabajo. Nunca más correría a ayudar a la viuda Thorne.

De hecho, acababa de decidir que tampoco necesitaba aquel estúpido trabajo para dar con Jay Vinovich. Podía encontrarlo sin ayuda de Kayla. Sería difícil pero podría hacerlo. Tenía que hacerlo porque cuando terminara el trabajo ese día, saldría de aquella casa y no volvería.

## Capítulo 4

Una hora más tarde, Kayla encontró a Paul en lo alto de la escalera, afianzando la barandilla. A unos pasos de él, la espalda de éste hacia ella, esperó hasta que se diera cuenta de que estaba allí. Se tomó su tiempo y cuando la miró por fin su rostro no dejaba entrever ningún sentimiento.

—¿Sí?

—Lo siento.

—Está bien —dijo él mirándola sin pestañear unos segundos tras los cuales volvió al trabajo.

—Paul —dijo ella, absolutamente paralizada—. Lo siento muchísimo... No debería haber explotado como lo hice. Ahora veo que era él quien merecía mi rabia, no tú.

Esperó de nuevo mientras él pensaba en sus palabras. Al rato, se volvió hacia ella y la miró fijamente. Desde aquel ángulo, tenía un aspecto imponente y Kayla se alegró de que estuviera de su parte. Como si leyera su mente, dejó las herramientas en el suelo y bajó dos escalones para no mirarla desde arriba, y apoyó los codos en las rodillas dobladas, las manos entrelazadas entre las piernas.

—Tenías un martillo en la mano y una mirada terrible en los ojos. Yo... bueno, siempre reacciono así de mal ante la forma de solucionar los problemas por la fuerza que muchos hombres adoptan. Me incomodan. Prefiero tratar de razonar antes.

—Y yo siempre reacciono así de mal ante los hombres que amenazan a las mujeres.

Kayla sonrió consciente de lo extraño de la situación.

—Tengo suerte. Por lo menos, esta vez. Hiciste que Steven se

marchara. Gracias.

Paul se restregó una mano por la cara en un gesto de cansancio y finalmente suspiró.

—Volverá, lo sabes.

—Steven nunca desaparece.

—¿Se ha mostrado violento contigo alguna vez?

—Hasta ahora no. Esperemos que siga así.

A juzgar por su mirada, Paul tenía sus dudas.

—Bueno, por mucho que desapruebes mi manera de actuar, una amenaza física es el único lenguaje que entienden algunas personas. A mí se me da bien. Así que... —se detuvo y frunció el ceño mientras pensaba y, finalmente, sacudió la cabeza como si le disgustara profundamente lo que iba a decir—. Mira, me mantendré lejos de tus asuntos, pero... bueno, estaré aquí si me necesitas.

Al escuchar sus palabras de apoyo, a pesar del trabajo que le había costado decirlas, Kayla se sintió caldeada interiormente.

—Es lo más bonito que me han dicho en mucho tiempo.

Y diciéndolo, Kayla extendió la mano y le tocó el antebrazo. Era la primera vez que lo tocaba, y el hecho de que tuviera una piel cálida cubierta de un vello sorprendentemente suave y unos músculos de acero la tranquilizó tremendamente.

—Gracias. Significa mucho para mí.

Craaack.

Al principio, Kayla creía que el sonido estaba en su sueño, algo relacionado con un hombre alto y fuerte y una vieja cama de muelles oxidados.

Craaack.

Kayla se sentó en la cama entonces, el corazón desbocado, y la garganta seca de miedo. No era un sueño. Era el mismo ruido que había oído dos noches antes. Y, de nuevo, provenía del porche.

Instintivamente, su mente buscó posibles respuestas. Si era un animal, no había nada en el jardín que pudiera atraerlo. Había

limpiado la pila de estiércol y toda la basura estaba recogida en bolsas de plástico. Tampoco había nada sembrado que pudiera atraer a un animal herbívoro. Había quitado todas las malas hierbas. Tenía la intención de plantar verduras después del invierno.

Craaaack.

Pensó que tendría que decir a Paul que se apresurara a cambiar las tablas sueltas. Pero, cuando lo hiciera, no tendría modo de saber cuándo había un extraño en las inmediaciones y entonces quien fuera o lo que fuera podría entrar en la casa y sorprenderla cuando estuviera dormida.

La sola idea la hizo saltar de la cama, ponerse la bata y las zapatillas y tomar el atizador que había junto a la chimenea.

Preferiría no saber lo que era y esperar, simplemente, a que se fuera. Pero no podía hacerlo. El latido de su corazón le retumbaba en los oídos, lo cual le impedía pensar con claridad.

Antes de salir de la habitación, miró hacia la silla que había junto a la ventana bajo la que *Bailey* dormía plácidamente. Su sordera le propiciaba un sueño placentero.

Con el ritmo acelerado, Kayla bajó furtivamente las escaleras alumbrándose con una linterna, el atizador en la otra mano. Rezaba porque los sonidos que estaba escuchando fueran los habituales en medio de la montaña. De ser así, terminaría acostumbrándose o tendría que marcharse.

Se detuvo al final de las escaleras y se esforzó para escuchar. No hubo más crujidos pero sí podía escuchar el roce de las hojas y ramas, como si alguien estuviera atravesando los matorrales. Entonces oyó un largo gemido que hizo que un pequeño grito escapara de sus labios y el vello se le erizara.

Tuvo que vencer de nuevo la necesidad de huir escaleras arriba y esconderse bajo la cama, pero en vez de ello, se acercó cuidadosamente hacia la ventana más cercana, al lugar del que provenía el ruido, se agachó y se asomó al exterior. Bajo la luz de la

luna pudo ver una sombra oscura ocultándose entre los matorrales. Pensó si sería un oso aunque no parecía tan grande. Tal vez una cría. Era difícil decirlo con seguridad, pero de lo que sí estaba segura era de que caminaba erguido. Podría ser un animal o también un humano. O un espíritu del más allá, pensó al recordar de pronto a Melinda y su terrorífica visión: «los cuerpos y los huesos»

Kayla se riñó por tener semejantes pensamientos. No eran más que tonterías. Con la linterna iluminó hacia la figura que se ocultaba. Consideró la opción de acercarse a las puertas correderas de cristal que dirigían hacia el porche, abrirlas y correr hacia los matorrales para averiguar lo que era pero rápidamente desechó la idea.

Igual que hiciera la noche anterior, se sentó en el último escalón y esperó. ¿Volvería el visitante?

A la media hora, oyó el aullido de un coyote en la distancia y el grito de algún otro animal. Se echó a temblar. Ella había querido irse sola a la montaña y allí estaba. No quería tener cerca a los periodistas, ni escuchar el tráfico, los gritos, las sirenas, los frenos de los coches o la televisión demasiado alta de los vecinos. Había ido a la casa de la montaña en busca de tranquilidad, para encontrarse a sí misma.

Continuó allí un rato más y, finalmente, se levantó para volver a la cama. Entonces se detuvo. Tal vez debería acercarse al porche a investigar un poco, ya que el visitante se había ido. Lo más silenciosamente que pudo, se acercó hacia las puertas correderas, encendió la luz del porche y abrió las puertas. Sacó la cabeza para echar un vistazo y dirigió la luz de la linterna hacia uno y otro lado. Nada parecía estar fuera de su sitio.

De pronto, algo en el suelo llamó su atención. Algo o alguien dormía en el suelo junto a la puerta. Dirigió la luz hacia el montículo que formaba y gritó.

Cuando Paul entró en la cocina a la mañana siguiente y vio a Kayla supo que algo no iba bien.

—¿Ocurre algo?

Kayla estaba apoyada junto a la pared del cuarto de la basura. Tenía una taza de café en las manos pero temblaba tanto que le costaba sostenerla. Llevaba el pelo suelto y era obvio que no se lo había cepillado. Estaba vestida con la bata y las absurdas zapatillas y tenía la piel inusualmente pálida excepto por los círculos oscuros que habían aparecido bajo sus ojos.

—Nada —respondió ella evitando mirarlo a los ojos.

—Mentira —dijo él dejando la mochila junto al fregadero y encima, la chaqueta—. ¿Ha vuelto el tipo ese?

—¿Qué tipo? —dijo ella frunciendo el ceño confusa.

—El hijo de Thorne. Steven.

—Oh. No, no. Yo... no he dormido muy bien, eso es todo.

—¿Por qué?

—No he dormido bien.

—¿Estás segura de que eso es todo?

—Sí, eso es todo —dijo ella llevándose la taza a los labios.

Paul no se lo creyó ni por un momento y le resultó muy frustrante. No dejaba de preguntarse por qué había vuelto a la casa. Había estado a punto de decirle el día anterior que dejaba el trabajo, y sin embargo, allí estaba de nuevo, preocupado por los problemas de aquella mujer, a pesar de que ésta se esforzaba por apartarlo de ella, de nuevo. Era un idiota.

Decidió que si Kayla no quería que le preguntara más, sería cierto que sólo estaba cansada. Seguro que él tampoco tenía muy buen aspecto. Tampoco había dormido bien la noche anterior, ni la anterior, ni ninguna noche en mucho tiempo. Había olvidado lo que era. Ahora que estaba libre, debería recuperar el sueño perdido. Tenía una habitación limpia, trabajaba durante el día, podía respirar el aire limpio de las montañas y comer decentemente todos los días. La receta perfecta para una rápida recuperación. Pero la desconfianza que había adquirido en la cárcel seguía pesando sobre él. Allí, tenía

que dormir siempre con la espalda contra la pared, los ojos cerrados pero con ese sexto sentido que los presos adquieren. Era una costumbre difícil de vencer.

Las últimas dos noches había conseguido dormir aunque había tenido sueños que no lo habían dejado descansar. Recuerdos de la cárcel. Pero también fantasías eróticas con Kayla Thorne y lo que le gustaría hacerle. Ni unos ni otros lo habían dejado dormir bien.

—Me serviré una taza de café —dijo consciente de que se estaba acercando peligrosamente a la excitación—, si no te parece mal.

Kayla pareció salir de su ensimismamiento. Se separó de la puerta contra la que estaba apoyada.

—Claro. Perdona. Debería haberte ofrecido una taza.

—No te preocupes. Trabajo para ti, ¿recuerdas?

Tomó una taza del escurridor y la llenó del líquido humeante. Dio un sorbo.

—Hoy me ocuparé del tejado y los canalones. Es mejor arreglarlo antes de las lluvias. Si me necesitas, para lo que sea, llámame —añadió mirándola fijamente. Se dio cuenta de que estaba temblando y tenía en los ojos una expresión de terror.

Al momento, Paul murmuró algo entre dientes y, dejando la taza en la encimera, se acercó hasta ella, le quitó la taza de los dedos temblorosos y la dejó junto a la suya.

—Maldita sea, dime qué pasa —le suplicó deseando tocarla, sacudir el miedo fuera de su cuerpo, tranquilizarla. Pero consiguió mantener las manos fuera de ella—. Dímelo —repitió.

Kayla se puso una mano temblorosa sobre los labios al tiempo que sacudía la cabeza. Entonces, cerró los ojos y dejó caer la mano. Una lágrima brotó de uno de sus ojos y cayó por su mejilla trazando un húmedo reguero.

—No dejes de repetirme que puedo hacerlo sola, pero no estoy tan segura de ello.

—¿Hacer qué?

Levantó los ojos hacia él, relucientes por las lágrimas que se arremolinaban en ellos.

—Escuché ruidos anoche. Otra vez. Igual que el domingo por la noche. Me despertaron.

—¿Viste lo que era?

—Sólo vi una sombra.

—¿De un animal?

—No lo creo, pero no estoy segura. Caminaba erguido.

—¿Erguido? —repitió él. Deseaba secarle las lágrimas, ofrecerle seguridad de algún tipo. Pero en vez de eso, levantó una mano de advertencia—. No te enfades, pero tengo que preguntar. ¿Estás segura de que no era un sueño? ¿Tu imaginación?

—Te aseguro que no era mi imaginación —dijo con una sonrisa temblorosa, limpiándose las lágrimas. Después, tragó con dificultad. Aquello no era fácil—. Lo que fuera, me dejó un... regalo —volvió a tragar el mal paso—. Una enorme rata muerta.

Sus palabras provocaron un escalofrío en él y el policía que llevaba dentro salió como no lo había hecho en años. En el mundo criminal, se dejaba una rata en la puerta de los informadores para hacerles saber que iban a matarla.

Se preguntó si podría adaptarse al caso. Olvidando la notoriedad que Kayla Thorne había adquirido tras su matrimonio con el millonario Thorne, se preguntó si en el otro mundo de Kayla Thorne habría lugar también para algún tipo de acoso.

Pensó en sus hermanos y la posibilidad no le parecía tan descabellada. Aunque también pudiera ser que Walter Thorne hubiera estado envuelto en alguna actividad ilegal. Paul no sabía nada de aquel hombre, sólo que era poderoso y muy rico. Pero no podía elaborar una teoría a partir de eso.

—Una rata muerta —repitió.

—Sí.

—¿Dónde está?

—Fuera —dijo ella señalando hacia la puerta de la cocina—. En una bolsa de plástico.

Kayla empezó a temblar de nuevo. Parecía que no hubiera dejado de hacerlo desde que se encontrara con el roedor muerto. Era grande y feo, con el hocico puntiagudo abierto que dejaba a la vista los afilados dientes, y la larga y delgada cola con su aspecto un tanto malévolos.

Al verlo le habían dado ganas de vomitar pero había conseguido no hacerlo. Después, pensó cerrar la puerta y ocuparse del bicho más tarde, pero luego pensó que el olor de un animal muerto atraería a otros animales y se decidió a deshacerse del cadáver.

Eso había ocurrido hacia las tres de la madrugada. Había pasado el resto de la noche dando vueltas por la casa hasta que, finalmente, se había quedado dormida en el sofá hasta que despertó horas más tarde con la luz del sol. Tras salir fuera y comprobar el estado del montón de estiércol, buscó huellas pero no pudo ver ninguna. Nada parecía estar fuera de lugar. Finalmente, decidió entrar en la cocina y preparar café.

Vio cómo Paul salía y tomaba la bolsa. La abrió y sacó al animal muerto sujetándolo por la cola. Kayla sintió de nuevo las náuseas y Paul se dio la vuelta para estudiarlo.

—Hmm. No parece haber signos de heridas. No fue atropellada por un coche, eso seguro. Ni atacada por otro animal, no hay marcas de dientes, ni sangre. De hecho, parece estar perfectamente sana, de no ser porque está muerta —dijo levantando una ceja—. Por causas naturales. Tal vez comió algo. ¿Veneno?

—¿Las ratas comen comida envenenada? —dijo ella sin poder evitar una risilla histérica. Tenía que actuar con cuidado. Parecía una loca.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Paul frunciendo el ceño.

—Sólo un poco sensible. Y no creas que me gusta.

—¿Por qué?

—Es demasiado, ya sabes, típico de una mujer, sentir miedo de los roedores. Y si te parece que estoy nerviosa, no quieras verme delante de una serpiente.

—Bueno, a mí tampoco me gustan —dijo él mientras metía la rata muerta en la bolsa y la cerraba bien antes de dejarla en el suelo—. ¿No habrás puesto trampas ni nada de eso, verdad?

—No con *Bailey* por aquí. De todas formas, tampoco quiero ir por ahí matando a la fauna.

—¿Has tenido problemas con ratas aquí arriba?

—No. Sólo he visto algún ratón de campo.

—¿Has oído el sonido de patas correteando por los aleros?

—Sé cómo suena eso —dijo ella—. Era algo habitual cuando era pequeña. Por eso no me gustan.

Paul se dio cuenta de que Kayla acababa de abrirle una pequeña ventana hacia su pasado.

—Sí, es desagradable.

No dejó que la afectara el intento de Paul de mostrarse amable.

—¿Qué crees que debería hacer, Paul? Quiero decir, ¿por qué me dejaría alguien una rata muerta en la puerta? Los osos no dejan regalos en las puertas de la gente, ¿no crees? Los gatos pueden traerte un pájaro muerto como señal de afecto pero nunca he oído que te dejen una rata muerta como regalo. ¿Y tú?

—No —dijo él—, desde luego no como un regalo. Si la rata no llegó sola hasta tu porche, esto tiene que ver con una persona. Tenemos que llamar a la policía.

—Ya lo pensé.

—¿Y?

—Y no lo hice.

—¿Por qué?

—Pensé que armaría demasiado escándalo.

—Mejor eso que dejar que nadie lo sepa —dijo acercándose al teléfono de la pared—. ¿A qué policía se llama aquí? ¿Local? ¿Estatl?

¿Federal?

—Ni idea.

—Siéntate y tómate el café. Yo me ocuparé de esto.

Ella obedeció sin oponer resistencia como si se sintiera agradecida de que alguien tomara el mando. Paul marcó el 911 de la estatal. Debieron de decirle que no era una emergencia pero empezaron a prestarle atención cuando dijo que se trataba de la viuda de Walter Thorne. Dijeron que mandarían a alguien rápidamente.

Se lo contó a Kayla, que estaba sentada a la mesa de la cocina y se lo agradeció aunque no parecía muy contenta.

—¿Quieres decir que alguien me está gastando una broma pesada?

—Tal vez.

—¿O está tratando de asustarme?

—Eso parece.

—Pues está funcionando —dijo ella cruzándose de brazos con fuerza.

—No deberías estar aquí arriba sola —dijo él dándole la taza de café. Se maldijo por estar tan preocupado por ella. Aquella mujer era mucho más frágil de lo que quería admitir.

—Pero es que quiero estar aquí sola. Para eso he venido. Para alejarme. Para estar sola.

Entonces se le ocurrió a Paul que con toda la energía que estaba poniendo en preocuparse por el bienestar personal de Kayla estaba olvidándose del objetivo que lo había llevado hasta ella en un principio. Se estaba ablandando y eso no lo llevaría a ningún lado. Ella se estaba abriendo a él y no podía desaprovechar la oportunidad aunque se sintiera culpable por estar sacando provecho de su miedo.

—Y ahora —se sentó en una silla frente a ella en la mesa—, hasta que sepamos qué está ocurriendo, necesitas que alguien se quede aquí contigo.

—Eso estropea un poco el hecho de querer estar sola, ¿no crees?

—No quiero meterme en terreno demasiado sensible —dijo él presionando un poco más—, pero con todos esos hermanos, ¿no podrías pedirselo a alguno de ellos?

—No —dijo ella interrumpiéndolo y poniéndose rígida al mismo tiempo—. Y por favor, no vuelvas a mencionar el tema.

—Lo siento —dijo él y era totalmente cierto. En más de un sentido.

—No. Soy yo la que lo siente. Sé que sólo quieres ayudarme, y te lo agradezco —dijo Kayla extendiendo la mano hasta el brazo de él y apretándolo cariñosamente. Sintió un pequeño respingo bajo su piel—. Es un tema sensible y, probablemente, no sea razonable. Me he esforzado toda la vida por escapar de una infancia bastante triste. Y prefiero no mirar atrás. Eso incluye no hablar de mi familia. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Paul se dio por enterado. Kayla Thorne no lo ayudaría a encontrar a Jay Vinovich, o lo que era lo mismo, Jay Goodall, que había desaparecido para que ni Paul ni su abogado pudieran llevarlo a declarar. Eso significaba un punto dudoso en el nuevo juicio, por lo que Paul seguiría libre por el momento. Pero eso no hacía que su reputación quedara limpia y eso era casi peor que la perspectiva de volver a la cárcel. Tendría que hallar otra forma de encontrar el rastro del hermano de Kayla.

Los dos policías que llegaron a la casa iban uniformados. Kayla hizo las presentaciones evitando cuidadosamente decir que Paul había estado en la cárcel. De haberlo hecho, automáticamente todas las sospechas habrían sido dirigidas hacia él. Se limitó a decir que estaba haciendo unos trabajos en el mantenimiento de la casa.

Kayla les contó lo que había ocurrido las noches de las visitas nocturnas. El más joven de los policías estaba visiblemente aburrido aunque se mostraba amable. El de más edad fue más agradable en

todo momento. Dijo que seguramente se trataría de la travesura de unos chicos, pero que redactarían un informe.

Cuando Paul les preguntó si no iban a hacer la autopsia a la rata ambos hombres lo miraron como si les estuviera tomando el pelo, pero ante la insistencia de Kayla accedieron a llevársela.

Kayla y Paul los observaron mientras se marchaban. Entonces Kayla se volvió hacia Paul con una ceja levantada.

—Seguro que esto ayudará.

—Sí, ya lo sé. No ha servido de mucho.

—Y ahora deben de pensar que soy una loca histérica.

—Sí, pero ahora habrá un informe sobre lo ocurrido.

—¿Quieres decir... en caso de que ocurra algo más?

—¿Quién sabe?

—Vaya —dijo ella mordiéndose el labio inferior.

—Y ahora, será mejor que empiece con el tejado —dijo él abruptamente.

—Sí, claro —dijo ella sorprendida del cambio que había experimentado la conversación—. Siento haberte molestado.

El rostro de Kayla era de disculpa y Paul se sintió irritado con ella. Parecía no darse cuenta. No le estaba haciendo ningún favor. Sólo había actuado como lo haría cualquier hombre ante una mujer en apuros.

—No me molestas —dijo él con un gruñido.

Se pasó la siguiente hora calibrando la situación. Kayla no le servía para sus propósitos en lo que a limpiar su nombre concernía pero se quedaría unos días más. Algo raro estaba ocurriendo. No le gustaba nada la idea de que algo o alguien intentara hacerle daño.

Ya no era un personaje de la tele. Ahora la conocía. Era un ser humano. Una mujer. Una mujer a la que quería tener en su cama.

Mientras recorría el tejado con cuidado en busca de tejas podridas, se preguntó si Kayla sería consciente de las señales confusas que le enviaba. No se consideraba un idiota y sabía que, a

cierto nivel, la excitaba.

Pero también sabía que a ella no le apasionaba la idea exactamente. Y ella no era el tipo de mujer para un rollo que era lo único que a él le interesaba. A pesar de sus ropas y actitud modestas, no dejaba de ser una mujer rica, mientras que él no era más que un ex presidiario, sin dinero ni reputación. Por todo eso, seguir pensando en ella sexualmente no tenía sentido.

Pero era un problema y aquello no le permitía irse sin más. Tal vez no fueran más que las diabluras de unos chavales pero también pudiera ser que alguien tratara de asustarla. Y a él no le gustaban los hombres que iban asustando a las mujeres. Se lo habían inculcado desde pequeño y no iba a cambiar. Bajó del tejado y fue en su busca.

—¿Kayla? —dijo cuando la encontró inclinada sobre el suelo del jardín.

—¿Sí? —dijo ella incorporándose y mirándolo.

—¿Por qué no me quedo aquí esta noche?

—Oh, no. No podría pedirte que hicieras eso —dijo ella abriendo los ojos sorprendida.

—No me lo has pedido. Yo me he ofrecido.

Lo consideró unos minutos antes de contestar.

—No te preocupes. Estaré bien —dijo ella rompiendo el contacto visual.

Horas después, Kayla se dirigía en coche hacia Susanville cuando vio a Paul caminando por la carretera. Frenó a su altura y bajó la ventanilla del copiloto.

—¿Quieres que te lleve?

—Gracias —dijo él subiendo al coche.

—¿No tienes coche?

—No.

—¿Y cómo subes hasta la casa todos los días?

—Hank me lleva algunos días y los demás, voy andando. Y regreso andando.

—Pero hay casi cinco kilómetros hasta Cragmont.

—Créeme, es un regalo poder andar cinco kilómetros.

Kayla asintió. Evidentemente agradecía su libertad, el espacio abierto.

—Yo voy a Susanville, así que puedo dejarte en Cragmont de camino.

—De hecho, si vas a Susanville, ¿podrías dejarme allí? Tengo algo que hacer.

—Me encantará.

Kayla se reprendió por no haber pensado mejor antes de preguntar. Era obvio que no tenía coche porque no había ninguno en la entrada de la casa. Se preguntó si los años que había pasado con Walter la habrían convertido en una de esas mujeres que piensan que los empleados llegan y se van como por arte de magia, sin tener vida propia más que trabajar para sus señores.

—Lo siento —añadió.

—¿Por qué?

—No se me ocurrió que no tenías medio de transporte.

—No tengo nada de nada —dijo él encogiéndose de hombros—. Es lo que ocurre cuando has pasado por la cárcel. Te quedas sin coche, sin dinero, sin nada. Mi abogado y mi ex se lo han quedado todo.

No había autocompasión en sus palabras, ni sentimiento alguno, pero ella sí se compadeció. No era un criminal sino un hombre orgulloso que había tenido una familia y un trabajo en el que se lo respetaba. Y en esos momentos no era nada más que un peón.

Se preguntó cuánto cobraría él del dinero que ella le daba a Hank pero decidió que no era asunto suyo. Sabía que tenía que alejarse de los problemas de Paul Fitzgerald pero parecía no poder hacerlo.

—¿Te ha resultado difícil adaptarte a la libertad?

—No tanto como al hecho de estar dentro.

—Me lo puedo imaginar.

—No, no puedes —se detuvo un momento, tras el cual su voz adquirió un tono fúnebre—. Créeme. No quieres.

Kayla supuso que no querría contarle nada más pero Paul la sorprendió diciéndole mucho más.

—Sí. En menos de un mes de pesadilla, perdí mi trabajo, a mi mujer, mi libertad y el respeto de mis compañeros. Y sobre todo, perdí mi buen nombre. Creo que eso fue lo peor.

—Es horrible, Paul.

La mandíbula pareció temblarle un poco y Kayla supo que Paul estaba profundamente herido pero no quería mostrarlo.

—Pero voy a recuperarlo —dijo con tono helado—. Cuando obtenga las pruebas contra las sabandijas que me hicieron esto, créeme, lo pagarán.

—Quieres venganza.

—Te lo aseguro. Y la tendré. Tengo la intención de destruir a los que me destruyeron a mí.

En otra persona, aquello habría sonado profundamente melodramático, pero en Paul no era más que la simple verdad.

Toda aquella amargura, y toda la ira. La rabia contenida de Paul llenaba la atmósfera haciéndola incómoda, no sólo por lo amenazador que le parecía sino porque la necesidad de venganza le resultaba familiar. También ella la había sentido hacía mucho tiempo.

Paul se reprendió por revelar tanto. Eran sentimientos demasiado íntimos. Kayla era la persona para la que trabajaba, no su amiga.

Guardaron silencio tras la dureza de sus palabras. Paul observó que Kayla era una buena conductora que maniobraba con soltura el Mercedes por las curvas de la carretera en su descenso desde la montaña. Un coche caro, con clase, que ronroneaba como un gatito. Cómo deseó estar tras el volante de aquella preciosidad.

—¿Dónde quieres que te deje?

—Donde te venga bien.

—Me viene bien dejarte a donde vayas —insistió ella.

—La biblioteca entonces.

Al llegar al edificio, Paul estiró la mano hacia el tirador pero se detuvo al ver la expresión de ella. Parecía estar meditando sobre algo. Esperó. Finalmente, Kayla aparcó y miró a Paul con expresión preocupada.

—¿Paul?

—¿Sí?

—Sobre lo que hemos estado hablando antes... sé que no es asunto mío, pero no he podido evitar notar cuánta rabia hay en ti. Quiero que entiendas que, bueno, sé lo que sientes. No tengo que decirte que tienes todo el derecho a la ira... —se detuvo.

—¿Pero?

—Sé que va a sonar a sermón —dijo ella poniéndole la mano en el brazo.

—Sigue —dijo él poniéndose rígido.

—Es un sentimiento que te come por dentro. Te hará sentir cada vez más amargura. No podrás empezar una nueva vida hasta que te deshagas de él.

Tenía razón. Sonaba a sermón y no pudo evitar sentirse beligerante.

—¿De veras? ¿Y cómo lo sabes?

—Créeme. Lo sé —dijo ella con el mismo tono fúnebre, tras el que le ofreció una sonrisa de tristeza.

La hostilidad cedió y la miró con el ceño fruncido esperando a que continuara pero no lo hizo. Se preguntó qué tipo de daño habría sufrido, claro que nada podría compararse a lo que él había pasado en la cárcel.

Realmente quería saber lo que le había pasado. Sabía que eran cinco hermanos, ella la única chica. Se preguntó si le habrían pegado o habrían abusado de ella. La idea no le gustó nada y la rabia contenida volvió a hervir. Por la forma en que hablaba de su familia, o más bien en que lo evitaba, debía de haber sido víctima de abusos,

sexuales o de otro tipo. Los maldijo a todos.

—¿Kayla?

—¿Sí?

—Agradezco tu amabilidad.

—Pero debería cerrar la boca.

—No, no he querido decir eso —dijo él exhalando un suspiro, sin saber lo que quería decir hasta que las palabras salieron de sus labios—. Antes, yo era un hombre amable. Quiero decir que sé que estoy enfadado pero no siempre fue así. Tengo bastante temperamento pero sé que puedo controlarlo y nunca, nunca recurría a la violencia física. Tienes que creerme.

—Te creo.

—Es sólo que, entre rejas, se hacía cada vez más difícil controlarse.

—Lo entiendo.

Y Paul sabía que era cierto. No sabía qué más decir. Lo único que sabía era que aquella mujer conseguía tocarle la fibra sensible. Su piel ardía, incluso a través de la chaqueta, ante el contacto con los gráciles dedos de ella.

No sabía lo que era aquello. Estaba bajando la guardia y no podía permitírselo. Tenía que seguir nutriendo su odio afilado si quería limpiar su nombre.

—Gracias por traerme —dijo de repente retirando el brazo y haciendo el tirador de la portezuela.

—Volveré por aquí hacia las nueve —dijo Kayla—. Si quieres que te lleve de vuelta, nos vemos en la puerta de la frutería de la calle principal.

—Te lo agradezco —dijo él con tono áspero mientras abría la puerta.

—¿Paul?

—¿Sí? —dijo él. Algo en la voz de Kayla lo hizo detenerse.

Para su sorpresa, Kayla levantó una mano y le acarició la mejilla,

sólo una vez, y a continuación se inclinó hacia él y le dio un suave beso en los labios. No fue más que un leve roce pero bastó para encender todos sus sentidos.

Él se movió hacia ella y estiró el brazo para tocarla pero su acción se detuvo al ver la forma en que ella alejó la cabeza mientras lo miraba con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Lamentaba haber sido tan impulsiva.

—Hasta luego —dijo encendiendo el contacto del coche.

—Hasta luego —se despidió él saliendo del coche y cerrando la puerta. Mientras el coche se alejaba, se llevó la mano a la mejilla, al lugar en el que ella lo había acariciado.

Estaba en un verdadero lío. Kayla Thorne lo arrastraba fuera de su objetivo. Kayla Thorne le recordaba el mundo de las relaciones entre hombres y mujeres lleno de charlas agradables, caricias y comunicación sin palabras.

Kayla Thorne lo hacía sentirse como una persona.

La maldijo por ello.

## Capítulo 5

Lou McAndrews y sus rizos rojizos entraron como un torbellino en el restaurante. Cuando vio a Kayla sentada a una mesa se acercó a ella, la abrazó y se sentó, sonriente, a su lado.

—Me alegro de verte.

—Lo mismo digo —dijo Kayla con una sonrisa.

—¿Cómo está el pequeño *Bailey*?

—Ahí sigue.

Kayla había conocido a la veterinaria del pueblo, Louise McAndrews, en su primera visita con Walter. Cuando *Bailey* desarrolló un grano y se le infectó, Kayla lo llevó a la clínica. Las dos mujeres conectaron rápidamente, y en los últimos cuatro años, tanto en persona como por teléfono, habían seguido cultivando su amistad. Kayla la consideraba una buena amiga y sabía que el sentimiento era mutuo.

—Y lo más importante —dijo Lou mirándola minuciosamente con sus ojos marrones—, ¿cómo estás tú?

—Mejor ahora que estoy aquí. Aunque tengo problemas para adaptarme al silencio.

Había decidido no contarle lo de los sonidos a media noche y la rata muerta. El propósito de la cena era huir de ello. Además, Lou se había portado muy bien con ella en el último año estando a su lado cuando el dolor era demasiado insoportable. Era el turno de saber qué tal le iba la vida a ella.

—Mejor el silencio que tener que ocultarte en casa para huir de los periodistas —dijo Lou, que había sido testigo de un incidente en su última visita a Kayla en Albany.

—Bien dicho.

—Si alguna vez decido ser famosa, tienes mi permiso para darme una patada en mi enorme trasero.

—¿Qué enorme trasero? —dijo Kayla—. Es como tiene que ser. Es problema de este absurdo mundo que se empeña en que las mujeres deberían tener tan poco trasero como los hombres.

—Y lo dice alguien con cuerpo de modelo.

—Estoy intentando engordar, lo prometo, pero ya vale. Cuéntame, ¿cómo te va todo? ¿Y tu madre?

—Sigue conmigo —contestó Lou. Su madre estaba en fase terminal de un cáncer y se había mudado con su hija, cuya vida había quedado reducida a su jornada diurna en la clínica y las noches al pie de la cama de su madre.

—Me alegra que hayamos podido vernos esta noche —dijo Kayla.

—He contratado a una cuidadora. Así puedo salir alguna vez. Si no, creo que me cortarían las venas.

—Te entiendo.

Pidieron bebidas y la cena mientras charlaban amistosamente sobre películas, cotilleos, historias de excéntricos dueños de mascotas, y Kayla bromeó con su amiga sobre su perenne falta de vida amorosa.

—Supongo que no sales con nadie, ¿no?

—¿Y romper mi récord? Hace ocho años. De hecho, hace tanto, que creo que vuelvo a ser virgen. ¿Qué me dices de ti? Lo siento —dijo rápidamente Lou—. Olvidaba que estás aún de luto.

—No, no. No pasa nada —se apresuró a decir Kayla.

Un mes antes, la pregunta la habría molestado, pero algo en ella había cambiado. Se dio cuenta de pronto de que estaba llegando al final del túnel de la pena. De hecho, estuvo a punto de mencionar a Paul. ¿Pero qué podía decir de él? ¿Que se sentía poderosamente atraída por un ex presidiario muy atractivo?

Decidió que sería mejor no hacerlo. En vez de ello, pensó que era

mucho mejor pedir otro martini y seguir riéndose con su amiga.

La biblioteca estaba abierta hasta tarde y Paul aprovechó para utilizar los ordenadores públicos para meterse en la red. Primero intentó averiguar si había algo nuevo relacionado con Jay Goodall, pero sólo constaba que había sido uno de los testigos en el juicio de Paul. Sin embargo, Paul sabía que había mucho más, aunque la información no estaba disponible para el uso público. Los informadores eran muy valiosos y la policía se ocupaba de mantenerlos ocultos. Pero él ya no tenía acceso a los archivos confidenciales de la policía.

Había sido gracias a los amigos que le quedaban en el cuerpo a través de quienes había averiguado la conexión entre Jay Goodall, el testigo contra él, y Jay Vinovich, ladrón de poca monta y hermano de Kayla Thorne. A través de su abogado, Paul había recibido informes puntuales mientras estuvo en la cárcel y por eso sabía tanto de la vida de la mujer para la que trabajaba en esos momentos.

Sabía que había nacido en Bakersfield, California, hacía casi treinta años. Tal como ella le había dicho, tenía cuatro hermanos. Su madre había muerto al dar a luz al último, cuando Kayla tenía tres años. Debido al trabajo itinerante de su padre, la familia se había mudado constantemente. Dos de sus hermanos se habían metido en líos por drogas, el mayor, Jay, y el más joven, Thomas.

Kayla se había ido de casa antes de acabar la secundaria en Phoenix, y había trabajado por todo el país hasta terminar en Nueva York. Allí, se matriculó en la escuela de enfermería, tras lo cual encontró un buen trabajo en el hospital al que Sonny Thorne fue para recibir tratamiento contra el cáncer. La mujer se encariñó con ella y cuando decidió pasar sus últimos días en casa, le ofreció a Kayla el trabajo de cuidarla allí.

Todo eso eran hechos, pero no hablaba de sus sentimientos. Kayla y él tenían algo en común. Ambos habían perdido a su madre cuando eran pequeños. Él había tenido la suerte de contar con un padre y

unos hermanos cariñosos, pero, por lo que sabía de ella, no parecía que hubiera sido tan afortunada.

Buscó en Internet algo que pudiera relacionarla a ella o a su difunto marido con el crimen organizado, pero no encontró nada. De haber algún informe o investigación abierta, él no tenía acceso. Era realmente frustrante.

Lo preocupaba lo de la rata muerta. Aunque los policías pensaran que era una tontería, él no estaba tan seguro. Había algo de mal agüero en ello. Tal vez fuera un aviso, pero no tenía forma de averiguarlo.

Tecleó el nombre de Steven Thorne. Rico, cincuenta y dos años, se había dedicado a los negocios de su padre. Casado dos veces y divorciado las dos. No tenía hijos. Tampoco relación alguna con la policía ni nada que lo relacionara con prácticas ilegales, pero Paul sabía que con dinero podía encubrirse cualquier cosa.

Se reclinó en su silla y se restregó los ojos. Ya era suficiente de Kayla y sus problemas. Su padre le había dado una tarjeta de teléfono, así que se acercó a una cabina y trató de hablar con dos de sus amigos en el departamento de policía de Albany, para ver si habían averiguado algo más. Charley Biggs no estaba en casa. El otro, Brian Kaye, había sido quien había averiguado la conexión entre Jay Goodall y Jay Vinovich, y los cargos por drogas que habían sido borrados de su ficha, probablemente cuando se convirtió en informador. Desde entonces, nada. Los archivos habían sido sellados cuidadosamente y no podían averiguar nada de la conexión con los policías corruptos que le habían tendido la trampa a Paul. Pero Brian prometió seguir indagando. Había sido su compañero y seguía siendo un amigo leal, por lo que Paul le estaba más agradecido de lo que podía expresar.

Finalmente, llamó a su padre. Su conversación fue mucho menos emocional que la última, el día que salió de la cárcel. Su padre había querido que fuera a casa pero Paul había insistido en aprovechar la

cercanía con Kayla Thorne para tratar de averiguar algo.

Lucas Fitzgerald, bombero jubilado, estaba seguro de que todo se arreglaría. Paul no estaba tan seguro. Aun así, le agradaba hablar con él, y le prometió hacerle pronto una visita. La conversación lo puso de buen humor y se dispuso a ir a cenar.

Recorrió las calles del pueblo en el que estaba la prisión de la que acababa de salir respirando el aire fresco de la noche, mirando los escaparates de las tiendas y encontrándose con otros paseantes. Estaba feliz de poder hacer todo eso.

Vio el coche de Kayla aparcado delante de la puerta de lo que parecía un buen restaurante y se preguntó si estaría dentro cenando con algún hombre.

Frunció el ceño ante la idea aunque sabía que no era asunto suyo. Pero al momento desechó la idea de la cita. No era muy posible a juzgar por la forma en que parecía echar de menos a su difunto esposo, que parecía saberlo todo de todos los temas en el universo, al menos lo suficiente para anonadar a su joven esposa.

Paul frunció el ceño otra vez. Sus pensamientos recurrían una y otra vez a Kayla. Demasiado.

Se metió en un sitio de comida rápida y pidió una hamburguesa con queso, una ración grande de patatas y una porción de pastel de manzana con dos bolas de helado. No recordaba una comida mejor en su vida.

No dejaba de mirar el reloj. Quería asegurarse de no llegar tarde al lugar en el que había quedado con Kayla. No podía desperdiciar la posibilidad de volver gratis a lo alto de la montaña. Mentira. Lo que no quería era desperdiciar la posibilidad de volver con ella.

Aún notaba el calor en la mejilla y los labios. Se preguntó si habría intención sexual tras los movimientos de Kayla o sólo amistad.

Después de la cena, Kayla paró en la tienda a hacer la compra y a charlar con la dueña, Francis Crosbie, que también vivía en lo alto de la montaña, entre Cragmont y Susanville. Francis, también viuda,

había conseguido mantener su pequeño negocio a pesar de que una cadena de supermercados había abierto un supermercado más grande a sólo unos kilómetros de distancia.

El de Francis no era grande pero los productos se alineaban cuidadosamente en sus estanterías y la carne era fresca. Kayla empujaba su carro entre los pasillos comprando todo aquello que había apuntado. Al darse cuenta de que iba añadiendo cosas para Paul volvía a ponerlas en su sitio y cambiaba una tercera vez de opinión y lo añadía definitivamente al carro. Siempre era mejor tener más comida de la necesaria. Además, podía permitírselo.

Con el carro lleno hasta los topes, se acercó a la caja donde estaba Francis.

—Me alegro de verla, señora Thorne —dijo la mujer recordeta mientras empezaba a pasar los artículos por el lector.

—Kayla, por favor.

—Todos estos años he llamado a su esposo señor Thorne. Es una costumbre difícil de cambiar.

—¿Harás el esfuerzo? —dijo Kayla con una sonrisa.

—Lo haré —replicó la mujer con una generosa sonrisa—. ¿Y qué tal el manitas?

—¿Cómo dices?

—Tiene a uno de los hombres de Hank en casa, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Las noticias vuelan. He oído que era policía.

—Pues has oído bien. Siempre me sorprende ver lo rápido que viajan las noticias entre el pueblo y la montaña.

—Bueno —dijo la mujer mientras pasaba un paquete de carne—, Hank viene por aquí todos los días y habla de sus chicos.

—Es un buen hombre, ¿verdad?

—¿El chapuzas o Hank?

—Hank —respondió Kayla sonrojándose.

—Sí lo es. El hombre sabe hacer buenos tratos.

—Y me alegro de que sepa hacerlos —dijo Kayla asintiendo con la cabeza—. No es muy habitual que los ex presidiarios reciban una segunda oportunidad.

—Es así porque a él se la dieron. Hace veinte años, él también acababa de salir de la cárcel después de atraco a mano armada. Su mujer lo abandonó, no tenía dinero y llegó incluso a pensar en el suicidio. Pero entonces oyó en la vieja iglesia de piedra esa voz que le decía que si podía ayudar a otros su corazón sanaría. Y así ha sido. Nuestro Hank montó un pequeño negocio él solo.

La dueña del supermercado era un inagotable pozo de información, así que Kayla aprovechó para preguntarle algo.

—Dime, ¿sabes algo de la historia de Melinda?

—¿La loca de la montaña? Pobrecilla. ¿La ha molestado?

—En realidad no. Apareció por la casa un día murmurando algo sobre unos huesos. ¿Tienes idea de lo que quería decir?

—Bueno, la iglesia de piedra de la finca de los Thorne solía utilizarse como cementerio y creo que los antepasados de Melinda eran indios. Probablemente tenga algo que ver con ello. No hace daño a nadie a menos que haya empeorado. Hace tiempo que no la veo.

—¿Alguna vez ha dejado cosas a alguien?

—¿Cosas?

—Me encontré una rata muerta en el porche esta mañana —dijo Kayla con un gesto de desagrado.

—¿Una rata? Santo Dios, no he visto muchas por aquí. Claro que hay por todo el planeta. Igual que las cucarachas.

—Siento haber preguntado.

En ese momento, una corriente de aire fresco entró y miró hacia la puerta. Paul estaba en la entrada recorriendo con la mirada la tienda. Cuando la vio, se quedó parado un rato, mirándola. Entonces, asintió con gesto serio, como siempre.

Kayla se había preguntado si aparecería después de lo idiota que

había sido su comportamiento con él. No debería haberlo tocado ni besado.

Pero allí estaba y ella se encontraba extrañamente feliz de verlo. Sonriendo, le hizo un gesto con la mano e, inmediatamente, Francis miró en aquella dirección. La mujer, a quien no se le escapaba nada, levantó una ceja.

—Vaya. ¿Quién es ése?

—El hombre de Hank —dijo Kayla casualmente notando que la cara se le enrojecía. También sintió algo extraño en su interior. Estaba nerviosa y la respiración se le entrecortaba un poco. Como si estuviera en el instituto y el capitán del equipo de fútbol la hubiera hecho centro de sus atenciones.

A Kayla nunca le había ocurrido nada así en el instituto. Excepto aquella vez, hacía trece años, que había empezado con el corazón esperanzado y los ojos relucientes de expectación, pero había terminado trágicamente. Aquella noche había cambiado su vida.

—¿Y cómo puedo conseguir yo uno de éstos? —dijo Francis riéndose.

—Llama a Hank —dijo ella riéndose con la mujer.

Paul retrocedió de las puertas automáticas y éstas se cerraron. Pensó que sería mejor esperar a Kayla fuera. La tienda era demasiado luminosa, demasiado pública, y su reacción física hacia ella demasiado fuerte.

Aquello era un problema. Le bastaba mirarla para excitarse. No le había pasado nada igual desde que era un jovencito calenturiento.

Se dijo que al día siguiente, viernes, lloviera o tronara, iría a Susanville y buscaría una mujer que pudiera ocuparse de sus necesidades físicas.

Aunque no estaba muy seguro de que funcionara. Había algo más que la necesidad de sexo, aunque no quisiera admitirlo. Lo que Kayla provocaba en él no era sólo físico. Era algo mucho más profundo, algo que le llegaba al corazón.

Alejó los pensamientos de Kayla cuando la vio salir con el carro lleno de comida. Tomó las cuatro bolsas y la acompañó hasta el coche. Kayla abrió el maletero y él lo metió todo. Después Paul le abrió la puerta del coche con una sonrisa.

—He tomado dos martinis con la cena. ¿Te gustaría conducir? — dijo ella ladeando la cabeza al tiempo que le ofrecía las llaves.

Aquello lo tomó por sorpresa dejándolo momentáneamente sin palabras.

—Yo... hace mucho tiempo que no conduzco.

—Es como aprender a montar en bici. Nunca se olvida.

Frunció el ceño, no muy seguro de aceptar la oferta. Se preguntaba si estaría haciéndolo por caridad.

—Pero es un coche muy caro.

—Por eso es un placer conducirlo —dijo ella mirándolo fijamente, esperando.

«Idiota. Hazlo. ¿A qué esperas?»

—Gracias —dijo con tono áspero, y los extremos de sus labios se curvaron en una sonrisa—. Será un placer.

—Paul —dijo ella con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Acabas de sonreír.

—Lo siento. No me he dado cuenta.

—Y acabas de hacer un chiste. ¿Algún otro milagro más?

Haciendo una mueca de disgusto fingido ante sus bromas, tomó las llaves no sin antes acompañarla al asiento del copiloto.

—No sólo sonríes —observó mientras entraba en el coche—, sino que también abres las puertas de los coches.

—Mi padre se empeñaba. Pero a algunas mujeres les gusta y a otras no.

—A mí algunas veces me gusta, otras no —dijo ella elevando una delgada ceja.

—Motivo por el que los hombres nos volvemos locos —dijo él riendo de buena gana.

Él también estaba sorprendido con su comportamiento. Estaba bromeando, soltando ocurrencias a cada minuto. La sensación era muy agradable. Casi se sentía... feliz.

Paul entró en el coche. Adaptó el asiento y los espejos apreciando cada detalle con nerviosismo. Kayla no lo estaba haciendo por caridad. Era como si realmente le gustase y quisiera hacerle ese regalo. Sí, sólo le estaba dejando conducir su coche, pero parecía algo más.

Se preguntó si su adaptación a la libertad sería siempre tan especial como lo estaba siendo esa noche. Probablemente no. Al final acabaría dando por sentadas las pequeñas cosas y olvidaría lo especial que podían ser. Era una pena.

El coche iba como la seda y tomaba las curvas como si estuviera programado para ello. El motor no sonaba apenas. Sólo un pequeño ronroneo.

—Es agradable —dijo a Kayla.

—Sí —dijo ella girando la cabeza para mirarlo—. ¿Entonces has hecho lo que tenías que hacer?

—¿Perdona?

—En Susanville. Dijiste que tenías algo que hacer en la biblioteca.

—Sí. He estado investigando en Internet, para mi caso.

—Bien.

—¿Y tú?

—¿Perdón?

—¿Has hecho lo que tenías que hacer?

—He cenado con alguien, sí. Lou Me Andrews.

Lou. Un amigo. Paul sintió que su buen humor se evaporaba. Los hombres y las mujeres decían que podían ser amigos pero él no lo creía. Siempre se interponía el componente sexual.

Salieron de Susanville y las luces prácticamente desaparecieron. Las tormentas acababan con las bombillas de las farolas cada año. Condujeron con la única luz de los focos del coche, en silencio, roto

por Paul cuando tomó una curva con demasiada fuerza y algo se vislumbró en medio de la carretera. Pisó los frenos y el coche respondió a la perfección. Se detuvieron a escasos centímetros de un ciervo.

—Oh —dijo Kayla con la respiración agitada—. Qué bonito.

Paul se fijó entonces en el animal, que los miraba fijamente, con sus orejas y su grácil cuello, y sus rasgos femeninos. Estaba viendo a aquella criatura al natural, no en un programa de la tele.

Su reacción lo hizo atragantarse y tuvo que tragar rápidamente para pasar el nudo. Sus emociones estaban muy sensibles. Tocó el claxon y el ciervo se retiró de la carretera.

Paul siguió conduciendo con más cuidado. Detuvo el coche en Cragmont, delante de la tienda de Hank.

—Aquí me bajo.

—¿Vives aquí, con Hank?

—No —dijo él abrazando el volante con el brazo izquierdo mientras se giraba para mirarla—. En la parte de atrás de la tienda. Hank tiene su propia casa y un par de cabañas para los hombres que va reclutando.

—Una cabaña. Agradable.

—Es sólo una habitación.

—¿Tiene cocina?

—No, sólo una cama, un baño y una estufa. Está bien, créeme.

Kayla se mordió el labio dudando un momento.

—Mira, sé que no es asunto mío, pero ¿no puedes volver? A tu antiguo trabajo, me refiero.

—¿A la policía de Albany? Lo dudo. No se ha probado que sea inocente. Para ellos sigo siendo un poli corrupto.

—Vaya.

Paul observó sus rasgos y sintió la ya familiar sensación de deseo hacia ella.

—Entonces —continuó—. ¿Tienes planes? Quiero decir para el

futuro. Lo siento, sé que no es asunto mío, sólo siento curiosidad.

A Paul le gustaba que quisiera saber cosas de él. El sentimiento era mutuo.

—Está bien. Cuando se solucione esto, pensaré en ello.

—Claro. Tiene sentido —dijo ella volviendo la cabeza y mirando al frente, a la oscuridad.

Paul esperó preguntándose si querría saber algo más. Si por él fuera, pasaría el resto de la noche hablando con ella. Había algo íntimo en el coche a oscuras, en la noche tranquila, rodeados por las montañas.

Deseaba mucho tocarla. Quería acariciarle la mejilla como hiciera ella antes, y el resto de su cuerpo. Estaba acostumbrado a ser el que tomara la iniciativa en las relaciones con las mujeres, y a la mayoría le gustaba. Pero no estaba seguro de que fuera lo más adecuado en esa circunstancia.

En ese momento, Kayla volvió a girarse hacia él y sus miradas se encontraron. El tiempo pareció detenerse. Paul se inclinó hacia ella dispuesto a tantear el campo.

Entonces, un perro se puso a ladrar. De forma amenazadora. El ruido rompió el hechizo que se había creado a su alrededor.

—Supongo que es hora de que me vaya —dijo Paul abriendo la puerta—. Gracias por dejarme conducir.

—¿Paul?

—¿Sí? —dijo con un pie ya en la calle.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro.

—No dejes de repetirme que estaré bien... pero, bueno, ¿volverías a la casa conmigo? Para echar un vistazo.

—Claro. Debería haberlo pensado —dijo disgustado por no haberlo pensado él.

Continuaron el trayecto. Los pensamientos de Kayla estaban absolutamente revueltos. Era una hipócrita. Había rechazado esa

misma mañana la oferta de Paul de quedarse con ella porque no quería comportarse como la típica mujercita asustadiza que recurre al hombre fuerte para que la proteja.

Y sin embargo, en ese momento tenía miedo de volver a la casa a oscuras. Lo cierto era que lo encontraba más sexy que a ningún hombre con el que hubiera estado a pesar del terror que le causaba su rabia interior y a pesar de que un momento antes había estado a punto de besarla y le habría gustado.

Al llegar a la casa, Paul sacó las cosas del coche y después se ocupó del perrillo, que ladraba furiosamente desde la cocina.

—Hola chico, ¿me recuerdas? Soy tu amigo.

Kayla sonrió. Paul era un hombre muy grande y *Bailey* muy pequeño. Tanto si quería admitirlo como si no, había dulzura en aquel hombre, y eso era precisamente lo que más la atraía de él.

—Y ahora, será mejor que me vaya —dijo Paul tras comprobar que todo estaba en orden.

—¿Cómo?

—Como lo hago normalmente. Andando.

—Tonterías.

—¿Has cambiado de idea? ¿Quieres que me quede aquí esta noche? Te lo dije esta mañana y creo que sería buena...

—No —lo interrumpió—. ¡Claro que no! Llévate mi coche.

—No.

—No dejaré que hagas todo el trabajo que haces para mí fuera de tu hora, yendo y viniendo a pie. Insisto.

—¿Qué pasa si ocurre algo y tienes que salir de aquí?

—Estaré bien. Cerraré con llave las puertas.

—¿Y si le ocurre algo al coche? ¿Otro ciervo? ¿Un conductor borracho?

—Para eso está el seguro. Por favor, Paul. Llévate mi coche y vuelve mañana.

—De acuerdo —dijo tras pensarlo un rato—. Buenas noches,

entonces.

La miró largo y tendido, igual que había hecho delante de la tienda de Hank. Era como si fuera el final de su primera cita y estuviera esperando una señal para avanzar.

—Deja las luces encendidas, ¿vale? —añadió en un susurro.

—Buena idea —murmuró ella dándose la vuelta hacia la casa. De pronto, se le ocurrió algo sin pensar en las consecuencias—. ¿Paul?

—¿Sí?

—Hay otra pequeña cabaña detrás de esos árboles. ¿Te has dado cuenta? —dijo ella apoyándose en el coche.

Paul también se apoyó en el coche de forma que quedaron uno junto a otro.

—¿El cobertizo al pie de la montaña?

—Sí. La llamo la cabaña del abuelo. No está en buen estado, pero si se arregla un poco podría ser habitable. Y todavía te quedan un par de semanas más de reparaciones aquí. No me gusta que tengas que ir y venir andando todos los días. Iba a proponerte bajar yo misma a recogerte pero se me ocurre que esto podría ser una solución mejor. Hay hasta una cocina. ¿Te interesa? —preguntó finalmente mirándolo de soslayo.

Paul se tomó un momento antes de responder.

—No.

—¿Por qué?

Paul se separó del coche y se colocó justo delante de ella. Apoyó las manos en el coche, una a cada lado de la cabeza de Kayla, su cuerpo muy cerca del de ella.

—Por esto —dijo él con un gemido e, inclinándose hacia ella, la besó.

## Capítulo 6

No fue un beso sutil. Los labios de Paul se grabaron a fuego sobre los de ella, tomándola salvajemente. De una vez, introdujo su lengua en la boca de ella y buscó los lugares más sensibles.

Kayla escuchó los sonidos que se formaban en su garganta, los sonidos de un hombre profundamente atraído por una mujer, y su cuerpo respondió de forma automática. Los sentidos que tenía dormidos se despertaron y en un impulso le rodeó el cuello con los brazos mientras su lengua buscaba en la boca de él con el mismo fervor.

Si su beso ya había sido agresivo, su cuerpo respondió ante el tácito acuerdo de ella. Apretó su cuerpo duro contra ella aplastándola contra el coche. Su respiración se convirtió en un gemido rítmico y Kayla podía sentirlo. La fuerza bruta de aquel hombre, la firmeza de sus músculos y la dureza de su miembro contra su estómago. Al principio le pareció excitante pero de pronto algo cambió. La pasión le resultó impersonal, como si sólo estuviera allí para satisfacer una necesidad.

Los recuerdos de otra noche, de otro hombre igualmente insistente, la asaltaron. Y entonces fue pánico lo que le entró. Kayla intentó zafarse, incapaz de seguir respondiendo.

Pero él no pareció darse cuenta, o no pareció importarle, porque no se movió. Kayla trató de cerrar la boca y ladear la cabeza pero él se puso más insistente aún.

—¡No! Paul, por favor, ¡para!

Al momento, Paul retrocedió, y sacudió la cabeza mientras se limpiaba la boca.

—Estás demasiado... ansioso. Me das miedo —dijo incapaz casi de hablar por lo agitada que estaba su respiración.

—Lo siento —dijo él respirando también con dificultad—. Soy un idiota. No debería haber...

—No, no es eso —lo interrumpió ella.

La mirada en el rostro de Paul le decía que se sentía miserable y avergonzado, tanto que Kayla sintió deseos de reconfortarlo desde el mismo en que su angustia empezó a ceder.

—No eres tú. Soy yo —añadió Kayla.

—No, no. Es culpa mía. Estoy demasiado ansioso. Hace mucho. Lo digo en serio. No he... nada desde... —dejó la frase inconclusa mientras sacudía la cabeza.

—¿No has qué? —preguntó ella en medio de su confusión. Entonces lo comprendió.

Se dio cuenta también de que su necesidad de tomarla no se debía a quién era ella, sino a que había pasado mucho tiempo sin estar con una mujer.

—Escucha, no pretendía perder el control como lo he hecho. No volverá a ocurrir, ¿de acuerdo?

Emocionada por las palabras, Kayla extendió una mano pero la cerró antes de llegar a tocarlo.

—Paul.

—Le diré a Hank que te consiga otro hombre —dijo él mirándola con expresión miserable y desafiante al tiempo.

—¿Qué? —preguntó sorprendida. Pensaba que iba a despedirlo, y tal vez debiera. Se había pasado de la raya. Claro que también ella lo había hecho. Había querido aquel beso desde hacía días—. No te preocupes. Sigues teniendo trabajo.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Olvidaremos que ha ocurrido. Toma mi coche y vuelve a casa. Te veré por la mañana.

Paul no quería aceptar la oferta. Prefería alejarse de Kayla con

algo de orgullo. Se sentía muy avergonzado de sí mismo por haber perdido el control como lo había hecho. ¡Si casi la había tomado allí de pie!

Sin decir una palabra más, tomó las llaves, se metió en el coche y se alejó.

Kayla necesitó un poco de tiempo para recuperarse de la sensación de pánico que el beso le había causado, pero necesitó aún más para que la excitación cediera. Tenía que enfrentarse a la verdad: una parte de ella se había visto repelida por el ansia demostrada por Paul; pero otra había visto cómo se encendía en respuesta a la pasión.

Y seguía deseándolo.

Estaba muy extrañada por los sentimientos y las reacciones confusas que tenía cuando estaba con Paul porque ella nunca antes había experimentado una pasión tan desaforada. Nunca había tenido reacciones tan puramente primarias.

Se había quedado encerrada en un coche con Jerry Donley, trece años atrás cuando asistió al baile de los mayores del instituto, y había regresado a casa magullada y golpeada, sin virginidad y sin confianza en los hombres. Ella sólo quería darse el lote con aquel chico del que estaba tan colada, pero él quiso más y cuando ella se negó él lo tomó igualmente.

Tuvo que enfrentarse a las secuelas, sola por supuesto, y finalmente las superó. O eso se decía a sí misma. Pero a partir de aquel momento, siempre eligió hombres que no provocaran una respuesta de miedo en ella. No había tenido muchos amantes pero todos habían sido amables y nada agresivos. Pasivos, en realidad. Walter, a pesar de ser un hombre de éxito y nada pasivo, tenía una personalidad discreta y, a su edad, los encuentros amorosos que habían tenido habían sido ocasionales pero siempre suaves.

Y ahora ese... toro salvaje, en la plenitud de su sexualidad, había entrado como un huracán en su vida. Y como era de esperar había levantado en ella parte de sus miedos más terribles. Y lo que era aún

peor, le hacía tener que enfrentarse a lo que ella se había empeñado en ocultar durante todos esos años.

Que era una mujer. Una mujer muy sexual. Con necesidades que, a lo largo de su vida adulta, sólo se habían visto parcialmente satisfechas.

Se encontraba en una situación delicada. No sabía si decidirse a abrir la caja de Pandora de su sexualidad y sus consecuencias. Por otro lado, un lado mucho más práctico, a menos que decidiera tener una aventura con Paul, lo cual no era una gran idea por todo el bagaje emocional que aquel hombre llevaba consigo, la opción de dejarle vivir en la casa dejaba de tener valor.

No viviría en la cabaña del abuelo y ella restringiría su relación con él a lo mínimo: nada de comidas en el porche, ni dejarle el coche, nada de amistad.

Con la decisión tomada, ahuecó la almohada y repasó mentalmente que todo estaba bien cerrado y se preparó a dormir. Entonces, el manto del silencio de la montaña cayó sobre ella, con su halo de oscuridad y su misterio. Abrió los ojos de par en par y miró a la oscuridad de la habitación. Se preguntaba qué novedades habría esa noche y, temblando, pensó que se sentiría mejor si Paul estuviera allí, lo cual no implicaba que se sintiera más segura.

Al día siguiente por la noche, Kayla se sentó en el sofá y apoyó los pies en la mesa de centro mientras sostenía una taza de té caliente en las manos y un disco antiguo sonaba de fondo. Era una vieja canción que hablaba de la soledad. Era viernes por la noche. Llevaba una semana completa allí sola, adaptándose a la vida sin Walter. Aunque en los últimos días apenas había pensado en él, sino más bien había estado fantaseando con Paul, imaginandoselo trabajando sin camisa, su cuerpo firme y musculoso cubierto de sudor y sus tatuajes.

Riiiiing.

—¿Diga? —contestó al teléfono sorprendida porque no solía recibir muchas llamadas allí arriba.

—Hola, hermanita, ¿qué tal estás?

Al oír la voz se le hizo un nudo en el estómago. Era Jay. Todos sus hermanos habían sido unos monstruos pero Jay había sido el peor, gastándole siempre bromas pesadas, metiéndole bichos y culebras en la cama y pegándole, especialmente cuando había bebido más de la cuenta, lo que empezó a hacer regularmente a los trece años.

—Bien —la ira se apoderó de ella. Hacía años que no lo veía, pero la embargó la sensación de ser una víctima indefensa, una niña asustada sin nadie a quien recurrir.

—¿Bien? Sí, mi hermana está muy bien, ésa es la palabra —dijo él con tono descuidado y una risa muy desagradable al final. Estaba borracho.

—¿Cómo has conseguido este número?

—Tengo mis contactos.

—¿Qué quieres, Jay?

—¿Es ésa forma de hablarle a tu hermano mayor?

Se irguió en el asiento repitiéndose que su hermano ya no tenía ningún poder sobre ella, que era una mujer adulta y no una niña asustada.

—Dime por qué me estás llamando.

—Me alegra que lo preguntes —dijo riéndose otra vez—. Verás. He estado fuera... del país en realidad.

—¿Y?

—Y no estaba enterado de las noticias, tampoco es que me interesaran mucho.

—Al grano, Jay —dijo ella con voz fuerte para hacerle saber que ya no podía seguir abusando.

—Y cuando vuelvo, imagina mi sorpresa, cuando me entero de que mi hermana, mi querida hermanita, es viuda. Una viuda rodeada de billetes. El viejo la palmo y te dejó la vida arreglada.

—Te lo repetiré una vez más. ¿Qué quieres?

—Ya sabes lo que quiero, Kayla. Sólo un poco de ese dinero tuyo.

Puedes permitirte ser generosa.

—Puede pero no contigo. No tenemos nada que decirnos. Adiós —y colgó.

Su primera reacción fue la de una inmensa alegría. Había vencido. Durante toda su vida, había evitado los enfrentamientos con sus hermanos porque sabía que nunca podría ganar. Ellos siempre tenían las de ganar, el poder.

Pero esa noche, el poder lo tenía ella.

Su alegría no duró mucho. La realidad la golpeó. La victoria sólo había sido temporal. Jay no había terminado. Se acababa de enterar de que su hermana era un tesoro y no cejaría en su empeño hasta lograr lo que quería.

Cuadró los hombros. Ella tenía armas para luchar contra él. Tenía dinero, influencias, poder.

Además, tenía a Paul Fitzgerald de su parte. Jay no tenía ninguna posibilidad.

Esta vez fue el ladrido de *Bailey* lo que la despertó. Un ladrido furioso y aterrorizado al tiempo hasta que el pánico en el aullido del animal se coló en su cabeza haciéndola despertar de golpe.

El sonido provenía del exterior. Retiró el edredón y se acercó a la chimenea a por el atizador. No le importaba quién estuviera abajo. Tenía que proteger a *Bailey*.

Al llegar al pie de las escaleras, el ladrido se convirtió en un grito agudo de dolor. Entonces, escuchó un golpe seco seguido de una especie de sollozo angustiado y después silencio.

—¡No!

Todas las luces estaban encendidas, tal como las había dejado, pero al dirigirse al porche vio que las puertas correderas estaban parcialmente abiertas. Se preguntó si las habría dejado así ella.

Salió al porche descalza y miró frenéticamente alrededor en busca del perrillo.

—¿*Bailey*?

Bajó los escalones y se dirigió hacia un lateral de la casa ignorando los cortes que las piedrecillas del suelo le estaban haciendo. Cuando llegó al montón de estiércol, se detuvo y se llevó la mano a la garganta.

Allí estaba, encima del montón. Se arrodilló y estudió el cuerpecillo ensangrentado y quieto del perrito. Todavía estaba caliente. Respiraba. La sangre provenía de unos cortes en el cuello y el abdomen. Parecían cortes hechos por zarpas. ¿Tal vez un oso?

La enfermera que había en ella se despertó. Aquello era una urgencia. Entró en la casa y tomó una manta del sofá con la que cubrió a *Bailey*. Después se puso las zapatillas y un abrigo y tomó el bolso, el móvil y las llaves del coche. Con el perrito en la manta, se metió en el coche y se dirigió a la clínica de Lou.

Mientras cubría los últimos metros hasta la casa, Paul se preguntó qué demonios estaba haciendo allí. Era sábado por la mañana, muy temprano. El sol apenas había salido. Se suponía que no tenía que trabajar el sábado.

Pero, a pesar del largo paseo hasta allí arriba, aún le quedaban muchas energías que quemar y supuso que una jornada de duro trabajo era la solución. Se sentía como un idiota. La noche anterior había ido a Susanville con Hank a un club, en busca de una compañera de cama. Y la encontró. Era una morena con peligrosas curvas deseosa de hacer el amor con él sin pensar en un romance. Tomó un par de copas con ella pero no podía dejar de pensar en Kayla hasta el punto de que un revolcón ocasional dejó de interesarle. Al final, había decidido que era mejor irse a casa solo con su frustración.

Entonces cayó en la cuenta de que el coche de Kayla no estaba en la entrada de la casa. Lo primero que se le ocurrió fue que habría pasado la noche fuera con Lou y se enfadó consigo mismo por sentirse posesivamente celoso.

Pero entonces se dio cuenta de que la puerta de la cocina estaba

entornada y en el montón de estiércol había un mapache lamiendo algo.

Se acercó y el animal salió huyendo. Agachándose, tocó con el dedo la mancha pringosa de un color oscuro. Parecía sangre. El corazón se le aceleró. Se preguntó qué habría pasado y dónde estaría Kayla. Subió corriendo a la casa, los dos pisos, llamándola a gritos sin obtener respuesta ni de ella ni de *Bailey*.

Sus oídos detectaron que un coche se acercaba y bajó rápidamente a la cocina, desde la que vio el coche de Kayla. Salió de la cocina y se acercó a ella. Antes de que Kayla hubiera apagado el contacto del coche, abrió la portezuela.

—Paul, me has asustado —dijo ella mirando hacia un lado.

—¿Estás bien? —preguntó ayudándola a salir.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella todavía confusa.

—Iba a terminar una cosa. Dime —dijo él apretándole con más fuerza los brazos—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Me haces daño.

—Lo siento. Dime —dijo él bajando las manos.

—No lo sé. *Bailey* me despertó con sus ladridos. Las puertas del porche estaban abiertas y él estaba encima del montón de estiércol lleno de sangre. Lo llevé al veterinario. No... no estoy segura de si saldrá de ésta —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Pobrecito. Parecía tan indefenso...

Se llevó las manos a la cara y se apoyó en el coche, sollozando. Sin pensarlo, Paul se acercó y la abrazó con toda la dulzura que pudo y la conminó a apoyar la cabeza en su pecho. No necesitó demasiado para convencerla. El delgado cuerpo de Kayla temblaba de miedo y cansancio.

Paul le acarició la espalda y el pelo, murmurando palabras de ternura. Era muy agradable tenerla entre sus brazos. Sentía una ternura interior que no recordaba haber sentido nunca.

—¿Quién lo hizo? —preguntó cuando los sollozos cedieron un

poco.

—No lo sé —dijo ella sorbiendo la nariz—. Sinceramente, no lo sé —se retiró entonces de él y le sonrió con los ojos aún húmedos—. Gracias por dejarme tu hombro.

—¿Qué le causó las heridas a *Bailey*?

—Podría haber sido un oso, dijo Lou —Kayla se inclinó hacia el interior del coche y sacó el bolso y unos pañuelos. Se secó los ojos y las mejillas.

—¿Lou?

—Mi veterinaria. Es la mejor.

Un tremendo alivio se apoderó de él. La cita de la otra noche había sido con una mujer.

—¿Y Lou dice que podría haber sido un oso?

—O un cuchillo. No estaba segura.

—Lo que indicaría autoría humana. Esto está empeorando. ¿Alguna idea de quién puede querer haceros daño?

—No de este modo.

—¿Melinda? ¿Steven? ¿Alguien de quien no me hayas hablado?

—Supongo... que podrían haber sido... —sacudió la cabeza—. No, no importa.

—¿Quién podría haber sido?

—Ya te dije que odio hablar de mi familia, pero, bueno, uno de mis hermanos...

Kayla se detuvo y Paul notó cómo el vello de la nuca se le erizaba.

—¿Qué ocurre con él?

—Tiene muy mal carácter. Me llamó anoche.

—¿Te llamó?

—Sí. Al móvil. Y, bueno, dijo que quería parte del dinero que he heredado. Es basura, créeme.

—Te creo —y ella no sabía hasta qué punto.

—Jay siempre fue el peor de todos.

—Jay —repitió. Sabía que se refería a él.

—Sí. Mi hermano Jay.

—¿Te llamó? —Era consciente de que estaba repitiéndose pero no sabía muy bien cómo proseguir.

—Sí. No sé cómo consiguió el número.

—No es difícil si tienes contactos.

—Eso dijo él. En cualquier caso, debe de haber sido quien le ha hecho esto a *Bailey*. Jay puede ser... muy malo.

Paul estaba experimentando una riada de confusos sentimientos: alegría por estar un paso más cerca de cumplir su misión; ira hacia el miserable que había causado su caída y había atacado a un perrito indefenso; y una terrible culpa por estar aprovechándose de Kayla sin decirle que el motivo por el que estaba allí era precisamente sonsacarle información sobre Jay.

—¿Desde dónde llamaba?

—Ni idea.

—¿Sabes si estaba cerca, lo suficiente para venir hasta aquí en medio de la noche?

—No lo sé. No sé mucho de su vida, la verdad. Hace años que no lo veo.

—Lo encontraremos.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Si es él quien está detrás de todo esto, yo diría que es nuestra prioridad. Llamaré a Brian, un amigo de la policía de Albany. Es fácil reconocer el origen de una llamada entre teléfonos móviles.

—Sí, claro.

—Y dices que el porche estaba abierto. ¿Lo forzaron?

—Oh, Paul, no tengo ni idea —se llevó la mano al rostro.

—Lo siento. Pareces exhausta.

—Lo estoy.

La tomó de la mano, cerró el coche y la condujo hacia la habitación.

—¿Qué piensa Lou de las posibilidades de que *Bailey* se recupere?

—No estaba segura pero insistió en que viniera a descansar. Me llamará si hay algún cambio.

Como si toda su fuerza se diluyera, se dejó caer sobre él. Paul la tomó en brazos y la llevó a la cama. Se sentó en el borde y le quitó los zapatos. Después, la metió en la cama y la cubrió con el edredón. Se levantó y la miró.

—Gracias, Paul. No sabes cuánto te agradezco que estés aquí — dijo medio adormilada. Su rostro parecía relajado y confiado.

Paul se sentó en una silla a su lado, observándola mientras dormía tranquilamente. Notó que algo se removía en su corazón al tiempo que sentía repulsión hacia la forma en que la estaba engañando.

Debería estar feliz por hallarse tras la pista del bastardo que lo había traicionado y sin embargo su mente estaba ocupada con otra cosa, algo que no había esperado en absoluto. Estaba empezando a preocuparse por Kayla Thorne, mucho.

## Capítulo 7

Cuando se despertó, los rayos del sol indicaban que era cerca de mediodía. El olor a café recién hecho inundó su olfato. Estaba medio dormida, aún vestida con pantalón de deporte y calcetines, se dirigió hacia la cocina y se sirvió una taza. Echó una mirada alrededor de la cocina y sus ojos se detuvieron en la repisa que daba al jardín. En el borde había un pequeño jarrón con una flor de un vivo color amarillo. Sin saber muy bien qué hacer, siguió contemplándola.

Entonces recordó lo que había pasado la noche anterior. Pensó en Lou. Tenía que llamarla para ver cómo estaba *Bailey*. Después cambió de idea porque Lou le había dicho que llamaría si había algún cambio.

Volvió la atención hacia la flor preguntándose quién la habría dejado allí pero enseguida la respuesta llegó.

Paul.

Paul, que estaba en la casa esperándola cuando ella llegó y le había ofrecido un hombro en el que llorar. El mismo que la había ayudado a llegar a la cama y la había arropado.

Y le había dejado una flor.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Kayla de forma repentina. Había sido un gesto muy dulce. Había preparado café y había dejado una flor en un jarrón. Actos de ternura. Simples y normales actos hechos con la intención de alejarla de lo ocurrido la noche anterior.

Salió con la taza fuera. No veía a Paul. Rodeó la casa y lo encontró cortando troncos. Habían hablado el día anterior de que no había mucha madera almacenada y la casa no tenía calefacción. Ella

contestó que no se le había ocurrido pedir que le llevaran más. Y allí estaba Paul ocupándose de ello.

Se tomó su tiempo en observarlo. Se había quitado la camisa para trabajar a pesar del aire fresco del otoño. La visión la hizo tragar con dificultad. Paul tenía la piel brillante mientras los músculos que había debajo se expandían y se contraían rítmicamente, firmes y llenos de vitalidad. Los pantalones se ajustaban a sus poderosos muslos. Formaba una figura magnífica. Era una maravilla verlo. Movimientos justos, eficacia con la energía justa. Un hombre a gusto con su cuerpo.

Kayla notó la sensación de calor en la boca del estómago. El beso que habían compartido vino a su mente de pronto. El deseo y la forma en que sus músculos internos se habían contraído a la espera, todas las terminaciones nerviosas sensibles. No lo podía negar.

— ¿Paul?

Éste se dio la vuelta sorprendido. Había una mirada rara en sus ojos, tal vez de culpabilidad. Pero al momento ya no estaba. Tal vez lo hubiera imaginado.

Paul se acercó y dejando la cabeza del hacha en el suelo, se apoyó en el extremo del mango. Era una pose aunque estaba segura de que Paul no tenía ninguna mala intención y sólo producto de su mente enfebrecida. El hombre musculoso sin camisa. Un tipo salido de un calendario, pero con vaqueros en vez de un tanga.

La boca se le estaba haciendo agua y le costaba tragar. Ahora que lo tenía tan cerca podía ver las gotas de sudor que perlaban su cuerpo musculoso. Se preguntó por qué el sudor resultaría tan sexy. Tenía que centrarse.

— ¿Cómo estás? —preguntó Paul.

— Mejor, gracias. ¿Me has dejado tú esa flor?

Pregunta estúpida. ¿Quién iba a ser si no? Pero Paul se puso serio y respondió con un simple encogimiento de hombros.

— Un gesto muy dulce por tu parte.

Paul hizo un gesto de ligero disgusto. No le gustaba la palabra. Pero en el fondo, debajo de toda la ira y la amargura, había un hombre bueno y dulce.

—De verdad, has sido muy amable —siguió Kayla tratando de no hacerlo sentirse a disgusto.

—He llamado a mi amigo Brian —dijo cambiando abruptamente de tema—. Está trabajando tras la pista de Jay.

—Bien.

—Y he comprobado las puertas del porche. No hay marcas de que fueran forzadas. ¿Estás segura de que las cerraste antes de irte a la cama?

—Sí. Estoy en guardia desde lo de la rata.

—Lo que significa que sólo pueden abrirse desde dentro. Quien fuera entró por una ventana y abrió desde dentro.

—Pero las ventanas también estaban cerradas —dijo ella sintiendo que el miedo se apoderaba de ella de nuevo.

—¿Quién más tiene la llave de este sitio?

—La familia de Steven. Nadie más que yo sepa.

—Tendremos que comprobar eso. Ah, tu veterinaria llamó.

—¿De veras? No oí el teléfono.

—Desconecté el de la habitación.

—Oh.

—Lo siento. No debería haberlo hecho.

—No, no, está bien. ¿Qué ha dicho Lou?

—Que se recuperará.

—¡Es maravilloso! —dijo ella con alivio. Sin pensarlo, tomó la mano libre de Paul.

Paul pareció sorprendido y su reacción fue retroceder unos pasos, la boca en una línea seria. Suficiente para que Kayla captara el mensaje.

Kayla se sonrojó violentamente. Era una persona muy necesitada de afecto físico. Su naturaleza la impulsaba a mostrar su afecto de

forma física con aquéllos que le gustaban.

—También dijo que está casi segura de que las heridas se las hicieron con un cuchillo. Los cortes eran demasiado limpios para ser de unas garras —dijo Paul muy serio.

—No era eso lo que quería oír.

—Sí, bueno. Quiso saber quién era yo para contestar al teléfono. Le dije que estaba haciendo unos trabajos en la casa, pero no estoy muy seguro de que me creyera. Será mejor que la llames.

—Sí.

—Y creo que tienes que llamar a la policía de nuevo.

—Ya lo hice. Anoche hablé con el sheriff de Susanville. Cuando le conté a Lou lo de los incidentes no le gustó nada. Es como una madre conmigo.

—Bien. ¿Qué te dijo el sheriff?

—Que informaría a la policía del estado pero que haber causado daños a un perro no es un delito suficientemente grande para abrir una nueva investigación. Reservan los efectivos para delitos contra la vida humana.

—Sí, bueno, es cierto. Cuando estaba en el cuerpo nos ocurrían cosas de éstas todo el tiempo. El hombre puede ser muy cruel con los animales y nunca tiene que pagar por ello. Pero tenemos que ocuparnos de esto antes de que hagan daño a alguien.

—Te refieres a mí, ¿verdad?

—No puedes seguir estando aquí sola. Si la oferta sigue en pie, aceptaré quedarme en la cabaña del abuelo —dijo sin demasiado entusiasmo, como si se viera obligado.

Kayla pensó indignada que no quería su caridad. Si necesitaba protección, podía contratar a alguien. Además, ¿no había decidido ya que no iba a dejarlo quedarse en la cabaña? ¿Qué le estaba pasando?

Entonces recordó de nuevo el beso con toda su intensidad y toda su pasión compartida por ambos.

También recordó su miedo y su retirada. Su rostro debía de estar

mostrando la confusión de sentimientos a juzgar por las palabras de Paul.

—Te prometo que no te tocaré.

—Oh, no. No estaba pensando en eso...

Pero era mentira. Aunque no en la manera negativa que él parecía creer.

—Acepto —añadió sorprendiéndose a sí misma—. Gracias.

Paul asintió aunque parecía triste o incómodo por algo.

—Oye, si no quieres quedarte...

—No, no es eso.

—¿Entonces qué es?

—Nada. Olvídalo —dijo él.

—¿Qué?

—He dicho que no es nada —espetó y al momento puso un gesto de disgusto—. Maldita sea. Lo siento.

Sin pensar, Kayla se acercó a él y le tocó el brazo.

—Tienes muchos cambios de humor, Paul.

Al momento de sentir el contacto de Kayla, Paul la sorprendió tomando su mano y también la otra, y llevándolas alrededor de su cintura. A continuación le tomó el óvalo del rostro entre sus grandes manos y la miró con tanto deseo que Kayla notó que las rodillas le fallaban. Sosteniéndola con firmeza, se inclinó y la besó con ternura. Kayla era consciente de cómo temblaba Paul por el esfuerzo que le estaba costando contenerse para no asustarla.

Pensó de nuevo que era muy dulce y al momento ella también abrió su boca para recibirlo mientras recorría con sus manos la espalda húmeda de sudor. En segundos, su respiración se había vuelto entrecortada y notaba los pezones duros contra el pecho de Paul y el miembro duro de éste empujando contra ella.

—Kayla, Kayla —gimió él cambiando el ángulo para poder penetrar aún más en su boca.

Esta vez no hubo reacción de pánico, ni de terror, tal vez porque

sabía que Paul era un hombre muy tierno en realidad, o porque había estado en casa esa mañana y se había mostrado realmente preocupado por ella y por *Bailey*. Fuera lo que fuera, parecía que ninguna barrera le impedía dejar que la tocara donde y como quisiera, ni tocarlo a él.

Como si de una señal silenciosa se tratase, la mano de Paul descendió por su rostro, su cuello, y se detuvo al llegar a sus pechos. No llevaba sujetador y el roce con sus pezones endurecidos le arrancó a Kayla un sonoro gemido. Tomando la camiseta desde el borde, Paul se la sacó por la cabeza y rápidamente se inclinó y chupó uno de ellos mientras acariciaba con los dedos el otro.

—Paul... —gimió Kayla sin poder apenas sostenerse.

Paul, que la sostenía con fuerza, metió en ese momento una mano por la cinturilla del pantalón de deporte y no se demoró en buscar con su dedo el triángulo enfebrecido entre las piernas de Kayla.

Como en un sueño, en la lejanía, Kayla podía oír el zumbido de algo que parecía un coche.

—Paul.

—Hmm.

—¿Qué estás haciendo...?

—¿Quieres que pare?

—Dios, no.

De pronto, Kayla se puso alerta. El sonido de la lejanía estaba muy cerca. Era un coche y subía ya por la entrada de la casa.

Como un resorte, Paul y ella se separaron. Kayla se puso la camiseta y se ajustó la ropa. Después se agachó fingiendo estar examinando una planta aunque era otoño y no había nada. El coche se detuvo y las puertas se abrieron.

—¿Kayla? —dijo alguien. Era Terri, la mujer de Joe, el hijo pequeño de Walter.

Kayla se enderezó. Todavía tenía la respiración algo entrecortada y sabía que sus mejillas estarían coloradas. No podía hacer nada así

que se giró hacia ella y saludó. Le gustaba Terri, incluso Joe le gustaba, ya que no se mostraba tan lleno de resentimiento hacia ella como Steven.

A continuación salieron del coche Sally y Erica, las dos hijas del matrimonio. Erica llevaba en la mano una pequeña caja rosa con un lazo y corrieron a abrazar a Kayla, que correspondió con alegría. Adoraba a las niñas y se alegraba de que Joe no las hubiera puesto en contra de ella.

—Es para ti —dijo Erica dándole el paquete.

—Sois muy amables.

—Por tu cumpleaños —añadió Sally.

—Veo que llevas nuevo corte de pelo —dijo Kayla revolviéndole los rizos oscuros—. Me gusta —y se volvió hacia Erica, cuyo rostro pecoso mostraba una radiante sonrisa—. Dios mío —Kayla fingió estar preocupada—, alguien te ha robado dos dientes.

Las niñas se rieron y a continuación echaron a correr detrás de una ardilla que bajaba de un árbol pero al ver a tanta gente volvió a subir.

Entonces fue Terri quien saludó a Kayla con un abrazo. Terri parecía distraída por la presencia de Paul, que se mantenía a prudente distancia.

—Pensamos en darte una sorpresa por tu cumpleaños.

—Ya veo.

Kayla empezó a pensar cuánto habrían visto de lo ocurrido entre Paul y ella e incluso pensó en poner una excusa, pero finalmente decidió que no tenía por qué hacerlo. Era su vida y no había infringido ninguna regla.

—Hola Kayla —dijo Joe acercándose mientras Steven se quedaba apoyado en el coche.

—Me alegro de verte —dijo Kayla besándolo en la mejilla, y se giró para mirar a Steven.

Parecía no querer unirse y a Kayla no le pareció mal. Fingiría que

no estaba allí.

—Joe, Terri, Sally, Erica, quiero presentaros a Paul Fitzgerald. Está haciendo algunas reparaciones en la casa.

—¿Es eso lo que hemos visto? ¿Trabajo? —dijo Joe con tono divertido aunque no sin cierto reproche.

—Calla, Joe —dijo Terri.

—No os esperaba —se limitó a decir ella.

—Deberíamos haber llamado, lo sé —dijo Terri con gesto de disculpa—. Odio las visitas sorpresa pero pensamos que sería divertido traerte el regalo en persona. Fue idea de Steven.

—¿Steven? —dijo Kayla sorprendida.

El hombre en cuestión decidió acercarse finalmente y lo hizo con una sonrisa de satisfacción.

—Sí. Fue idea mía. No necesitamos permiso para venir a la cabaña familiar, ¿o sí?

—No, claro que no, Steven —dijo ella con su tono pacificador—. La familia de Walter siempre es bienvenida aquí, pero como ya discutimos el otro día, las visitas sorpresa son otra cosa muy distinta —dijo ella encogiéndose de hombros—. Podría haber estado fuera.

—O podrías haber estado ocupada —dijo Steven con una mueca maliciosa—. ¿Ves lo que quiero decir? —añadió mirando a su hermano.

Joe le puso una mano a su hermano en el hombro a modo de advertencia.

—Vamos, Steve. Dije que venía si prometías no empezar a pelear.

Kayla pensaba en las palabras de Steven. Debía de estar refiriéndose a Paul y a ella. Debería haber sabido que aquello no podía ser una visita de cortesía por su cumpleaños, sino que había algo más. Pero decidió no decir nada.

—Hay café hecho, si os apetece, y creo que también tengo galletas.

—¡Sí! ¡Galletas! —gritaron las niñas al unísono—. ¿Las has hecho

tú?

Kayla les sonrió. Las niñas eran un encanto y se habían mostrado verdaderamente fans de sus galletas cuando las había cocinado ocasionalmente.

—No he tenido tiempo pero os prometo que haré. Pronto.

Paul observaba desde su discreto segundo plano, pero deseaba retorcerle el cuello a Steven. Aunque sólo éste parecía beligerante, no acaba de creerlo. Pero Kayla parecía estar manejando la situación bien y no había puesto excusas por lo que habían visto. La admiró por ello y lo hizo sentirse un poco mejor.

Decidió que sería mejor no decir nada pero se quedaría cerca por si Kayla lo necesitaba, aunque la última vez no le había gustado que interviniera.

—¿Tu obrero trabaja los sábados? —preguntó Steven con tono de desprecio—. Desde luego lo mantienes muy ocupado.

La doble intención del comentario era difícil de ignorar y Paul avanzó un paso hacia él con los puños apretados.

—No es asunto tuyo, Steven —dijo Kayla con firmeza mientras le echaba a Paul una mirada de advertencia—. Yo no cuestiono tu vida privada y espero esa cortesía por tu parte.

—¿Cortesía? ¿Después de casarte con un viejo por su dinero y hacerle cambiar su testamento en tu favor?

—Steve. Para —interrumpió Joe.

Kayla se cruzó de brazos frente al hombre.

—Deja que te lo repita una vez más, y será la última vez que lo haga. A todos vosotros. Yo quería a Walter Thorne. Me casé con él porque él me lo pidió. No quería su dinero, quería su cariño. Me trató bien, me cuidó. Y yo lo hice feliz. Él fue bueno conmigo y yo con él.

—Tan buena que nos quitó de su testamento.

—No os quitó, Steven. Intenta meterte esto en tu paranoica cabeza. Insistió en incluirme como una beneficiaria más. A pesar de mis protestas, insistió en que quería asegurarse de que no me faltaría

nada cuando él no estuviera. Era un hombre generoso.

—Y tú te aprovechaste de ello.

—¿Sabes lo que te digo? —dijo ella levantando las manos exasperada—. Eres un caso perdido y ya estoy harta. Si persistes en verme como una pérfida no hay nada que pueda hacer para cambiarlo. Dejaré de defenderme. Se ha terminado.

E ignorándolo, se volvió hacia Joe y su familia, todos ellos incómodos por la confrontación que habían presenciado.

—Y ahora, si queréis entrar a tomar un café conmigo, me alegraré mucho de vuestra visita. ¿Terri? ¿Joe?

Terri se sentía terriblemente mal. Joe miró a su hermano, después a Kayla, y sacudió la cabeza.

—Lo siento, Kayla. Será mejor que nos vayamos.

—Fui una idiota por escucharlos —dijo Terri—. Me pareció divertido. La próxima vez llamaremos, te lo prometo —sonrió profundamente avergonzada—. Si dejas que haya una próxima vez.

—Claro que la habrá.

Las niñas saltaban alrededor de los mayores intentando que les prestaran atención.

—Pero Kayla no ha abierto su regalo —dijo Erica.

—Y ha dicho que iba a darnos galletas —añadió Sally.

—Vamos a la cocina —dijo Kayla rodeando los hombros de Sally—, y os prepararé un paquete con galletas para vuestro viaje de vuelta.

—Yo también voy —dijo Terri.

Lo que dejó a Paul a solas con los dos hermanos. Steven seguía mirándolo. Joe parecía sentir más curiosidad que hostilidad. Paul se dijo que eso no lo hacía mejor que su hermano; simplemente sabía enmascarar sus sentimientos mejor.

No le apetecía hablar con ellos así que tomó el hacha y se dirigió hacia los troncos de madera consciente de que los dos hombres lo estaban estudiando. No había hecho nada. Si querían decirle algo,

era asunto suyo.

Puso un tronco en la base para cortar y levantó el hacha, que cayó con un sonoro crack. El sonido llenó el aire. El hacha volvió a subir y de nuevo el crack.

—Paul Fitzgerald. ¿Es ése tu verdadero nombre?

Paul no se molestó en mirar y mucho menos en contestar.

—¿Cuánto hace que conoces a Kayla? —insistió Steven.

—¿Y a ti qué te importa?

Entonces se dio cuenta de las intenciones del hombre. Quería echarle a sus detectives encima, lo que significaba que averiguarían su situación. También quería demostrar que habían estado teniendo una aventura desde hacía mucho, mientras aún estaba casada con su padre. Levantó el hacha y la clavó en el poste. Se metió los dedos en los bolsillos traseros y se giró para mirarlo.

—Hace unos días.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y puedes demostrarlo?

Desde luego que podía. No podía haber estado manteniendo una aventura con Kayla Thorne mientras estaba casada porque él estaba entre rejas. A Steven no le llevaría más de un día o dos averiguarlo, lo que era una pena porque daría cierta legitimidad a sus paranoias.

—¿Y por qué querría hacerlo?

Joe, el pacificador, intervino de nuevo.

—Venga, Steve, déjalo en paz.

—La tenía prácticamente en el suelo —dijo Steven mirando a su hermano justificándose.

—¿Y? —dijo Paul con la mandíbula tensa por la furia reprimida.

—Steve —Joe de nuevo.

—¿No te das cuenta, Joe? Probablemente lo hubieran planeado juntos.

—Steve, tienes que dejarlo ya. No tienes pruebas.

—Tiene razón —dijo Paul avanzando hacia Steve, toda su altura y su envergadura amenazante sobre él. Cualquiera con uso de razón se habría detenido, pero Steven no estaba cuerdo del todo.

—Es asunto mío cuando un obrero se enrolla con una mujer rica. Especialmente si esa riqueza perteneció a mi padre —dijo Steven señalándolo con un dedo—. Te estaré vigilando. ¿Te ha dado algún dinero ya? ¿Por esto estás aquí hoy «trabajando»?

—Escucha, pequeño...

—¡Paul! —la voz de Kayla lo interrumpió. No siguió avanzando hacia Steven pero éste tampoco retrocedió.

Kayla salió corriendo de la casa y se acercó a los tres hombres seguida por Terri y las niñas.

—No toleraré este comportamiento dentro de mi propiedad. Steven, por favor, márchate. Ahora. Si no lo haces, pediré una orden de alejamiento.

—No puedes pedir una orden de alejamiento para mantener a un hombre fuera de su propiedad.

—¡Puede, pero estoy segura de que puedo conseguirla para mantenerlo lejos de mí! —Y diciendo esto se acercó al coche en el que habían llegado y, abriendo la puerta, esperó allí con los brazos cruzados. Hablaba totalmente en serio.

Terri fue la primera en moverse, llevando consigo a las niñas. Después siguió Joe, que conducía. El último en acercarse fue Steven. Todavía exhalaba ira y resentimiento pero o bien la presencia amenazadora de Paul había ganado la batalla o él solo se había dado cuenta de que no había nada más que hacer en ese momento.

Joe comenzó a maniobrar para sacar el coche de la propiedad y Kayla despidió a las niñas con la mano. Cuando desaparecieron de la vista, se giró hacia Paul, que la estaba esperando. Se acercó a él y éste levantó una mano en señal de paz.

—Antes de que te pongas como una fiera, entendí lo que tenía que hacer. Nada de violencia.

—Correcto.

—Pero tú no lo escuchaste, Kayla. Ahora que sabe mi nombre, me investigará.

—No lo dudo, y si le hubieras puesto una mano encima, estarías en la cárcel esta misma noche. Es mejor que no te metas con él, Paul. Es un hombre muy influyente, igual que su padre. Walter fue senador del estado, su familia ha sido siempre muy poderosa. Hagas lo que hagas, no dejes que Steven te provoque. Es así como trabaja: pone a la gente contra las cuerdas hasta conseguir lo que quiere —dijo Kayla relajando finalmente los hombros—. Al menos, de momento.

—Tienes toda la razón. Has estado magnífica.

—De momento —dijo Kayla restregándose una mano por la cara.

—¿Estás bien?

—Odio lo que ha ocurrido. A Walter tampoco le habría gustado. Él era muy buena persona y quería que los demás también lo fueran.

No era la primera vez que lo irritaba oír hablar de Walter Thorne como si fuera un santo. Siempre que Kayla se refería a él, ponía un gesto de adoración, de admiración.

—Tendrían que hacerle una lobotomía a Steven por hacerte lo que hace —dijo Paul con amargura.

El comentario tuvo el efecto deseado porque Kayla sonrió ampliamente.

—Suena bien.

Paul se alegró de haberla traído al presente, con él.

«Y ahora, ¿por dónde íbamos?».

Tal vez podría dejar caer de manera casual que antes de ser interrumpidos estaban a punto de hacer lo que él había estado deseando desde la primera vez que la vio. Tenerla desnuda y hundirse en ella. Le había parecido que, antes, no sólo ella se había mostrado dispuesta, sino deseosa.

Pero por la expresión en el rostro de Kayla, el momento había pasado a la historia. Maldijo a toda la familia Thorne por la

interrupción.

—Voy a llamar a Lou para ver cómo está *Bailey* —dijo Kayla—. Y prepararé también algo de comer.

No le preguntó si él quería comer con ella. La decepción se apoderó de él.

—Terminaré con la madera antes de irme.

—Gracias —dijo ella mientras se dirigía a la casa, sus pensamientos opuestos totalmente a los de él.

Una vez más.

## Capítulo 8

Kayla salió de la casa con paso rápido, el bolso y las llaves en la mano, y se dirigió hacia el coche.

— ¿Paul?

— ¿Sí? — dijo él colocando el último tronco.

— Voy a Susanville a ver a *Bailey*.

— Vale.

Se detuvo al pensar de pronto en algo y se volvió hacia él.

— ¿Qué te parece si te dejo en la tienda de Hank para que recojas tus cosas? Podría pasar a buscarte cuando vuelva de Susanville.

— Vaya — dijo él frunciendo el ceño.

— A menos que hayas cambiado de opinión.

— No. ¿Estás segura de que quieres que venga?

— ¿Por qué no iba a estarlo?

— Entonces, así es como nos comportaremos, ¿eh? No vamos a hablar de ello, de lo que ocurrió antes de la visita inesperada.

— Oh.

— Sí, «oh».

Kayla bajó el rostro. No quería hablar de ello en ese momento, no quería hacerlo antes de verlo en perspectiva. Era cierto que había sido un encuentro apasionado, y ella había sentido que perdía el control. De lo que no estaba segura era de que le gustara el sentimiento.

Suspirando, levantó la vista y se encontró con la mirada retadora de Paul.

— Lo siento, Paul. ¿Podríamos discutirlo más tarde?

Vio en los ojos de Paul un gesto tal vez de decepción, tal vez de dolor incluso antes de contestar.

—¿Sabes? Ni siquiera tenemos que hablar de ello.

Había herido sus sentimientos y lo sentía mucho.

—Paul, no quise decir eso —se acercó y extendió una mano hacia él—. Lo que quiero decir es que realmente quiero ir a ver a *Bailey*, y...

—Olvídalo, ¿quieres? —interrumpió él—. Iré contigo hasta la tienda de Hank y recogeré mis cosas.

Kayla dejó caer la mano. Pudo haber seguido con ello, intentar hacerle ver que estaba confusa, pero optó por la salida fácil.

—De acuerdo. Bien.

Paul fue a buscar su camisa. Kayla lo observó fugazmente y después retiró la vista. No quería que viera que lo estaba observando. Vio nubes. De pronto, el motor de un coche acercándose llamó su atención. Vio un vehículo de UPS que se detenía y un mensajero que se acercaba con un paquete.

—¿Kayla Thorne? —preguntó.

—¿Sí?

—Firme aquí, por favor.

No sabía qué podía ser aquello. No había pedido nada por catálogo, y su abogado siempre le enviaba los documentos a través del servicio de mensajería del despacho. El paquete era grande pero ligero.

—No tengo ni idea de lo que puede ser —dijo ella sonriendo y observada por Paul, que estaba abrochándose la camisa.

Ya había recibido un regalo de cumpleaños que estaba en la encimera de la cocina todavía sin abrir. La única tía con la que había seguido en contacto había muerto dos años atrás. No tenía amigos de la niñez y la gente que había conocido en Albany no eran más que eso, conocidos. Walter había sido el único amigo que había tenido.

—A menos que Walter hubiera dejado algunas instrucciones —dijo pensando en alto—. Habría sido muy propio de él. Era un hombre muy amable.

Paul observaba cómo jugueteaba con el paquete sin atreverse a

abrirlo. Y al oír el nombre de Walter Thorne notó el pinchazo de celos habitual. No le gustaba ver lo susceptible que era a aquel sentimiento, al igual que tampoco le gustaba pensar que otro hombre, incluso desde la tumba, pudiera seguir teniendo un efecto tan fuerte en Kayla.

—Estoy siendo infantil —dijo pensando en alto de nuevo—. Claro que no puede haber sido Walter. Él no sabía que iba a morir y no pudo preparar un regalo póstumo.

Agitó el paquete mirando a Paul con una sonrisa.

—¿Qué crees? ¿Debería esperar hasta mi cumpleaños para abrirlo?

La mirada que había en los ojos de Kayla lo conmovió. Era como una niña, una niña feliz en su primera Navidad. No pudo evitar preguntarse cuántas veces algo la habría hecho sentirse tan exultante de felicidad por la expectación.

—Ábrelo —dijo él olvidando su enfado—. Te mereces un regalo.

—¿Eso crees? —dijo ella arrugando la nariz.

—Lo sé.

—Bueno, si tú lo dices...

Lo apoyó sobre su coche y lo abrió. Dentro había un paquete más pequeño, el nombre de una famosa y exclusiva marca de zapatos sobre la tapa.

—¿Zapatos? —dijo—. No recuerdo haberlos pedido.

«Las mujeres y los zapatos», pensó Paul dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la casa. Iba a buscar la mochila que había dejado en el porche.

—¡Oh, Dios mío! —gritó.

Su grito espantó a los pájaros que había sobre las copas de los árboles cercanos y Paul se detuvo en seco. Dándose la vuelta, corrió hacia ella a tiempo de ver cómo se llevaba las manos a la boca mientras observaba a la serpiente que se deslizaba fuera de la caja y reptaba por el suelo. Era negra, sin marcas aparentes a simple vista.

—¡Quédate quieta! —gritó mientras se dirigía hacia el montón de madera a por el hacha. Pero cuando volvió era demasiado tarde. La serpiente había desaparecido debajo del suelo de la casa.

Kayla temblaba con tal violencia que casi le castañeteaban los dientes. Apoyando el hacha contra el coche, Paul la abrazó con fuerza, acariciándole los brazos mientras trataba de calmarla.

—Tranquilízate. Ya se ha ido. No pasa nada.

De nuevo el héroe al rescate. Ése parecía ser su papel en lo que a Kayla Thorne se refería.

—Respira hondo —le dijo tratando de borrar el terror que la recorría mientras maldecía al monstruo que podía haber hecho algo así. ¿Steven Thorne? ¿Su hermano Jay?

Ella obedeció por él, trató de conseguirlo. Inhaló profundamente, exhaló.

—Otra vez —dijo Paul y Kayla obedeció.

El temblor empezó a ceder pero él continuó acariciándole la espalda en un intento por relajarla pero sin dejar de mirar la caja que contenía la serpiente. Le habían hecho unos pequeños agujeros, pero seguro que Kayla no los había visto.

—¿La viste bien? ¿Tenía algún dibujo?

Ella asintió pero no fue capaz de decir una sola palabra.

—Venga —dijo Paul—, vayamos dentro y te daré un vaso de agua.

—¿De-dentro? No —consiguió decir casi sin aliento mientras señalaba hacia el lugar por el que había desaparecido la serpiente.

—Iré a echar un vistazo debajo, pero creo que tiene más miedo ella de nosotros.

—Imposible —dijo ella sacudiendo la cabeza.

—Como quieras —dijo él, y quitándole las llaves del coche, lo abrió y la ayudó a entrar haciendo él lo mismo después. Se quedó mirándola. Estaba lívida. Movía con nerviosismo los dedos sobre su regazo y Paul los tomó en sus manos y los acarició. Estaban congelados.

—Kayla, dime lo que viste.

—Era... oscura, negra en realidad. Tenía un dibujo en el lomo pero no pude ver bien lo que era.

Paul pensó que no era una inocente culebra de campo pero eso era todo lo que sabía de reptiles. Kayla lo miró con unos vulnerables ojos azules.

—¿Sabes qué tipo de serpiente era? —contestó él sacudiendo la cabeza.

—Ni idea.

—¿Qué hacemos ahora?

—No te preocupes. Llamaré de nuevo a la policía y guardaremos el paquete para que tomen huellas. Después llamaré a la protectora de animales para que vengan. Quédate aquí.

—No me dejes sola —dijo ella asiéndole con fuerza el brazo cuando Paul hizo ademán de salir.

—Quédate aquí. Cierra la puerta. Yo me ocuparé de todo, ¿de acuerdo?

Kayla inspiró profundamente y asintió. Empujado por la ira hacia quien le estaba haciendo aquello a Kayla, Paul salió del coche y se dirigió hacia la casa y le llevó a Kayla un vaso de agua, que bebió con urgencia como si estuviera muerta de sed.

—Gracias —dijo con voz débil—. Ya te dije que no me gustaban las ratas pero lo que de verdad me aterran son las serpientes. Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo —y diciendo esto volvió hacia la casa y llamó a los policías que habían ido la última vez. El sargento Miles no estaba, así que le dejó el mensaje. A continuación, llamó a la protectora de animales y le dijeron que enviarían a alguien lo antes posible.

Después se puso a investigar en la cocina en busca de ranuras o agujeros por los que la serpiente pudiera haberse colado pero no encontró nada. Llenó el vaso de nuevo y salió a ver a Kayla. Al menos

el color estaba volviendo a sus mejillas.

—¿Qué tal estás? —dijo dándole el vaso.

—Me odio por esto —dijo con evidente tono de disgusto—. Soy el estereotipo femenino. Una mujer a la que la aterran las serpientes.

—Es que son bastante aterradoras.

—Pero yo siempre he sentido este... miedo irracional hacia ellas. Creo que es porque mis hermanos solían... —se detuvo y sacudió la cabeza sintiendo un nuevo escalofrío.

—¿Tus hermanos qué?

—¿Crees que ha sido Jay? —preguntó Kayla con mirada preocupada—. ¿Pero por qué? Si lo que quiere es dinero, ¿qué sacará asustándome sino hacer que me enfade más con él?

Al oír el nombre de su hermano, Paul se puso rígido.

—Parece ilógico tal como lo dices pero a juzgar por lo que dices de él no parece ser la persona más racional del planeta. Y ya que estamos, piensa también en Steven Thorne. Le falta también un tornillo.

—No, él no lo haría. No es su estilo. A él le gustan las peleas entre abogados.

—Ya es hora de que hablemos de esto y tratemos de buscar quién puede estar haciéndolo. ¿Estás preparada?

Kayla asintió y Paul comenzó a resumir los datos disponibles.

—De acuerdo. El domingo por la noche, alguien puso huesos de pollo en el montículo de estiércol para atraer animales salvajes. La intención era asustarte. El martes por la noche, una rata aparece muerta en la puerta del porche, de nuevo con la intención de asustarte. Después, él o ella hace subir la presión: anoche, atacan a *Bailey* y ahora, sábado por la mañana, un mensajero te entrega una serpiente en una caja —Paul se irguió y con una mano apoyada en el techo del coche, miró a Kayla a través de la ventanilla—. Kayla, alguien intenta hacerte daño.

—¿Qu-qué quieres decir? —preguntó ella abriendo

desmesuradamente los ojos.

—Al principio, pensé que no era nada grave. Desagradable pero no una amenaza de muerte. Alguien estaba dedicándose a asustarte, pero eso era todo. Las cosas subieron de tono cuando atacaron a *Bailey*. Y con la serpiente, el asunto pasa ya de tono. Ahora creo que corres peligro realmente.

—¿Peligro?

—Aunque, quienquiera que sea está dando muchas vueltas para acercarse a ti.

Kayla salió del coche y lo miró.

—¿A qué te refieres?

—Si alguien quería hacerte daño, sólo tenía que subir hasta aquí por sorpresa y —se detuvo buscando las palabras más adecuadas—, bueno, hacerte daño.

No quiso decir «matar» porque habría sido demasiado para el frágil estado de nervios en que se encontraba. Pero era lo que realmente pensaba.

—¿Pero por qué?

—Ésa es la gran pregunta. ¿Se te ocurre algo? ¿Tenías tú o tu marido algún enemigo? ¿Tal vez alguien del pasado?

—Sinceramente no se me ocurre nadie.

—Tiene que haber alguien. Piensa.

Él también pensaba en varias posibilidades, la más obvia, quién sacaría algo en caso de que ella muriera. Lección básica en el curso de policía.

—¿Has hecho testamento?

—Aún no.

—Entonces, si te ocurriera algo, tu familia, tus hermanos, heredarían.

—¡Sobre mi cadáver! —exclamó ella llevándose al momento una mano a la boca—. Dios, no quería decir eso.

Paul le quitó el vaso y le tomó las manos, que llevó hacia su pecho

en forma protectora.

—Kayla, aquí eres presa fácil. No puedes seguir aquí sola, desarmada, desacostumbrada al peligro, sin protección. *Bailey* no es precisamente un perro guardián. Necesitarías un dóberman para protegerte realmente de intrusos. Y una verja alrededor de la casa. Y un sistema de alarma. Y una pistola.

—Nunca —dijo con un escalofrío—. Odio todas esas cosas.

—Todo el mundo hasta que lo necesitan.

Cuando notó que Kayla intentaba soltarse, Paul aflojó la presión y retrocedió.

—Lo siento. Sigo apretándote demasiado fuerte.

—No, no. Está bien —dijo ella frotándose las muñecas y pasándose los dedos por el pelo con nerviosismo—. Siempre me sentí muy segura aquí arriba. Nunca antes había sentido la necesidad de protegerme.

—No había motivos para pensar en ello —dijo él—. Hasta ahora.

—Pero ahora tú estarás aquí. Eso ayudará, ¿no crees? —dijo ella con una mirada esperanzada.

—Un poco —dijo él encogiéndose de hombros—, pero no te lo garantizo. No quiero que creas que soy un superhéroe.

—¿De veras? Pensé que lo eras.

Paul se alegró de ver la pequeña sonrisa que se formó en los labios de Kayla pero siguió hablando en serio.

—No. No soy más que otra persona tan asustada como tú. Me sentiría mucho mejor si te fueras de aquí. Dejemos que la policía de Albany encuentre a tu hermano.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí.

—¿Que huya?

—No es una huida, Kayla. Me parece lo más inteligente. Y seguro.

Ambos se miraron. Durante un momento, ninguno dijo nada hasta que Paul, con un nudo en la garganta, rompió el silencio.

—No me gustaría que te ocurriera nada malo. Me importas mucho, Kayla, por si no lo sabías.

—Lo sé. Y yo siento lo mismo —dijo ella suavizando el gesto.

Paul sintió que una emoción desconocida lo embargaba. Deseaba tomarla en sus brazos y mantenerla lejos de todo mal pero sabía que tenía que dejar que ella sola tomara la decisión.

Kayla se alejó del coche y miró hacia la entrada de la casa, los brazos cruzados, frotándoselos con las manos. Tras unos momentos, sacudió la cabeza lentamente.

—No —dijo—. No —repitió con más fuerza—. No me iré —y dándose la vuelta se plantó delante de él, los rasgos victimistas lejos de ella—. De hecho, voy a entrar en casa y me prepararé un té mientras espero a que lleguen. ¿Quieres acompañarme?

Aunque no le gustaba la decisión que había tomado, Paul no podía sino maravillarse del cambio experimentado en ella. Había pasado de ser una mujer aterrorizada a ser una mujer llena de la más absoluta determinación.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —dijo ella golpeándose las caderas con las manos—. Si esa serpiente vuelve a aparecer, me ocuparé de ella.

Exultante por su decisión y por la calidez que le hacía sentir el hecho de que Paul hubiera admitido que era importante para él, Kayla se dirigió hacia la cocina, seguida por él. Cuando llegaron, éste apoyó la cadera contra la encimera y la observó mientras ponía la tetera.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Eres muy valiente.

—¿Valiente? Si estoy temblando por dentro.

—Eso es lo que significa la valentía. Es fácil enfrentarse al peligro de frente si no tienes miedo. La valentía significa tener miedo, y enfrentarse a él.

—Entonces —dijo haciendo una mueca—, soy muy valiente.

Aquello arrancó una sonrisa a Paul. Sólo levantó las comisuras de

los labios pero fue una sonrisa al fin y al cabo.

—Un milagro. Es la segunda vez que sonrías.

—Ojalá fuera divertido.

Suspiró y asintió. Era una situación muy extraña y tenía mucha suerte de tenerlo allí.

—¿Cuándo dijeron la policía y la protectora que vendrían?

—Lo antes posible.

—¿Si vamos al porche a tomar el té, crees que vendrá la serpiente?

—dijo ella fingiendo despreocupación, pero se dio cuenta de que Paul la entendía perfectamente.

—Estaré atento, no te preocupes. Créeme, se mantendrá lejos de nosotros. De hecho, lo más probable es que esté buscando agua.

—En las cocinas hay muchas tomas de agua —dijo ella nerviosa.

—No hay forma de meterse en la cocina desde debajo de la casa. Ya lo he comprobado.

—Vaya.

Salieron al porche y se sentaron el uno junto al otro admirando la vista. Estaba más nublado que los días anteriores aunque no parecía que fuera a llover. Sus manos temblaban aún cuando tomó la taza y se la llevó a los labios.

—¿Sabes por qué quise venir aquí? Porque de todos los sitios en los que he vivido, siento que éste, y este porche, es mi hogar. Me parece, o más bien me parecía, seguro. ¿Crees que es extraño?

—No. Hay algo de ternura y protección en este lugar. Como si estuvieras envuelto en una manta cálida desde la que observas el ancho mundo que te rodea, lleno de peligros.

Kayla lo miró asombrada. La comprendía absolutamente.

—Exacto. Por eso no me gusta nada lo que está pasando.

—¿Qué en particular?

—Que alguien quiera entrar en este lugar seguro con la intención de hacerme daño. La violencia —se miró las manos, que tenía sobre el regazo—. Siempre viví rodeada de violencia cuando era niña.

—¿Violencia?

Kayla lo miró. Paul la observaba con preocupación. Asintió antes de volver la vista hacia las montañas. Aquella vista siempre conseguía calmarla y deseaba que en ese momento obrara su magia.

—Siempre trataba de huir, y me escondía debajo de la cama o en cualquier otro sitio. Así es como me enfrentaba y las costumbres nunca cambian.

—¿De qué huías? —preguntó él y al ver que Kayla no respondía, presionó—. Dímelo.

En realidad, Kayla no quería hablar de ello y por eso la sorprendía tanto haber sido ella la que sacara el tema.

—Kayla. Puedes confiar en mí —continuó Paul.

—Lo sé —dijo ella mirándolo y vio la misma ternura que había visto antes cuando le había dicho que le importaba.

Aun así, seguía dudando. Sólo había hablado de su niñez con Walter, pero sabía que podía hacerlo con Paul. Había algo reconfortante en aquel porche, con él, dos almas asustadas en el corazón de las montañas.

Fue entonces cuando se dio cuenta del cambio que había experimentado. No sólo confiaba en él sino que cada vez se apoyaba más en él. Aquello no dejaba de sorprenderla por lo reticente que siempre se había mostrado a buscar la protección en los tipos duros. ¿Cómo se las había apañado aquel hombre para hacerle bajar la guardia?

Desde luego las barreras tenían una razón de ser y ahora habían caído también por una razón. En ese momento necesitaba a alguien en quien apoyarse.

—Como ya te he dicho, era la única chica de cinco hermanos. Mi madre murió cuando yo tenía tres años. No la recuerdo. Y el resto de mi infancia fue bastante desgraciada. No había dinero suficiente para comida, y había mucho trabajo. Yo era como la Cenicienta. Si hubiera sido más chico tal vez me habría ido mejor. Habría encajado más

con ellos pero fui una de esas niñas que jugaba con muñecas y cuidaba de los animales heridos. Se reían de mí y se metían conmigo.

—¿Tus hermanos?

—Sí.

—¿Y tu padre?

—Bebía y entonces llovían los golpes. Los chicos se llevaban la mayoría y después empezaban a pegarse entre ellos.

—¿Y te pegaban a ti?

—A veces pero pronto se dieron cuenta de que si me golpeaban demasiado no podía servirles y dejaron de hacerlo.

—¿Abusaron de ti... sexualmente? —preguntó apretando con fuerza la mandíbula.

—No, aunque dos de ellos lo intentaron —se rió con tristeza—. Lo único bueno que hizo mi padre fue asustarlos para que no volvieran a hacerlo. Así que no hubo abusos sexuales. No en casa.

—¿Qué quieres decir?

—Ocurrió cuando tenía dieciséis años —se detuvo y tragó con dificultad el nudo que tenía en la garganta.

Paul sabía que lo que Kayla necesitaba era alguien que la escuchara y él quería ser esa persona, pero por dentro se estaba inflamando de ira hacia su padre y sus hermanos. Su destino. Era injusto lanzar a una pobre niña entre una manada de animales y dejarla allí indefensa. Extendió entonces la mano y tomó la de Kayla apretándola con ternura para darle ánimos.

—Sigue.

Kayla suspiró profundamente, cerró los ojos y se reclinó sobre la silla.

—Se llamaba Jerry Donley. Acabábamos de mudarnos a Phoenix y estaba empezando el instituto. Él era mayor, popular, y yo estaba colada por él. Me invitó a un baile. Yo estaba terriblemente emocionada. Era mi primera cita y ahorré todo lo que sacaba trabajando como niñera para comprarme un vestido. Era de color

azul pálido...

Paul la miró y vio que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Le apretó la mano de nuevo para reconfortarla y hacerle saber que estaba allí con ella.

—No tienes que seguir si no quieres.

—No. Quiero hacerlo —dijo ella abriendo los ojos y sonriéndole. Dio un sorbo de té y continuó con una voz asombrosamente tranquila—. Nunca llegamos al baile. Ocurrió en el coche, de camino. Se salió de la carretera y se dirigió al lugar al que solían ir las parejas. No podía comprender lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera me habían besado nunca. Y él me... —bajó el tono de voz— violó. Bonita manera de aprender lo que es el sexo.

Paul murmuró una maldición. Sentía como si alguien le hubiera asestado una puñalada. Era capaz de sentir el dolor de Kayla.

—Intenté salir del coche pero me golpeó, una y otra vez, y me violó una vez más. Después, me tiró del coche y se dirigió hacia el baile, donde esperaba su verdadera cita.

—¡Dios! —exclamó Paul sin poder contenerse.

—Dios no estaba allí aquella noche —dijo ella con tranquilidad.

—¿Llamaste a la policía? ¿Presentaste cargos?

Kayla sacudió la cabeza.

—Para entonces ya sabía que si tenía algún problema tenía que guardármelo para mí o podría haber repercusiones.

A Paul le costaba trabajo controlar su furia. Soltó la mano de Kayla y con el puño apretado golpeó el brazo de la silla. Kayla dio un brinco, sorprendida.

—Lo siento —murmuró—. Me gustaría estrangular a ese bastardo.

—Tendrías que ir una tumba en Bosnia. Cuando se lo conté a Walter, investigó el paradero de Jerry. Había muerto en un incendio mientras estuvo destinado en ese país hacía unos años.

—Se lo tenía merecido.

—Supongo que sí. Cuando me enteré, no me sentí triunfal realmente. Sólo... triste. Ya había crecido. Me costó superarlo. Durante años no pude olvidarlo.

—Ojalá hubiera estado cerca para poder ayudarte —dijo él totalmente frustrado.

—Paul, eres realmente dulce.

—Sí, dulce. Vamos, cuéntame cómo lograste superarlo.

—Nunca se lo dije a nadie. Me fui de casa antes de graduarme, me dirigí al este y empecé a trabajar. Me gradué y entré en la escuela de enfermería aunque tuve que trabajar en dos sitios a la vez y pedir un préstamo para pagarme los estudios. Eso me dio tiempo para pensar. Me ocultaba de mí misma, temerosa de tocar ese lado angustioso que sabía me estaba esperando.

—¿Qué te hizo cambiar? —preguntó Paul sintiendo que la ira iba cediendo un poco aunque seguía sintiendo lo que le había pasado.

—Después del primer año en la escuela, después de pasar años preocupada cada vez que un hombre mostraba interés en mí, después de años huyendo de la oscuridad y la noche, busqué ayuda. Acudí a un seminario para víctimas de violaciones y me sometí a terapia. Me sentía muy sola con ese pesado secreto sobre mis espaldas, pero aprendí que lo que me había ocurrido era muy habitual y que si dejaba que el sentimiento me venciera, Jerry ganaría. Si no trataba de llevar una vida normal él y todos los Jerry Donley del mundo tendrían el poder y pasarían la vida abusando de los demás —se inclinó para mirarlo, su rostro el espejo de las emociones desnudas—. Me obligué a enfrentarme a todos mis miedos, incluyendo las autorrecriminaciones del tipo «¿fui yo la culpable?» La respuesta, por supuesto, era que yo no había tenido la culpa. Simplemente, me había cruzado en mi camino con un monstruo.

Kayla estaba realmente sorprendida de lo cómodo que era contarle las cosas a Paul. Escuchaba de verdad y lo hacía con la

misma intensidad con que hacía todo lo demás.

—Después de aquello, aprendí a cuidar de mí misma, a hacerlo de verdad, sin esconderme. Tomé algunas clases de defensa personal y me obligué a aprender que no tenía que retroceder ante una pelea, que tenía que enfrentarme a ello, aunque no con violencia sino con palabras.

—Como hiciste con Steven.

—Sí. No volveré a ser la víctima.

—Y por eso no quieres irte de aquí.

—Exacto.

Kayla guardó silencio al igual que Paul. Durante unos momentos, Kayla dejó la mente en blanco, limitándose a escuchar el trino de los pájaros, inspirar profundamente, sentir el cálido aliento del sol en su cuerpo. Dio otro sorbo de té tibio y miró un halcón que volaba haciendo círculos en el cielo.

—¿Entonces...? —la voz de Paul la sacó de sus ensoñaciones aunque éste se detuvo—. Maldita sea, no es asunto mío.

—¿Entonces qué?

—Bueno... —Paul encogió los hombros y por su gesto Kayla comprendió que le gustaría no haber dicho nada—. Comprendo que te sientas desencantada con los hombres.

—Así era —dijo ella sonriendo algo incómoda—. Después de un tiempo, empecé a salir con hombres, incluso aprendí a disfrutar del sexo. No solía hacerlo a menudo y nunca encontré a alguien especial pero me sentía como un ser humano más. Entonces... Walter apareció en mi vida.

—¿Cuántos años tenía?

—Sesenta y nueve cuando lo conocí.

Paul hizo una mueca que demostraba lo que estaba pensando: ¿cómo podría un anciano satisfacer a una mujer mucho más joven que él?

—Sé lo que estás pensando. Sí, era mucho mayor que yo, pero

teníamos una vida sexual activa.

Paul seguía mirándola con escepticismo.

—Lo que tienes que comprender, Paul, es que tengo una especie de alergia a los «machos», esos hombres que usan los puños para dejar clara su opinión en vez de hablar las cosas. Walter no era así. Me hacía reír y era muy bueno y comprensivo conmigo. Por eso me casé con él. Y me hizo feliz. Nunca me preocupó su dinero, sólo lo amable que era siempre conmigo.

—Amable —repitió Paul.

—También lo veo en ti.

—¿Qué ves?

—Amabilidad.

—Primero dices que soy dulce, y ahora que soy amable. ¿Bromeas, verdad?

—En absoluto.

—Soy lo más opuesto a la amabilidad que hayas podido imaginar.

—Por dentro, quiero decir —dijo Kayla con serenidad—. Sé que tuviste que aprender a ser duro para poder sobrevivir en la cárcel. No tuviste otra opción, pero tu verdadera naturaleza no es así. Mira lo amable que estás siendo conmigo.

—Esto no es amabilidad. Es lo que haría cualquiera —dijo él removiéndose incómodo en su asiento.

—Te estoy incomodando. Lo siento.

Pensaba que era amable. Lo estaba describiendo como el bueno de la película y no sabía que sus verdaderas intenciones al acercarse a ella eran otras muy distintas. Lo único que quería era encontrar al hijo de perra de su hermano y destrozarlo. Eso no era ser amable.

Los policías que aparecieron no eran los mismos del primer día. Éstos tomaron notas e hicieron preguntas pero Paul sabía por sus expresiones que no iban a tomarse aquel caso como una prioridad, no hasta que hubiera alguna víctima personal. Se llevaron la caja y dijeron que rastrearían hasta dar con el origen del envío y encontrar

huellas incriminatorias, aunque lo más probable fuera que el caso acabara en el fondo de un montón por falta de personal y presupuesto; la misma historia de siempre.

Mientras Kayla los acompañaba al coche, el teléfono sonó y Paul contestó. Era el encargado de la protectora disculpándose por no poder enviar a nadie hasta el lunes. Si la señora Thorne estaba muy preocupada, tendría que pasar el fin de semana en un hotel.

—¿Quién era? —preguntó Kayla.

—Los de la protectora no podrán venir hasta el lunes.

—Malas noticias.

—Lo sé. El tipo me ha dicho que no cree que sea una víbora y que lo más probable es que se haya ido hace mucho. Los humanos las asustan, como yo te dije.

—Vaya.

—También le he preguntado cómo puede haber enviado alguien una serpiente por mensajero. Después de pensarlo me ha dicho que si la han obligado a hibernar, dejándola en un refrigerador durante un rato, su sistema se adapta para no tener que utilizar mucho oxígeno. Había agujeros en la caja de zapatos, que iba metida dentro de otra caja más grande.

—El aire suficiente para una serpiente hibernando.

—Para unas veinticuatro horas, dice. Lo que significa que la enviaron el viernes.

—Y se estaba despertando cuando abrí la caja —un escalofrío la recorrió—. Dios mío, suena diabólico —dijo suspirando y a continuación echó un vistazo al reloj—. Cuando ocurrió todo esto me disponía a ir a visitar a *Bailey* y ayudarte con tus cosas, pero ahora lo que necesito es una buena ducha caliente.

—Adelante. Yo buscaré al bicho. Podemos hacer lo otro después.

Paul salió con el hacha al hombro y comenzó a buscar a la serpiente. Si la mataba, Kayla podría relajarse y él también se sentiría mejor.

Llevaba apenas cinco minutos buscándola cuando el grito de Kayla rasgó el sosegado aire de la tarde.

## Capítulo 9

Kayla miraba horrorizada cómo la serpiente reptaba por un extremo de la bañera y se deslizaba después por el borde.

Tras el grito trató de mantenerse quieta debajo del chorro de agua. No podía dejar de temblar y de pensar si aquél sería su final, desnuda, en la bañera.

Momentos después, Paul abrió de golpe la cortina y tomaba a la serpiente por la cola. Kayla cerró los ojos y se acurrucó en un rincón, mientras oía el ruido del hacha sobre el animal y después los pisotones de sus botas, una, dos, tres veces. Y finalmente, el silencio.

Sólo fue un momento, porque la cortina volvió a abrirse y Paul apareció mirándola con la respiración entrecortada.

— ¿Te ha mordido?

Kayla seguía debajo de la ducha temblando a pesar de la temperatura del agua.

— N-no — consiguió decir.

— ¿Seguro?

— Sí — dijo ella llevándose las manos al corazón—. Se me va a salir del pecho.

— ¿Estás bien?

— ¿Está... muerta?

— Sí.

— Gracias — dijo ella con un suspiro. Los ojos se le llenaron de lágrimas y los cerró.

Cuando los abrió, la atmósfera del cuarto había cambiado. Sutilmente al principio, pero luego dejó de serlo. Miró a Paul, que ya no tenía el gesto del guerrero en su rostro sino el de un hombre

admirando el cuerpo desnudo de una mujer. La recorrió con los ojos entornados, rápido al principio y luego más detalladamente, una mirada llena de deseo.

Sin pensarlo, Kayla trató de cubrirse atravesando un brazo sobre sus pechos y el otro sobre la «V» que formaban sus piernas. Pero al momento, se preguntó por qué lo hacía cuando tenía que admitir que quería que la mirara.

Lentamente, dejó caer los brazos por los costados y observó cómo el deseo parecía aumentar en los ojos de Paul.

—¡Dios, qué hermosa eres!

Kayla sintió que su corazón volvía a acelerarse. Notaba una debilidad entre las piernas y los pezones endurecidos. Paul dejó de mirar su cuerpo y pasó a mirarla directamente a los ojos.

—¿Kayla? —dijo en un murmullo áspero.

Kayla entendió perfectamente lo que le estaba pidiendo y respondió sin dudar.

—Sí.

Paul cerró el grifo entonces y, tomando una toalla de baño, la envolvió en ella y la sacó de la bañera. La llevó en brazos hasta el dormitorio y la dejó sobre la alfombra delante de la chimenea. Después, encendió una cerilla y prendió los troncos que había colocado cuidadosamente en el hogar. Después, se arrodilló frente a Kayla y le frotó el cuerpo con la toalla haciendo que su piel se inflamara de deseo.

Kayla no quería sentir la toalla sobre ella, quería sentir las manos de Paul. Se retiró la toalla y arrodillándose frente a él, le tomó la cara entre las manos y lo besó con pasión, insistentemente, introduciendo con fogosidad su lengua en la boca de él. Quería hacerle saber que el deseo era mutuo.

Aquello arrancó un gemido de la garganta de Paul, que acercó el cuerpo desnudo de Kayla hacia el suyo al tiempo que respondía al beso con ferocidad, aunque esta vez Kayla no sintió miedo alguno.

—Quítate la ropa —dijo ella en un susurro entrecortado—. Por favor.

Desesperado por la urgencia, no tardó en quitarse los vaqueros y los calzoncillos, la camisa, los calcetines y las botas. A continuación, se giró hacia Kayla y recorrió con la mirada su cuerpo como había hecho minutos antes en la ducha.

Cuando Kayla se fijó en el miembro erecto de Paul abrió mucho los ojos un momento y después los entornó en un gesto lleno de sensualidad. Paul vio que las mejillas de Kayla enrojecían y cómo ésta se tumbaba sobre la alfombra con las piernas abiertas mientras extendía los brazos hacia él, su esbelto cuerpo iluminado por los rayos del sol de la tarde que se colaban por la ventana.

Paul sentía ya un deseo irrefrenable. Se tumbó sobre ella loco de deseo aunque consiguió dominarse justo a tiempo. Maldiciendo la momentánea interrupción, alcanzó los pantalones y sacó un condón que llevaba desde la noche del viernes aunque no lo había llegado a utilizar.

Paul lo sacó y se lo puso. De rodillas junto a Kayla, lo que más deseaba era entrar en ella, pero se contuvo al recordar el traumático episodio de su violación, consciente de que tenía que ser tierno con ella y debería frenarse un poco.

Aunque le costara.

Empezó a acariciarle todo el cuerpo deleitándose en lo que veía, el primer cuerpo que había podido probar en años. Era muy suave. Quería saborearlo todo entero, mordisquearle el cuello, los pechos, saborear los secretos que guardaba entre sus piernas.

No era nada fácil contenerse. Kayla tenía los ojos cerrados y la respiración entrecortada como él. Incapaz de esperar más, le acarició el sexo y notó que estaba húmeda. Estaba preparada.

—¿Kayla?

—¿Qué? —dijo ella todavía con los ojos cerrados.

—Tengo que...

—Sí. Por favor... —dijo ella abriendo los ojos y mirándolo apasionadamente.

Aquellas dos palabras eran las que él necesitaba. Se colocó de rodillas frente a ella, las manos abiertas sobre sus glúteos, las piernas de Kayla enrolladas alrededor de su cintura.

—Dime si te hago daño —dijo antes de penetrar en ella llevado por el instinto animal que lo apremiaba—. ¿Bien?

—Sí.

Paul salió y volvió a entrar, una y otra vez. Sentía un dolor exquisito y un placer aún más exquisito al tiempo. Se sentía mareado por la sensación. Cada milímetro de su piel estaba enfebrecido. Era como si millones de diminutas corrientes eléctricas lo sacudiesen y estallasen al mismo tiempo.

Al poco, sabía que estaba a punto de llegar al orgasmo. Intentó desesperadamente retrasar el momento pensando en algo poco erótico, pero era demasiado tarde. Con un gemido explotó dentro de ella. Su cuerpo se contrajo varias veces con el esfuerzo y no parecía poder parar. Cuando finalmente lo hizo, apenas le quedaba aliento.

—Maldita sea. No quería hacerlo tan pronto —dijo saliendo de ella y quitándose el condón, que tiró a la chimenea. Después se tumbó boca arriba, junto a Kayla. Se tapó los ojos con el brazo sin parar de maldecir—. Lo siento.

—Déjalo —dijo ella acariciándole el pelo—. No pasa nada.

—Hacía mucho tiempo.

—Chsss. Sí, lo sé.

Paul dejó caer el brazo a un lado y tomando aliento se giró para mirarla. Kayla estaba a su lado, el codo flexionado y la cabeza sobre la mano, mirándolo. Aunque su mirada era cálida y comprensiva, no pudo evitar ver también que aún respiraba dificultosamente, sus mejillas seguían estando sonrojadas, y los pezones seguían duros y erguidos. Estaba insatisfecha.

Paul dejó de preocuparse por sí mismo y deslizando un brazo

bajo sus hombros, la atrajo hacia él y deslizó la mano libre entre sus piernas. Buscó con los dedos el punto de excitación y comenzó a acariciarlo lentamente al principio incrementando poco a poco la velocidad.

—No te preocupes. Ahora me ocuparé de ti.

Diciendo esto inclinó la cabeza y empezó a chupar con deleite sus pezones pensando que antes apenas la había explorado como quería; pero aún podía remediarlo. Tenía una piel deliciosa. Empezó a sentir la respiración tan acelerada como la de ella mientras escuchaba complacido los gemidos de placer que emitía. Al poco, Kayla lanzaba un jadeo agudo, señal de que había alcanzado el clímax, al tiempo que se retorció de puro deleite.

Paul se tranquilizó un poco. Al menos ahora Kayla estaba satisfecha. Siempre había querido que la mujer con la que estaba disfrutara tanto como él. Se tumbó de espaldas otra vez. Abrió la boca para decir algo pero no pudo emitir palabra alguna. Tampoco Kayla. El silencio sólo lo rompía el crepitar de la madera en el fuego. Kayla cerró los ojos pero Paul se levantó y la tomó en brazos para depositarla finalmente sobre la cama.

Kayla notó el cómodo colchón y cómo se hundía cuando Paul se tumbó a su lado. Al momento, notó que la cama cedía de nuevo. Lo oyó caminar descalzo por el suelo. Kayla abrió los ojos y lo vio con los vaqueros puestos.

—¿Adónde vas?

—Enseguida vuelvo —dijo saliendo de la habitación.

Kayla pensó que Paul habría ido al cuarto de baño a ocuparse del cadáver de la serpiente.

—Listo —lo oyó decir momentos después.

—Bien.

—La he envuelto con cuidado para que no atraiga a otros animales.

—Bien —repitió.

De nuevo, el colchón cedió bajo el paso de Paul. Kayla abrió los ojos y lo vio sentado en el borde de la cama inclinado sobre ella y mirándola con los ojos entornados y un gesto increíblemente sexy.

—¿Ha ocurrido de verdad? —preguntó Paul.

—Creo que sí.

—¿Y he batido el récord de rapidez? —preguntó con amargura.

—No he tenido muchos amantes, así que no estoy en posición de opinar —dijo ella encogiéndose de hombros.

—¿Y en qué posición te gustaría estar? —murmuró él recorriendo con un dedo su costado hasta llegar al pecho.

—¿Cómo dices?

Con el mismo dedo empezó a acariciar el pezón trazando círculos alrededor de la aureola hasta que el pezón se puso duro.

—La primera vez ha sido para mí. Ahora es especial para ti.

—¿Vamos a hacerlo otra vez?

—Sólo si tú quieres.

Claro que quería.

—¿Podré tocarte? —preguntó ella.

—Eso espero.

—Como quieras.

Paul la miró, los ojos grises relucientes de deseo, y eso bastó para encenderla. Rápidamente, Kayla empezó a sentir la pulsión que la recorría desde sus pechos hasta la entrepierna. Sintió el torrente húmedo que se formaba entre sus muslos y cómo su clítoris se endurecía y vibraba. No estaba acostumbrada a excitarse con tanta facilidad y se sintió un tanto desconcertada.

—No sé muy bien qué quieres que haga.

—De momento —respondió Paul sonriendo con gesto travieso—, quedarte tumbada. Deja que te acaricie. Toda entera. Hace mucho tiempo.

Comenzó con el pelo, enredando finos mechones entre los dedos y haciéndola gemir con ese simple hecho. Después, le acarició el

rostro con la punta de los dedos, frente, mejillas, párpados, barbilla.

—Llevaba tiempo soñando con esto.

—Yo también.

—Tienes una piel muy suave.

—Mmm —replicó ella cerrando los ojos de nuevo deleitándose con las sensaciones.

Sus caricias eran suaves pero firmes y parecía leerle la mente, saber exactamente dónde ejercer más presión y cuándo jugar. Después, Paul cambió los dedos por la lengua y recorrió con ella su cuello, su clavícula, sus brazos. Chupaba suavemente su piel y allí por donde su aliento pasaba la piel empezaba a arder.

Paul tomó una mano de Kayla y se la llevó a la boca. Uno a uno, chupó sus dedos enviando corrientes de deseo por su cuerpo. Kayla gemía suavemente y, sin previo aviso, sus caderas empezaron a balancearse. Abrió las piernas deseosa de que sus cuerpos se unieran.

Paul la tocó por todas partes. Cuando llegó a sus pechos erguidos se tomó su tiempo en acariciar la parte redondeada a la vez que acariciaba con la lengua los pezones hasta que se endurecieron.

—Paul —gimió ella con la respiración entrecortada.

—¿Qué, preciosa? —dijo él cambiando de posición para poder besarle el vientre y el ombligo.

—Demasiado despacio.

—¿Sí? —dijo con tono divertido.

—Yo... —se quedó sin aliento. Las sensaciones se multiplicaban en su interior. Estaba acercándose al clímax. Demasiado rápido.

—¿Qué? —presionó él acariciando con su lengua un pezón mientras depositaba pequeños besos en su ombligo y la otra mano se aventuraba entre sus piernas.

—Creo que voy a...

Pero no le dio tiempo a terminar la frase porque un sonoro gemido surgió de lo más profundo de su ser y al punto su cuerpo

entero se puso rígido, deseoso de llegar a algo que parecía inalcanzable. Paul no había necesitado más que darle unos rápidos lametazos en el botón duro que se ocultaba entre sus piernas para hacerla explotar. Las sensaciones que experimentó fueron como nunca antes había experimentado. Gritó el nombre de Paul y los espasmos de placer se prolongaron durante mucho, mucho rato.

Cuando finalmente su cuerpo se relajó sobre la cama seguía temblando en su interior. Paul siguió acariciándola, tranquilizándola, ayudándola a regresar a la tierra.

—Oh —gimió con la respiración entrecortada—, nunca creí... nunca... —pero no pudo acabar la frase.

Al notar que el colchón se movía, abrió los ojos y se encontró con la mirada de Paul, que no dejaba de sacudir la cabeza lentamente.

—Eres un tesoro —murmuró.

—¿Qué? —dijo ella medio mareada, desorientada por lo que había ocurrido.

—Todo tu cuerpo es orgásmico. ¿Lo sabías?

—No.

—Bueno, pues lo eres. Soy muy afortunado porque no he terminado aún —dijo él y, suavemente, hizo que se diera la vuelta para besarla en todos aquellos lugares que antes no había podido besar.

—Paul.

—¿Sí?

—No estoy segura de que pueda aguantar otro.

—¿Quieres que pare? —dijo él deteniéndose un momento.

—Bueno... en realidad, no —respondió ella sonrojándose.

Riéndose, Paul hizo que se colocara de lado y colocó la pierna superior sobre su cadera y se acercó a ella rozando con su virilidad el interior de los muslos de Kayla. Una oleada de calor la recorrió incendiándola y sus músculos se tensaron y vibraron.

—Sólo tienes que avisarme si quieres que pare —murmuró Paul

jugueteando con su miembro y haciéndole desear que la penetrara con fuerza, ya, en ese momento. Kayla nunca había sentido una necesidad tan bárbara de un hombre antes.

—¿Parar? ¿Estás loco? —dijo ella, y utilizando los músculos de sus piernas lo empujó hacia su interior, abriéndose a él.

Paul introdujo la punta de su miembro, lentamente, y la hizo arder de deseo. Introdujo después un poco más, aún lentamente como si quisiera sentir cómo las paredes de su vagina lo arropaban. Ella, sin embargo, tenía otra idea de lo que quería.

—Paul, por favor.

—¿Es demasiado para ti? —preguntó con gesto serio.

—No —contestó entre jadeos—. Por favor, péntrame, pero completamente, hasta el fondo.

—Cariño, será un placer.

Con un gemido penetró en ella con fuerza sujetándola por los glúteos para acercarla más a él. Salió y penetró de nuevo, una y otra vez, cada vez más rápido.

El cuerpo ansioso de Kayla recibía cada embestida con un golpe de su pelvis y el cuerpo de Paul se contrajo por la tensión segundos antes de llegar al orgasmo junto a ella. Juntos llegaron a la cresta del éxtasis y juntos descendieron, fuertemente abrazados.

Más tarde, Kayla se quedó dormida. Después de haber fantaseado con ella desde el mismo momento que la conoció, por fin la fantasía se convertía en realidad. La abrazó con fuerza sintiendo que la tensión que había ido acumulando en su cuerpo durante los últimos años se disipaba.

También él cerró los ojos dispuesto a dormir pero entonces una vocecita interior comenzó a hablarle. «No te involucres demasiado con esta mujer o nunca conseguirás tu objetivo».

Y la voz tenía razón. Cuando estaba con Kayla, se olvidaba de la necesidad de venganza, de la necesidad de limpiar su nombre y recuperar su vida.

—No hay nada como el olor de las galletas recién hechas.

Kayla alzó la vista mientras sacaba la bandeja del horno. Paul estaba en la puerta, un hombro apoyado en el marco y los brazos cruzados. No llevaba camisa y estaba descalzo, sólo tenía puestos los vaqueros, y Kayla sintió que la sangre le hervía al verlo.

—¿De qué son? —preguntó echando un vistazo a la cocina y todas las bandejas llenas de galletas que se alineaban en la encimera.

—De pepitas de chocolate. Sírvete.

Paul se acercó y eligió una. La mordió y cerró los ojos paladeándola.

—¡Cuánto había echado esto de menos!

—Come cuanto quieras.

—No dejaría ni una. ¿Para qué son todas estas galletas?

—Venta benéfica. Esta tarde. Para recoger fondos para la Sociedad Histórica de Cragmont.

—¿Dónde está? —dijo mordisqueando otra galleta.

Kayla no pudo por menos que sonreír ante la sensualidad que despedía aquel hombre mientras comía galletas medio desnudo.

—Es el edificio de madera de color amarillo que hay junto a la tienda de Hank.

—No me he dado cuenta.

Kayla sacó una nueva bandeja de crujientes galletas y metió otra. Paul volvió a apoyarse sobre el marco de la puerta y la observó desde allí. Después se hizo el silencio. Un largo silencio durante el que ninguno de los dos pareció saber qué hacer.

—La mañana después —se limitó a decir Kayla.

—Sí —dijo él al rato.

Kayla tenía muchas cosas que decirle pero no estaba segura de si debía hacerlo. Quería hablar, entre otras cosas, de lo que había descubierto sobre sí misma de los orgasmos múltiples que Paul la había ayudado a sentir. Sin embargo, le daba vergüenza sacar el tema así que en lugar de ello, se dispuso a colocar las galletas en una gran

caja de metal.

Mientras lo hacía no podía dejar de sentir la cercanía del hombre. Todo era nuevo para ella. Nunca antes había alcanzado las alturas a las que Paul la había llevado. Quería preguntarle si se había quedado satisfecho con ella, si había sido una amante adecuada para él.

—¿Te importa que me sirva un poco de café?

—Claro que no. Sírvete.

Paul se acercó y extendió un brazo por encima de ella para tomar una taza del armario. Al hacerlo le rozó el cabello y Kayla cerró los ojos involuntariamente y contuvo el aliento, sexualmente alerta, sin poder dejar de temblar. De nuevo la conexión que había sentido cuando estuvo con él bajo el arco conmemorativo detrás de la iglesia mirando hacia las montañas.

Kayla lo observó mientras se servía café y cómo después tomaba otra galleta y se retiraba hacia la puerta de nuevo, apoyado contra el marco. Era un hombre perfecto.

Pero no estaba tan relajado como quería aparentar. No era visible en su expresión, pero había algo en él. Kayla se sentía un poco insegura de sí misma pero feliz, mientras que él parecía... perdido.

—¿Paul?

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Sólo era una pregunta.

No sabía qué podía decir para hacerlo sentirse cómodo. Finalmente, decidió decir la verdad.

—Gracias —continuó Kayla evitando mirarlo directamente mientras apilaba galletas en la caja.

—¿Por qué?

—Por lo de anoche. Fue... —Kayla tragó con dificultad— muy especial. Yo... bueno... antes de anoche, yo... —lo miró de reojo y volvió a centrarse en las galletas— no sabía.

Nada. Paul no dijo nada, lo que la hizo sentirse vulnerable, frágil y no le gustaba. Finalmente, Paul habló.

—¿No me comporté con... rudeza?

—En absoluto.

—Me alegro —dijo él suspirando aliviado—. Entonces soy yo el que tiene que darte las gracias —dijo con tono áspero—. Había olvidado lo agradable que era. Cuando estaba en la cárcel, bueno... —no terminó la frase.

—¿Cómo era, Paul? —preguntó ella mirándolo—. Sé que no es asunto mío, pero si quieres hablar de ello, estaré encantada de escuchar.

Paul bebía su café y mordía su galleta con el ceño fruncido mientras consideraba qué hacer.

—Si alguien puede preguntar, eres tú. Y en respuesta a tu pregunta, fue una pesadilla.

—Una lee en los periódicos cosas sobre las cárceles, sobre la manera en que los hombres se utilizan entre ellos —dijo Kayla.

La expresión de Paul se volvió dura, ilegible, igual que el día que se conocieron.

—¿Y quieres saber si me ocurrió a mí?

—Sólo si tú quieres contármelo. No estoy aquí para juzgarte, Paul, ocurriera lo que ocurriera.

La tirantez de su expresión cedió ligeramente y algo en el interior de Kayla también. No tenía por qué avergonzarse de estar con Paul. Al igual que ella, era un ser humano imperfecto que sufría y se avergonzaba de cosas.

—No. Conseguí que no me ocurriera. Y créeme, no fue fácil. Ya sabes lo que se dice de los policías que van a la cárcel con los hombres que ellos mismos encarcelaron.

—Me lo imagino.

—No tienes ni idea y me alegro. Pero yo tuve suerte. No me pusieron con el grupo más violento, al menos. Aunque donde estaba

las cosas a veces se ponían difíciles. Fue gracias a uno de los internos, Alberto González, líder de una banda bastante violenta. Una vez, ayudé a su hermano Carlos para que no lo metieran en la cárcel. Era inocente. Culpable sólo de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Quería ir a la universidad. Carlos era el más brillante de la familia, su esperanza de futuro. Así que Alberto decidió protegerme a cambio del favor. Me enseñó lo que tenía que hacer para que no me ocurriera nada, para evitar las violaciones — levantó el brazo para que Kayla viera el tatuaje—. Me afilié a su banda y ellos me guardaron siempre la espalda.

—Entiendo.

—Además, entrenaba en el gimnasio. Me puse muy fuerte y miraba con desprecio a todo aquél que no era uno de los nuestros. Conseguí hacerme una reputación entre los internos, nadie quería meterse conmigo. Aunque estuve cerca varias veces —su expresión se había ensombrecido aún más—. Era tan bruto como ellos.

—Tenías que serlo.

—Sí. No tenía opción.

Kayla se acercó a él y apoyó la cabeza en su pecho mientras le rodeaba la cintura con los brazos. Sonrió al notar que olía a su gel de limón.

—Me alegra que hayas sobrevivido, que estés aquí.

—Sí —contestó con aspereza rodeándola a su vez. Permanecieron en silencio escuchando los latidos de sus corazones—. Supongo que necesitaba decir todo esto en voz alta. Gracias.

—Gracias a ti por confiar en mí.

El reloj del horno sonó interrumpiendo el romántico momento. Kayla levantó la cabeza.

—Ésa es la última bandeja —dijo rompiendo el abrazo para dirigirse al horno.

—¿Cuándo has dicho que es la venta benéfica?

—A las tres.

—Oh.

—Será divertido. Será en el parque. Habrá casetas y echadoras de cartas. Y bailaremos hasta la medianoche. Una gran fiesta para despedir el bueno tiempo antes de las nieves.

—Y supongo que esperas que los doce que viven en el pueblo asistan —dijo con tono burlón.

—La gente aún no se ha ido para pasar el invierno. Hay muchas casas ocupadas todavía. Además, vienen de todos los pueblos, incluso de Susanville. Es una tradición. Espero que vengas —dijo mordiéndose el labio—. Conmigo.

—No se me dan muy bien esas cosas —dijo él con una mirada horrorizada.

—Bueno, está bien —dijo ella sin poder ocultar la decepción.

—Bueno, iré —se apresuró a decir—. Tengo que vigilarte.

Kayla sonrió complacida, con él y consigo misma.

—¿Guardarme las espaldas?

—Exacto. Pero aún queda tiempo.

—Sí. Las galletas están listas. ¿Quieres que te prepare una tostada, unos huevos?

Paul se rascó la cabeza con expresión divertida.

—Esto es muy extraño. Trabajo para ti. No deberías cocinar para mí.

—¿No habíamos pasado ya esa etapa? Bueno, suponía que... —se sonrojó violentamente—. Ya sabes.

—Sí, lo sé. Lo de anoche —dijo Paul sonriendo.

—Sí.

Por fin, dejó el marco de la puerta y se acercó a Kayla.

—¿Qué te parece si dejamos el desayuno para más tarde? —dijo retirándole el cabello y depositando un suave beso en su cuello—. En estos momentos —murmuró—, me gustaría llevarte de nuevo a la cama. Si no estás demasiado cansada, o dolorida.

—¿Bromeas? —dijo ella sintiendo la respuesta inmediata de su

cuerpo—. Me encantaría.

## Capítulo 10

Mientras Kayla preparaba unos huevos con beicon y tostadas, Paul salió a comprobar el estado de la cabaña del abuelo.

—Estaré bien.

«¿Seguro que no quieres venirme aquí conmigo?».

Kayla estuvo a punto de decirlo en voz alta exultante como estaba tras el sexo que habían compartido aunque, pensándolo bien, era demasiado pronto para algo así. Y nada propio de ella. Una noche y una mañana de sexo desenfrenado, unas cuantas palabras tiernas en momentos de frenética excitación y ya estaba fantaseando con la idea de vivir con él. Típico del género femenino, siempre en busca de la pareja con la que formar familia, pero no era inteligente en su caso.

Sintió un pinchazo de culpa al pensar en Walter y no pudo evitar preguntarse si lo aprobaría. Aunque, evidentemente, era una tontería porque con la diferencia de edad Walter siempre supo que él no sería el último amor de su vida. Claro que no debería confundir con amor lo que tenía con Paul, que era sólo sexo sano.

—¿No está un poco polvoriento?

—Puedo vivir con el polvo.

—Puedo hacer que suba alguien mañana y lo limpie.

—He dicho que está bien —replicó Paul—. Y si hay que limpiar el polvo, yo mismo lo haré.

—Pero tú ya tienes bastante trabajo —dijo ella sacando dos platos del armario y empezando a servir en ellos la comida.

—Lo haré en mi tiempo libre.

—¿Qué te pasa, Paul? —preguntó Kayla sorprendida por la vehemencia de sus palabras.

—Que tú tienes ese Mercedes y puedes pedir que vengan a hacerte las cosas —chasqueó los dedos—, así sin más. Puedes comprarlo todo, Kayla. Lo único que tengo yo es una espalda ancha y mis dos manos.

—¿De qué hablas? ¿Lucha de clases? —dijo ella apoyando las manos en las caderas, irritada—. ¿Y desde cuándo hablamos de lo que yo puedo comprar y tu no?

—Desde ahora.

A punto de enzarzarse en una discusión con Paul, Kayla se detuvo a pensar. El caso era que tenía razón. No se le había ocurrido pensar en la diferencia de estatus principalmente porque ella no se veía como una mujer rica, no en su corazón. Había empezado a disfrutar de ese privilegio hacía muy poco tiempo. En lo más profundo de su ser, seguía siendo una persona que buscaba las ofertas, se movía en transporte público y compraba sólo durante las rebajas.

—Ya entiendo. De acuerdo. Haz lo que mejor te parezca. La comida está lista.

Después de comer, mientras Paul fregaba los cacharros, Kayla subió a cambiarse para la fiesta. Estaba harta de vaqueros y camisetas. Encontró una falda de florecitas y una blusa sin mangas de color rosa. Se puso unas finas botas de cuero y buscó un jersey para cuando refrescara. Se cepilló el pelo y se aplicó un poco de brillo de labios y máscara de pestañas. Después se acercó al espejo y admiró el resultado. Se veía distinta, más joven, más... viva.

El sexo le había venido bien. Era bueno para la piel y para la salud, pero sobre todo, gracias a ello había conseguido desterrar el fantasma de Jerry Donley.

Paul esperaba al pie de las escaleras y pudo ver su mirada de apreciación mientras bajaba.

—Estás muy guapa —dijo en su tono áspero.

—Gracias, señor —contestó ella con una gran sonrisa.

Antes de llegar al lugar de la fiesta, se detuvieron en la cabaña de

Paul a recoger sus enseres personales, que se limitaban a dos pantalones vaqueros, dos camisas de trabajo, dos camisetas, unas zapatillas de deporte y las botas que llevaba puestas, aparte de un cepillo de dientes y la cuchilla de afeitar.

Cuando llegaron tomados del brazo, el parque estaba lleno de gente. Paul deseaba ardientemente no estar allí. Lo incomodaba profundamente que lo vieran con ella. Lo que hacían en la intimidad de la casa de la montaña era una cosa, pero Kayla era una mujer conocida en el pueblo, con una reputación. ¡Era la viuda rica de Walter Thorne!

Pero era evidente que Kayla no sólo estaba contenta de estar allí, sino que se había mostrado decidida a hacerlo, y a Paul lo único que le importaba era que no le ocurriera nada. Consideró que estaba allí como su guardaespaldas. Por lo que a él se refería, cualquiera de los presentes podía ser el culpable.

Se acercaron a la caseta de los dulces a dejar las galletas. Alrededor había muchas otras casetas con más comida pero también joyas, ropa de lana, pinturas, cerámica. Al parecer, Cragmont albergaba un gran número de artesanos que aprovechaban el día de fiesta para mostrar sus obras.

Kayla charlaba con los otros voluntarios de la caseta de los dulces mientras Paul contemplaba unos cuadros en la caseta contigua. Al cabo, Kayla se acercó a él seguida de una mujer pelirroja con la cara llena de pecas.

—¿Paul? Quiero presentarte a Lou McAndrews. Es la veterinaria que atiende a *Bailey* y gran amiga mía.

—Lou —dijo él tomando la mano que la mujer le ofrecía sonriente.

—Paul.

—¿Qué tal está *Bailey*?

—Descansando cómodamente. Lo ha pasado muy mal el pobrecito. Y es muy mayor, ya sabes.

—¿No querrás decir que...? —Kayla dejó la frase sin terminar.

—Nada de eso. Sólo digo que le costará un poco recuperarse. Pero no —la mujer volvió a sonreír mirándolos con los ojos chispeantes—, ese pequeño chillón no parece dispuesto a pasar a mejor vida aún.

—Buenas noticias. ¿Y cuándo podré llevármelo?

—Déjame un par de días más, ¿de acuerdo? —dijo Lou y a continuación miró en derredor—. ¿No es genial?

—Sí, lo es —dijo Kayla y Paul estaba de acuerdo en que aquél era un lugar estupendo para vivir; y, como ellos, lo pensaba mucha más gente.

—Voy a echar un vistazo a los libros usados —dijo Paul—. Os veré más tarde —añadió mirando a Kayla y haciendo un gesto de asentimiento a Lou antes de marcharse.

Ambas mujeres se quedaron mirándolo y Kayla terminó suspirando. Sin duda, Paul era el más alto, musculoso y peligroso de todos los allí presentes, y sintió una punzada de orgullo posesivo hacia él, algo que la dejó muy sorprendida porque no era su modo de actuar.

Lou no se quedó impasible y lanzó un silbido.

—¿Ése es el manitas del que me hablaste el otro día?

—Sí.

Las dos aún no se habían mirado. Seguían mirando a Paul, que estudiaba los títulos alineados en otra caseta.

—Madre mía. Si parece salido de un calendario de tíos buenos —dijo Lou girándose hacia Kayla finalmente y levantando una ceja—. ¿Y lo es? Mañoso, quiero decir.

Kayla notó que el cuello y las mejillas se le sonrojaban. Imposible ocultar nada a Lou.

—Mucho.

—Ya veo. Bueno, necesitabas un poco de sexo como Dios manda.

—Me alegra que lo supieras. No tenía ni idea —dijo Kayla riéndose.

—¿De dónde es? Vamos, cuéntaselo todo a la tía Lou.

Kayla dudó un poco antes de contarle que el hombre que había metido en su cama la noche anterior acababa de salir de la cárcel. Ella conocía toda la historia pero sabía cómo sonaría, y sabía también que haría que Lou se preocupara; y no quería que eso ocurriera.

—Albany, creo.

—Ya veo —dijo Lou sonriendo—. Ni siquiera te has preocupado por saber de dónde viene. Directos al grano.

—Lou, no ha sido así —dijo Kayla enrojeciendo violentamente.

—No he podido resistirlo. Lo siento —el tono de broma desapareció dando lugar a un gesto de extrañeza—. Espera un momento. Un manitas. No será uno de los chicos de Hank, ¿verdad? Quiero decir que no dejarías que un ex presidiario entrase en tu casa, ¿verdad?

—En realidad no era culpable —dijo Kayla a la defensiva.

—¿Pero ha estado en la cárcel o no?

—Sí, pero...

—¿Ha tenido algo que ver con lo que le ocurrió a *Bailey*? Ya sabes cómo son esos hombres. Son violentos y un perrito chillón podría ponerlos muy nerviosos. Dios, si hasta yo siento ganas de darle un cachete.

—¿Crees que Paul atacó a *Bailey*? No —dijo sacudiendo la cabeza—. Imposible.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Porque no lo haría. No es ese tipo de hombre.

—¿Qué tipo de hombre?

Estuvo a punto de decir que no tenía mal genio ni era violento, sino amable y compasivo, aunque tenía que admitir que sí había visto golpes de ira en él y le constaba que sabía cómo usar los puños. Como él mismo había dicho, había tenido que convertirse en una bestia para sobrevivir.

—Tú no lo comprendes... —dijo Kayla débilmente.

—Ilústrame.

El feroz escepticismo en los normalmente cálidos ojos de Lou entristeció a Kayla profundamente. No sabía cómo explicarlo porque los datos no estaban a favor de Paul y sabía que la historia sonaría increíble: «Le tendieron una trampa y es inocente. Tuvo que convertirse en miembro de una banda en la cárcel y llenarse de tatuajes. Está en libertad condicional y podría tener que volver. Lo único que busca es venganza. Físicamente, parece dispuesto a usar los puños cada vez que alguien lo molesta». Desde luego no era el mejor curriculum para un hombre inocente.

—Es demasiado complicado —replicó Kayla dando un suspiro.

—No me da buena espina —dijo Lou mirando de nuevo a Paul y levantando una mano al ver que Kayla se disponía a discutirlo de nuevo—. Escúchame, ¿quieres? Cuando trajiste al pobre *Bailey* a la clínica me dijiste que habías sufrido otros incidentes, ruidos en medio de la noche, una rata muerta... y todo esto te ha ocurrido desde la aparición de ese hombre. ¿No es una coincidencia? Por favor, sal de la burbuja y piensa con la cabeza. Es posible que estés equivocada respecto a él.

Kayla lo intentó. Giró la cabeza para mirarlo, su gesto grave y serio, y como siempre, su cuerpo alerta. Un hombre que no conseguía encontrar la paz consigo mismo ni con lo que lo rodeaba. Pero entonces recordó todos esos pequeños detalles que echaban por tierra la teoría de su amiga: el rostro congestionado de Paul cuando vio a Kayla regresar de la clínica tras el ataque a *Bailey*; su rápida respuesta al hallar la serpiente en la caja sorpresa; la forma en que la había tranquilizado después; la manera en que la había escuchado mientras ella le contaba lo ocurrido en su niñez, sus traumas; el ataque a la serpiente en la ducha; y todo lo que había ocurrido después.

Si tenía algo que ver con lo ocurrido, desde luego era un gran actor. Además, ni siquiera lo conocía cuando ocurrió el primer

incidente.

Por otro lado, Kayla era consciente de que Paul tenía sus secretos. Nada obvio, sólo la sensación de que de vez en cuando apostaría a que estaba a punto de revelar algo.

La mano de Lou en su hombro la sacó de sus pensamientos. Aunque Lou sólo era unos años mayor que ella, había visto muchos sufrimientos y tenía un gran instinto para las personas.

—Ten cuidado.

—Estoy teniendo cuidado —insistió Kayla.

—¿De veras? Estás de luto y eres vulnerable. Estás ahí arriba sola, por no decir que te has convertido en multimillonaria. El objetivo perfecto.

—Paul no va detrás de mi dinero —dijo ella poniéndose rígida.

Por un momento, la mirada de escepticismo brilló en el rostro de Lou pero ésta la borró al instante, consciente de que presionarla más no serviría de nada.

—Como quieras... —dijo encogiéndose de hombros.

—Lou, no soy una víctima y tampoco una niña.

—Cielo, todas nos volvemos inocentes cuando hay sexo de por medio, especialmente cuando se trata de un sexo genial. Es tan liberador que olvidamos todo lo demás.

El comentario la hirió. Era cierto. Kayla se sentía poderosamente atraída hacia Paul y prácticamente no sabía nada de él, excepto que había estado en la cárcel. Nada sobre su vida anterior, si le gustaba la música, o el cine, o era seguidor de algún equipo.

Decidió que hablaría con él y se lo preguntaría. Estaba segura de que no se equivocaba con él.

—De acuerdo. Ya te he escuchado. ¿Cambiamos de tema ahora? —dijo con una sonrisa.

—Sí.

—¿Te importa que te pregunte por tu madre? ¿Cómo sigue?

—No. Está igual —dijo con una sonrisa de amargura—. Sigue

diciendo que no quiere hacerme pasar por esto, como si pudiera hacer otra cosa, y yo le digo que ella sola me educó y ahora me toca a mí cuidar de ella. Tanto si le gusta como si no, tendrá que ver mi cara hasta el final.

Ambas, desde el punto de vista de sus profesiones, veterinaria y enfermera, hablaban de la muerte con naturalidad, algo que no comprendía el resto de la gente.

—Eres la mejor —dijo Kayla abrazando a su amiga.

—No. Mamá es la mejor. Yo sólo soy su hija.

—¡Doctora Lou! —un niño pequeño que llevaba en brazos un diminuto cachorro grisáceo tiraba de la manga de Lou—. *Gandalf* quiere saludarte.

—Hasta luego —dijo Kayla después de acariciar la cabeza del cachorro, que le devolvió besos perrunos.

Después se dirigió hacia Paul, que la saludó con un gesto de la cabeza. Comieron brochetas de pollo y calabacín rebozado. En un extremo del parque, un poeta leía poemas y se quedaron un rato escuchando.

Hank llegó a la caída de la tarde. Saludó a algunas personas y después se fijó en Kayla y Paul. Se acercó haciendo gestos con la mano, sonriente.

—Hola, señora Thorne. Paul.

—Hola, Hank —dijo Paul alegre de ver a alguien conocido—. ¿Dónde has estado?

—He estado con una amiga en Susanville —dijo él guiñando un ojo.

—¿Tienes una amiga?

—¿Tan difícil es de creer? —dijo el otro hombre sonriendo—. Vosotros los jóvenes no sois los únicos en el mercado.

—¿Está aquí? —preguntó Kayla mirando alrededor.

—No, a Maggie no le gustan mucho estas cosas.

—A mí tampoco —dijo Paul.

—Pero estás aquí.

—Si me disculpáis un momento —dijo Kayla—, acabo de ver un pañuelo precioso.

Mientras Kayla se alejaba, Hank volvió a guiñarle el ojo a Paul.

—Veo que te llevas bien con la viuda, ¿eh?

—Es una buena persona —se limitó a decir Paul ignorando el comentario y manteniendo una expresión neutra.

—Eso seguro. Siempre me ha gustado mucho la señora Thorne, siempre me ha tratado bien. Por eso me agrada que uno de mis chicos haya aterrizado a sus pies. Y es rica —dijo dándole un codazo.

Paul sintió que se le revolvía el estómago de vergüenza. Hank estaba insinuando lo que la mayoría de la gente estaría pensando. No había parado de escuchar cuchicheos en toda la tarde mientras los observaban con viva curiosidad. Todos, incluido Hank, pensaban que la estaba utilizando.

Lo que era cierto.

Aunque no era por su dinero. Nada más lejos.

La culpabilidad que sentía, siempre a flor de piel, lo golpeó con fuerza. Tenía que decirle a Kayla cuáles habían sido sus motivos originales para buscar ese trabajo. No se sentía culpable por sus motivos, sino por haber dejado que su relación se hiciera más estrecha y no le hubiera contado la historia.

No era ningún santo. Si pudiera evitar tener que involucrarla, lo haría; pero en cuanto encontrara a su hermano, Kayla acabaría por saber la verdad. Así que sería mejor decírselo cuanto antes.

Se prometió que no volvería a llevarla a la cama sin quitarse ese peso del pecho. Claro que entonces Kayla podría no querer volver a acostarse con él. Nunca. Sería un gran vacío en su corazón, algo a lo que no estaba muy seguro de querer enfrentarse.

—Debes de haber terminado casi en su casa.

—No. Me queda, al menos, una semana —contestó él saliendo de sus ensoñaciones.

—¿De veras? —dijo el otro hombre frunciendo el ceño.

—De hecho, voy a quedarme por allí un tiempo, en la otra cabaña  
—se apresuró a decir.

—¿De veras? —repitió el hombre frunciendo el ceño aún más.

—¿Ocurre algo?

—No. Supongo que si tú quieres prolongar el trabajo y ella está dispuesta a pagar, no puedo quejarme —dijo Hank tras observarlo detenidamente.

Paul apretó los puños. Le gustaba Hank pero no podía decir lo mismo de sus nada sutiles insinuaciones.

—Hay trabajo que hacer —se limitó a decir Paul.

—Claro, claro —dijo el otro con un gesto de la mano—. Voy a buscar algo de comer. Hasta luego.

Paul vio a Kayla acercándose y justo en ese momento un grupo empezó a tocar música. Las parejas salían a bailar, la noche empezaba a refrescar y se había puesto el jersey. Alrededor del cuello lucía un pañuelo de vivo colorido pintado a mano.

—¿Vamos? —dijo alegremente extendiendo los brazos.

—¿A casa?

—No, tonto. A bailar.

—Hablas en serio.

—¿Algún problema?

—Bueno, no solíamos practicar en la cárcel.

—Es como conducir. Nunca se olvida —dijo ella sonriendo con dulzura mientras ponía la mano izquierda sobre su hombro y levantaba el otro brazo—. ¿Me concede este baile, señor?

Y al momento estaba en sus brazos y ambos bailaban al son de una antigua balada bajo la luz de la luna. Al principio resultaba extraño, no sólo porque era como si él tuviera dos pies izquierdos, sino por las miradas que les lanzaban los demás.

Kayla no parecía sentirse incómoda por la atención que le dispensaban los presentes, lo que era digno de admiración. Si ella se

sentía cómoda, ¿por qué no habría de estarlo él?

Paul pareció relajarse y la tomó con más fuerza entre sus brazos. Al momento, la ya familiar corriente eléctrica lo sacudió y una urgente erección surgió, apuntando directa al estómago de Kayla.

—Lo siento —le murmuró al oído.

—¿Por qué?

—Esta estúpida cosa. Parece que no puedo tocarte sin desear hacerte el amor.

—No tienes por qué sentirlo —murmuró ella—. Yo siento lo mismo.

—Pero... me preocupa ser demasiado para ti.

Kayla separó la cabeza, que tenía apoyada en el hombro de él, y lo miró. Tenía un rostro muy dulce.

—No es muy educado por tu parte jactarte de lo bien dotado que estás —dijo con una sonrisa maliciosa.

Paul sonrió pero al momento su rostro se volvió serio de nuevo.

—Sabes a lo que me refiero. Es que tengo demasiado tiempo que recuperar.

Kayla se detuvo un momento antes de contestar con un susurro:

—Paul, yo también.

Los dos se sostuvieron la mirada durante un largo rato hasta que Paul rompió el momento exhalando profundamente.

—Realmente eres una mujer asombrosa —dijo tomándola de nuevo en sus brazos.

Bailaron dos canciones más mientras dejaban que el calor del deseo subiera y subiera entre ellos.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que esperar antes de irnos? —murmuró Paul al oído de Kayla.

—¿Qué te parece si nos vamos ya?

Y del brazo, se dirigieron al coche de vuelta a la casa. Cuando llegaron, Paul comprobó que todo estaba en su sitio mientras Kayla permanecía en el coche.

—Parece que todo está bien —dijo cuando regresó al coche.

Kayla sonrió y después la sonrisa se convirtió en un bostezo que cubrió con la mano.

—Lo siento. Me he adormilado en el coche.

—Estás cansada. Apenas has dormido.

—Sobreviviré. ¿Y ahora qué? —preguntó con una mirada lasciva en los ojos—. O mejor aún, ¿en tu casa o en la mía? —dijo Kayla sin poder evitar un nuevo bostezo, que interrumpió con la mano, y se frotó los ojos—. Lo siento, Paul.

—No tienes por qué sentirlo. Tengo que meterte en la cama para que puedas dormir y descansar antes de hacerte el amor de nuevo — y poniéndole un brazo sobre los hombros se encaminaron a la casa.

—Siempre tomo un té antes de ir a dormir. ¿Por qué no te sientas en el porche? Prepararé un poco y lo tomaré fuera.

—Mejor aún. Tú estás cansada. Yo lo prepararé.

Kayla se sentó en una de las sillas aliviada de poder descansar pero también un poco decepcionada porque su cuerpo privado de sueño mostrara tan claramente que necesitaba descansar. Claro que no estaba mal tampoco pasar un rato con Paul, cómodamente sentados. Lou tenía razón en que no sabía nada de él. Aunque se equivocaba en lo demás. Paul era un buen hombre. Ella sabía que podía confiar en él. La confianza era algo esencial en toda relación.

Relación.

Kayla paladeó la sensación. Era extraño pero deseaba que Walter estuviera allí para darle su aprobación. Walter siempre había confiado mucho en las decisiones que Kayla había tomado en la vida.

Walter. Durante un año, había llorado su muerte, pero en ese momento, su recuerdo estaba cediendo. El dolor por su ausencia ya no estaba. Simplemente. Y ella sabía que Walter estaría contento de que así fuera.

Paul regresó con una bandeja y dos tazas humeantes, dos cucharillas y el azucarero. También había puesto galletas en un plato.

Dejó todo en la mesa.

—Me alegro de que hablemos —dijo Kayla—. No sé nada de ti.

Paul estaba decidido a hacerle su confesión y había estado ensayando en la cocina mientras preparaba las bebidas. Sin embargo, llegado el momento, se avergonzaba de admitir que se sentía agradecido por el indulto de la curiosidad de Kayla.

—¿Y qué quieres saber?

—Detalles como dónde naciste, cosas de tu familia...

Paul tomó una galleta y sintió cómo las pepitas de chocolate se deshacían en su boca.

—Están buenísimas.

—Ya me lo has dicho todo el día. Háblame.

—Vale. Nací en Albany. Mi padre era bombero. Ahora está jubilado. Un buen hombre. Nos educó a mis dos hermanos y a mí solo. Mac es el pequeño. No vive en Albany. Está casado y tiene dos hijos. Jimmy ha vuelto a casa después de un divorcio bastante desastroso. Él también es policía. Tengo una madrastra, Rachel. Nos llevamos bien.

—Sois una familia muy unida.

—Sí.

—Yo nunca tuve algo así pero espero tener una algún día.

Lo dijo con una sonrisa esperanzada y Paul se dio cuenta, y no por primera vez, de lo afortunado que había sido él. En su infancia no habían faltado nunca la comida ni los juguetes, el amor y la estabilidad, mientras que en la de ella sólo había habido carencias de todo tipo.

Tenía que decirle la verdad, se lo debía. Por nada del mundo deseaba interrumpir el íntimo momento que estaban viviendo, pero tenía que hacerlo.

Inspiró profundamente antes de hablar.

—Kayla, tengo que decirte algo muy, muy importante —comenzó.  
Craaaaack.

El sonido llegaba de algún lugar cercano. Al momento, Paul se levantó y encendió la luz del porche. No había nadie cerca.

—Quieta —le dijo a Kayla, que estaba asiendo con fuerza los brazos de la silla.

Craaaaack.

Esta vez le pareció que el ruido provenía de debajo de sus pies. Además le había parecido que el porche se había movido.

—¿Lo has sentido?

—¿Sentir qué?

—Vamos —dijo tomándola de la mano.

—¿Adónde?

—A cualquier sitio menos este porche. No me parece estable. ¿Dónde hay una linterna?

—En la cocina.

Dieron la vuelta a la casa y entraron en la cocina. En un cajón había una potente linterna. Sin soltar la mano de Kayla, regresaron a la parte trasera de la casa sin acercarse al porche.

—Quédate aquí —dijo soltándole la mano.

Con sumo cuidado se acercó a un extremo del porche y tumbándose boca abajo miró debajo de las láminas de madera hacia los postes sustentadores que estaban enterrados en el suelo.

Movió la linterna de un lado a otro pero nada se movía, no había rastro de ningún animal, todo parecía en orden. Las vigas de madera y hormigón parecían solidas pero aun así... Lo malo era que no tenía sentido investigar por la noche.

Frustrado, se levantó y, sacudiéndose la camisa, se acercó a Kayla, que estaba de pie abrazándose.

—No veo nada, pero debe de haber alguna grieta en una de las vigas.

—Walter nunca descuidó las vigas —dijo Kayla sin poder evitar el castañeteo de los dientes—. Solía decir que como la casa estaba construida en la colina sería una estupidez no respetar la montaña.

—Sí, bueno, yo respeto mucho la montaña y te digo que algo no va bien.

—¿Deberíamos llamar a alguien?

—¿Un domingo por la noche? No vendrá nadie hasta mañana pero me sentiría mucho mejor si saliéramos de la casa. Puede que el porche no sea seguro, lo que significa que la casa entera podría desplomarse.

—No, no lo haré. Ya te lo he dicho. Está sustentada en sólidas vigas de hormigón. Walter me lo dijo. Aun en el caso de que le ocurra algo a los postes del porche, la casa es totalmente segura.

«Walter, Walter, Walter».

A punto estuvo de decir en alto lo harto que estaba de oír el nombre del viejo, por no mencionar el hecho de que el difunto marido de Kayla pareciera saberlo todo. No se estaba comportando de manera muy racional pero no le importaba. Lo cierto era que estaba más que ligeramente celoso de la importancia de Walter Thorne en la vida de Kayla antes de que lo conociera a él... y seguía estándolo.

—Paul, si no podemos hacer nada por el porche esta noche, necesito una cama, ya.

—No dentro de esa casa.

—Ya te lo he dicho, Walter decía...

—Ya sé lo que decía Walter —la interrumpió con brusquedad—. Por favor, Kayla, no creo que sea seguro para ti, para nadie, quedarse en esta casa.

—¿Crees que se trata de un nuevo ataque? —preguntó en medio del cansancio y el sueño.

—No lo sé. Es posible.

—¿Es que no van a parar nunca? —dijo ella frotándose la cara con las manos—. ¿Sabes lo que te digo? Estoy harta de estar asustada. Me voy a la cabaña del abuelo. Está construida sobre tierra firme, las ventanas y las puertas cerradas. Dormiré allí. ¿Vienes conmigo?

—Dime otra vez por qué no podemos irnos de aquí, a Susanville. Por una sola noche.

—Porque no me voy a ir. Es ilógico, lo sé. Puede que esto no tenga sentido para ti, pero esta invasión me está recordando la violación. Me siento violada, y no dejaré que vuelva a ocurrir. Si alguien quiere que me vaya, no le funcionará. Han escogido a la víctima equivocada. Y me están hartando.

—No sé si aplaudirte o darte un guantazo —dijo él apretando los puños—. Eres realmente cabezota.

—Yo elijo mis batallas, eso es todo. Lo he hecho toda mi vida.

—Y ahora pueden acabar con ella.

—Pues que sea así.

Ambos se miraron durante un largo momento. Entonces, como si el enfrentamiento hubiera acabado con las últimas reservas de energía de Kayla, sus hombros se hundieron y bostezó.

—No puedo más, Paul. Me voy a la cabaña, contigo o sin ti.

Mascullando entre dientes, Paul la siguió. Aquello era demasiado. Él sólo quería limpiar su nombre y sin embargo había aterrizado en medio de una estúpida *vendetta* contra una mujer que se había convertido en alguien muy especial para él. Y seguía sin tener ni idea de quién podría estar haciendo algo así.

Pensó que al día siguiente llamaría a Brian y le haría rastrear la llamada de Jay para ver de dónde provenía y cuando lo encontraran, lo que finalmente ocurriría, sabrían si era el culpable de los extraños sucesos ocurridos en la casa de la montaña.

Pero había algo que no lo convencía de la culpabilidad de Jay y Steven, y Melinda estaba demasiado loca. Había algo en su cerebro, en el fondo, pero no quería salir. Maldijo la situación porque él era un buen policía. Un gran policía.

Era.

Kayla estaba en la puerta cuando él llegó, con la mano ya en el pomo de la puerta.

—Déjame inspeccionar al menos —dijo Paul.

Inspeccionó ventanas, armarios, el cuarto de baño y miró debajo de la cama.

—¿Alguna serpiente? —dijo Kayla desde la puerta—. ¿Roedores tal vez?

—Sólo grandes cantidades de polvo.

—Podré soportarlo —dijo dirigiéndose a tumbos hasta la cama y dejándose caer.

—Deja que ponga sábanas limpias primero —dijo Paul buscando en el armario de la ropa de cama.

—Demasiado tarde —murmuró Kayla y se quedó dormida.

Paul puso una funda limpia en la almohada y se la colocó bajo la cabeza. Le quitó las botas y la tapó con la manta. Después, se sentó en una mecedora junto a la cama dispuesto a hacer guardia toda la noche.

Lo sorprendió que Kayla abriera los ojos e hiciera el esfuerzo de murmurar unas palabras.

—¿Qué querías decirme?

—¿Qué?

—Antes, en el porche. Dijiste que era algo importante.

—Puede esperar —dijo él, que se había olvidado por completo.

# Capítulo 11

Kayla se despertó con el canto de los pájaros, y el aire fresco de la mañana hizo que se arrebujara entre las mantas. Al principio, no sabía dónde estaba. Lo último que recordaba era que se estaba tomando un té en el porche con Paul. Volvió a cerrar los ojos.

Poco después los abrió de nuevo al oír voces fuera. Miró en derredor. Estaba en la cabaña del abuelo. Paul había insistido. Cuando retiró las mantas, se dio cuenta de que estaba vestida.

Cuando salió, el sol le hizo daño en los ojos, y se puso la mano sobre la frente a modo de visera. Vio a Paul hablando con Hank más allá del porche.

—No, es madera podrida. A veces pasa aquí arriba. Podemos sanearla un poco con contrachapado hoy y llamaré a la empresa que usamos aquí cuando se trata de cimientos. Nada por lo que preocuparse —dijo Hank cuando vio a Kayla—. Buenos días, señora Thorne.

—Buenos días, ¿o son buenas tardes? —dijo ésta estirándose y bostezando—. Lo siento. He dormido profundamente —miró a continuación a Paul sonriendo—. ¿Qué ocurre?

Parecía preocupado y sacudió lentamente la cabeza con el ceño fruncido.

—Hank es el experto, pero no sé. Hay marcas en las vigas de madera de la casa. A mí me parece que han sido hechas con un hacha o algo afilado.

—No —dijo Hank—. La madera se agrieta de esa manera a veces. Eso es todo.

—¿Crees que alguien las hizo a propósito?

—Podría ser.

—¿Pero por qué? —preguntó Hank.

—Han estado pasando cosas raras, Hank —dijo Paul.

—¿Como qué?

Paul resumió los hechos.

—Es como si alguien quisiera atacar a Kayla, y estoy preocupado.

—Vaya —dijo Hank frotándose la barbilla sin afeitarse—. No lo sabía. Señora Thorne, Paul tiene razón. Tal vez lo que ha ocurrido debajo del porche haya sido hecho a propósito.

—Esperaba que no dijeras eso.

—Kayla —dijo Paul—. Por última vez, por favor. Tienes que irte de aquí.

—Tiene razón. Esto no es seguro —intervino Hank.

A la luz del día, Kayla sabía que los dos hombres tenían razón, pero seguía decidida a no huir de las amenazas nunca más aunque en ese momento su testarudez le creara un conflicto con el sentido común.

En ese momento sonó el teléfono y se apresuró a salir hacia la casa para contestar. Cuando estuvo lejos, Hank tomó a Paul del brazo.

—Será mejor que te la lleves de aquí, Paul. Es una mujer demasiado ingenua y algo puede ocurrirle.

—Lo sé —dijo Paul.

—¿Has llamado a la policía?

—Vinieron por aquí el sábado y ayer, pero no tenían ninguna idea. Los he llamado esta mañana conminándolos a buscar huellas dactilares y seguir la pista del paquete, pero no me hicieron mucho caso.

—¿Tienes alguna idea de quién puede estar detrás de todo esto?

Paul estaba tan frustrado que quería golpear algo.

—Podría ser el hijo de su marido, podría ser su hermano, demonios, ¡podría ser cualquiera! No sé mucho de la vida que vivió

con su marido.

—Bueno, eres un investigador preparado, así que supongo que es bueno que estés aquí. Los Thorne son gente especial.

Paul se dio cuenta con disgusto de que no sólo Kayla seguía obnubilada por la persona de su difunto marido. Paul deseaba solucionar el misterio pero se veía incapaz.

Incapaz.

Lo que hizo que se enfureciera consigo mismo. ¿Cuándo había tirado Paul Fitzgerald la toalla en un caso? Cuando se encontraba con un problema, solía enfrentarse sin miedo a él. Así había conseguido sobrevivir al juicio y a cuatro años en prisión. Deprimido a veces, amargado, enfadado pero nunca incapaz de seguir.

—Maldita sea, Hank, tienes razón. No me importa lo que diga Kayla. La mantendré lejos de aquí hasta que pase el peligro. Tengo un par de amigos en la policía de Albany siguiendo la pista de su hermano. Les pediré que extiendan la investigación a Kayla y averigüen quiénes son sus enemigos.

El cerebro parecía trabajar con tal rapidez que tardó un poco en darse cuenta de que el otro hombre lo miraba con la cabeza ladeada y una sonrisa en los labios.

—Bueno, bueno. Veo que te has enamorado de ella.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Es sólo alegría. Llevo años ayudando a otros ex presidiarios — dijo el hombre metiéndose los dedos en los bolsillos de los pantalones y balanceándose adelante y atrás—. Pero es la primera vez que he hecho de celestina.

—Cállate — gruñó Paul en el momento que Kayla salía de la casa.

—Asuntos legales. Steven está actuando y mi abogado quiere que discutamos nuestro siguiente movimiento. Creo que es hora de hablar con Joe de su hermano. Walter desaprobaría lo que está ocurriendo en la familia. He llamado a Lou y se quedará con *Bailey* unos días más. Me voy a vestir y me voy de aquí.

—¿Por qué no vas con ella? —sugirió Hank y a continuación miró a Kayla—. Bueno, si la señorita no tiene ninguna objeción.

—Me encantaría.

—Pero tenemos que arreglar el porche —dijo Paul.

—Traeré a otros dos hombres para que me ayuden —dijo Hank con una sonrisa maliciosa y le dio una palmada en la espalda a Paul—. Eres bueno, pero no indispensable. ¿Por qué no vas a ver a tu padre? ¿Y a tus amigos? —El énfasis que puso en la última palabra era para recordarle lo que habían estado hablando.

—Sí, tienes razón.

—De hecho, mientras estéis fuera, llamaré para que vengan los de los cimientos y que inspeccionen la zona —dijo Hank con un gesto preocupado—. Vigilaremos la casa, señora Thorne, día y noche. ¿Qué le parece?

—Excelente —dijo ella dando palmas—. Te autorizo a gastar todo lo que consideres necesario y... te lo agradezco de corazón.

—Quedaos fuera un par de días o tres. A finales de semana habremos terminado. Y ahora, fuera de aquí los dos —dijo Hank.

—¿Quince minutos? —dijo Kayla mirando a Paul.

Paul asintió. Un viaje a Albany era lo que tenían que hacer, por muchos motivos: la seguridad de Kayla, tratar de solucionar el misterio, visitar a su padre y a sus hermanos.

Aun así, no tenía idea de por qué, pero tenía la sensación de que se estaban echando en los brazos de quien le estaba haciendo aquello a Kayla. Tenía la sensación de que si salía de la casa de los Thorne, nunca volvería a verla.

—Quince minutos.

—Puedes conducir si quieres.

—No tendrás que decírmelo dos veces.

Su primera parada fue en Susanville, en la clínica de Lou. Incapaz de esperar más, Kayla saludó a la recepcionista, Dorothy, y entró a la zona de la consulta. *Bailey* dormía envuelto en unas mantas en una

caja muy espaciosa, con el lomo afeitado y vendado. Los dos gatos de la clínica, *Homero* y *Jethro*, jugaron entre las piernas de Kayla mientras ésta observaba a su perrito.

—Oh, *Bailey* —susurró olvidando que no podía oírla—. Eres tan pequeño.

—Parece peor de lo que es en realidad —dijo Lou acercándose vestida con una bata decorada con animales salvajes.

—¿Se pondrá bien?

—Te lo prometo. Hazle mimos. Le gustará —dijo abriendo la jaula y Kayla lo acarició y le rascó detrás de las orejas.

*Bailey* abrió un ojo y a Kayla le pareció que le sonreía. Al momento siguiente notó una áspera lengua chupándole la palma de la mano.

—Buen chico —dijo Kayla con los ojos llenos de lágrimas—. El mejor.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo Lou poniéndole la mano en el hombro.

Paul estudiaba un cuadro con las razas de perros que había en la pared, los brazos cruzados sobre el pecho.

—Paul.

Lo alivió escuchar la voz de la amiga de Kayla, Lou. Se giró y se acercó a la puerta que conducía a la recepción.

—Hola. ¿Cómo está *Bailey*?

—Kayla está con él ahora.

—Bien.

—¿Puedes acompañarme? —dijo Lou.

—Claro.

Abrió la puerta y Paul la siguió por un pequeño pasillo hacia su despacho. Lou cerró la puerta y se volvió para mirarlo, de espaldas al escritorio, los brazos cruzados sobre el pecho, su mirada nada amistosa.

—¿Sí? —dijo no muy seguro de qué había hecho para merecer el

trato poco amistoso.

—Kayla es realmente mi amiga.

—Eso me ha dicho.

—¿De veras? Bien, entonces quiero que sepas que si la estás utilizando, si le haces daño, no me importa los años que hayas estado en la cárcel ni lo duro que puedas ser. Te perseguiré y te haré daño.

Si lo hubiera dicho otra persona, una amenaza así habría despertado el instinto de defensa en Paul, pero no era el caso. De hecho, tuvo que aguantar las ganas de reír. Una amenaza grande proveniente de una pequeña mujer. Difícil de tomar en serio.

Aunque, a juzgar por la mirada seria y severa de la veterinaria, Paul supuso que hablaba en serio.

—Kayla tiene suerte —le contestó él— de tener una amiga tan leal.

—¿Has oído lo que he dicho? —dijo Lou.

—Sí y entiendo que, dada mi situación, no confíes en mí —se encogió de hombros—. No puedo culparte pero no voy a defenderme. Lo único que quiero que sepas es que Kayla necesita amigos como tú y estoy contento de que te tenga en su vida.

La beligerancia en la expresión de Lou se vio sustituida por genuina sorpresa. Paul asintió con la cabeza, abrió la puerta y salió del despacho.

Estaban a veinte minutos de Susanville, en la autovía 209, cuando Kayla miró a Paul, que iba conduciendo. Parecía estar muy concentrado en algo, su perfil rígido, duro.

—¿Paul?

—¿Sí?

—Cuéntame algo de tu mujer —dijo ella.

—¿Ruth?

—¿Fue un buen matrimonio? Quiero decir hasta que dejó de serlo, claro.

—En realidad, no. Sólo había sexo y cuando se terminó no

quedaba nada más. Entonces, cuando me arrestaron, dijo que ella no se había casado para aguantar algo así y se fue. Sí, Hank y yo tenemos algo en común.

—¿La odias?

—La odiaba. Pero ya no. Es historia. Han ocurrido demasiadas cosas desde entonces.

—Entiendo. ¿Te importa que te haga otra pregunta?

—Soy prisionero en tu coche —dijo él sonriendo—. Pregunta lo que quieras.

—Anoche. ¿Qué era eso que querías decirme?

Su rostro pareció endurecerse de nuevo mientras se hundía en algún tipo de pensamiento, tras lo cual inspiró profundamente y habló.

—De acuerdo —la miró con gesto de preocupación repentina—. Pero antes de que diga nada, quiero que sepas que tu seguridad me importa de verdad. Lo que te voy a decir no tiene nada que ver con ello.

—¿Con el hecho de que mi seguridad sea importante para ti?

—Con que tú eres importante para mí. Creo, espero, que aunque no se me den bien las palabras románticas, lo sepas ya a estas alturas. A Kayla le agradó oírlo y una ola de cariño la inundó.

—Sí, lo sé. Y en caso de que no lo sepas, el sentimiento es mutuo.

—Bien. Entonces —de nuevo su expresión se tornó sombría—, aquí va la confesión.

—Vaya.

—Sí. No fue casualidad que fuera a trabajar a tu casa. Sabía quién eras.

—Mucha gente en el estado de Nueva York lo sabe. He salido en las noticias.

—Sí, bueno, aparte de eso. Quiero decir que tenía razones para querer ese trabajo. No me malinterpretes, necesitaba ese trabajo, pero podía haber ido a Albany al salir y haber trabajado en la

restauración. Pagan mucho mejor que Hank.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Yo... quería estar cerca de ti.

—Vaya.

De pronto, Kayla pensó en lo que había hablado con Lou. El dinero.

—¿Y por qué querías estar cerca de mí, exactamente? —preguntó ella no muy segura de querer saber la respuesta.

—Por tu hermano Jay.

—¿Jay? —aquello la tomó totalmente desprevenida—. ¿Qué pasa con él?

—Necesitaba encontrarlo y pensé que tú sabrías dónde estaba.

—¿Por qué? ¿Lo conocías?

—Nunca lo vi hasta el día del juicio —dijo con gesto sombrío—, cuando me acusó de llevarme la droga que requisábamos y venderla en la calle.

—¿Jay hizo eso?

—Sí.

—¿Pero por qué?

—Le pagaron. Pero no sé cuáles eran sus razones. Sólo quería encontrarlo, arrancarle la verdad y hacer que cambiara su testimonio.

—Y cuando saliste de la cárcel, ¿no pudiste encontrarlo?

—Había desaparecido tras el juicio y nadie sabía su paradero.

—Europa, me dijo.

—Amsterdam, supongo. Es la Meca para los camellos. Probablemente le pagaran bien por su testimonio. De hecho, apuesto a que le dijeron que se perdiera un tiempo.

—¿Así que me necesitabas para saber dónde estaba mi hermano?

—Sí. Hank había ido a la prisión para hablar con el encargado sobre los hombres que iban a tener la condicional y lo oí. Cuando me enteré de dónde estaba su tienda no podía creer mi suerte. Ya sabía muchas cosas de ti porque mi abogado te había investigado.

—Ya veo —dijo Kayla enfadada porque no se lo hubiera dicho antes.

—Fue pura suerte que tuvieras cosas que hacer en la casa.

—Pura suerte.

—Si no se hubiera dado el caso, habría encontrado otra forma de acercarme a ti.

—Supongo que sí.

Toda clase de sentimientos se revolvían en su interior. La sorpresa, en primer lugar, pero también el dolor, la duda. Hacía una semana que lo conocía, muy íntimamente de hecho, y se enteraba en ese momento de que la había estado engañando.

—Debió de resultarte muy decepcionante enterarte de que no tenía relación con mi familia.

—Sí. Aquello fue un golpe.

—Lo imagino —dijo sin sentimiento alguno en la voz—. Continúa.

—Me quedé por allí porque pensé que tenías que saber algo aunque no fueras consciente. Algo que me diera la pista.

—Y cuando Jay llamó y te lo conté viste el cielo abierto.

—En realidad no. El cielo y tu hermano no hacen una buena combinación.

—Sabes lo que quiero decir —dijo ella con sequedad y fue entonces cuando se dio cuenta del dolor que aquello le estaba causando.

—Sí. Lo sé.

Kayla se irguió en el asiento dándole vueltas a toda la información mientras miraba por la ventana. A ambos lados de la carretera sólo se veían prados, colinas y el río.

Pero ella no parecía verlo. El dolor invadía todo su ser. Paul había querido el trabajo y había luchado por que se lo diera para poder averiguar el paradero de su hermano Jay. No porque sintiera una conexión con ella, la que ella había experimentado desde el primer

día.

Claro que no era una fantasía suya, porque la corriente sexual entre ambos era real. Estaba también muy segura de que lo había creído cuando le había dicho que ella era importante para él. A pesar de que no fuera bueno con las palabras románticas, le había mostrado gran ternura en numerosas ocasiones.

Aunque a la luz de la confesión, ya no estaba tan segura como le gustaría. Kayla se dijo que era hora de ser sincera consigo misma. Hora de pasar de las dudas y considerar lo que acababa de decirle. La conclusión no podía ser más clara: si ella hubiera estado en el lugar de Paul, habría hecho lo mismo, probablemente hasta encontrar al testigo pagado que le había robado cuatro preciosos años de su vida y su carrera.

Pero le había mentido fingiendo no saber quién era Jay, haciéndose el inocente. La gente mentía todo el tiempo, eso no era nuevo, pero que fuera algo habitual no lo hacía más aceptable. No para ella. Las mentiras dolían.

—Cuando te hablé de Jay y de que mi familia y yo no tenemos relación, ¿por qué no me lo dijiste entonces?

—No lo sé. Al principio era una situación en la que dudas en hablar mal de alguien a un miembro de su familia por si esa persona no está preparada para oír lo malo. No me importa hablar de mi ex o de mi amigo o de mi madre pero no me gusta que los demás lo hagan.

—De acuerdo. Eso fue al principio. ¿Y después? ¿Por qué no me lo dijiste? Tuviste muchas ocasiones, Paul.

—Porque para entonces ya estábamos... involucrados, y no quería estropearlo. Pensé que te sentirías... utilizada —dijo él con gesto miserable.

—¿No es lo que hiciste?

—En cierta manera, supongo, pero sólo al principio y sólo antes de conocerte.

—Entiendo.

Kayla guardó silencio y miró por la ventana. Todas sus explicaciones eran razonables y aun así se sentía dolida. Había confiado en él, había llegado a contar con él. Tras romper el escudo protector de Paul, había llegado a considerarlo digno de confianza, bueno escuchando a los demás, compasivo. Y, por supuesto, un dios del sexo.

¿Estaría empezando a adorarlo? ¿No debería tomarse el tiempo de ver que sólo era un ser humano más, igual que ella?

Kayla sentía la mirada preocupada de Paul sobre ella pero no se la devolvió. Decidió ahondar más en el corazón de aquella relación. Tras unos minutos en silencio, finalmente Paul habló.

—Lo siento mucho.

Kayla no respondió y al no hacerlo, Paul siguió hablando.

—Te lo estás tomando muy bien.

—¿Cómo esperabas que me lo tomara?

—La mayoría de las mujeres, quiero decir, la mayoría de la gente...

—Quieres decir las mujeres.

—De acuerdo, sí, la mayoría de las mujeres harían una escena sobre la traición y la desconfianza. Ya sabes, se pondrían a gritar por no haberles contado el secreto.

—No puedo hablar por la mayoría de las mujeres —dijo ella sin elevar el tono y girando la cabeza para mirarlo—. Pero sí puedo hablar por mí y tengo que admitir que, por una parte, lo que me apetece es sacarte los ojos.

—Vaya.

—Pero otra parte lo comprende.

Paul dejó escapar un suspiro de alivio.

—Quería creer, esperaba que lo comprenderías.

—Eso no quiere decir que esté contenta.

—No, supongo que no.

Kayla volvió a dirigir la mirada hacia la ventana.

— ¿Por qué me lo estás diciendo ahora? —preguntó de pronto.

Paul extendió el brazo hacia ella y tomó una de sus manos. Kayla estuvo a punto de retirarla pero finalmente decidió no hacerlo. En vez de ello, lo miró dispuesta a prestarle toda su atención.

— Porque llevo pensando en ello mucho tiempo y, bueno, porque puede que al principio tuviera una razón para acercarme a ti, pero ahora tengo muchas más.

— ¿Por ejemplo?

— ¿Tengo que decirlo? —preguntó él emitiendo un suspiro de resignación.

— ¿Decir qué? —atizó ella. Paul se merecía pasar el mal trago.

— Lo siento.

— Eso ya me lo has dicho. ¿Cuáles son tus razones?

— Que... siento algo por ti. Que me... importas, ¿vale? Mucho. Que sigo queriendo encontrar a Jay, pero por encima de eso, quiero protegerte.

— Impresionante.

Paul frunció el ceño. No tenía ni idea de cómo interpretar la actitud que Kayla había tomado.

Kayla reflexionaba sobre las palabras de Paul. Le gustó saber que le importaba, pero quería más. Quería oírlo decir «Kayla, te quiero».

Cerró los ojos y emitió un pequeño gemido. ¿Se había enamorado de aquel hombre? Le parecía totalmente increíble porque no hacía una semana que se conocían y él le había estado mintiendo. ¿Tan necesitada estaba?

— ¿Estás bien? —preguntó Paul sacándola de su ensimismamiento—. Por favor, tienes que creerme. Todo lo que te he dicho es la verdad.

— Sí. Creo que sí.

— ¿Entonces, todo bien de nuevo?

Kayla estudió el rostro de Paul y vio una ligera variación en su

expresión que nunca había visto antes. Le pareció que se mostraba vulnerable hacia ella, que sentía necesidad de ella. Y le pareció totalmente honesto. Sería suficiente, por el momento.

—Me alegro de que me lo hayas contado —dijo Kayla exhalando un suspiro—. Y estoy bastante segura de que, a su tiempo, lo superaré. Pero tienes que saber que no doy mi confianza fácilmente.

—Captado.

—Confié en ti. Si vuelves a ocultarme algo realmente importante, será el final de esta... como quieras llamarlo.

—De acuerdo —dijo él tras pensar en ello un momento.

—Y por lo que a mí respecta, si Jay mintió para meterte en la cárcel merece ser castigado.

—¿Aunque sea tu hermano?

—Aun así. Lo único que te pido... —se detuvo un momento.

—¿Qué?

—Quiero que dejes que la justicia se encargue de él. No quiero que le hagas daño cuando lo encuentres.

—Lo que haga con tu hermano es sólo asunto mío —dijo él apretando ligeramente la mandíbula.

—Me temo que es mío también. Puede que no sea el mejor hermano ni el mejor ser humano sobre la Tierra, pero no me gustaría ver que ni él ni nadie sale herido, a menos que se trate de defensa propia. Te lo pido por favor, Paul.

—Y te estoy escuchando.

«Y gracias por compartirlo conmigo», le faltó añadir.

Podría seguir presionándolo. Paul sentía terriblemente lo que había hecho. Podría tratar de arrancarle la promesa de que no utilizaría los puños con Jay, pero sabía que cuando los ánimos se caldearan podría olvidar la promesa.

Kayla cerró los ojos y dejó que los sonidos del tráfico borrarán la amarga sensación que aquella conversación le había dejado.

Venganza. Asociaba el sonido de tal palabra con un color: rojo

sangre.

## Capítulo 12

Debió de quedarse dormida porque cuando abrió los ojos estaba en la carretera de circunvalación a las afueras de Albany. Alrededor sólo se sucedían las planicies, muy diferente del paisaje montañoso del comienzo del viaje.

—Me alegro de que hayas despertado. ¿Adónde vamos? Casi hemos llegado.

—Supongo que a casa, la casa de Walter y mía, quiero decir. Está más arriba. Cerca de Troy.

—¿Te parece seguro?

—¿Qué quieres decir?

—Si alguien quisiera encontrarte, ¿es seguro que estés en tu propia casa?

—No lo había pensado —contestó ella rascándose la cabeza.

—Pues piensa en ello. Por favor.

—¿Paul? —preguntó Kayla al notar la tensión en el cuerpo de éste.

—Es sólo que no hemos hecho ningún plan para mantenerte a salvo. Debería haberlo planeado mejor.

—¿Cómo? Este viaje surgió en el último minuto, apenas tuvimos tiempo para prepararnos.

—Sí, sí, lo sé. Por eso te pido que lo hagamos ahora. Dame detalles de la casa.

El que hablaba era el policía. No había rastro del hombre que se disculpaba por su mentira ni del amante. Y su preocupación hizo que Kayla se tranquilizara.

Por alguna razón, a medida que se habían ido alejando de la casa

en las montañas, el nudo de preocupación en su garganta había ido disolviéndose. Casi se había olvidado de que podía estar realmente en peligro. Era una estúpida por olvidarse.

—Vive el servicio, dos personas, pero les he dado vacaciones. Ahora no hay nadie allí.

—¿Hay sistema de alarma? ¿Alguna comisaría cerca?

—No.

—Entonces no puedes quedarte —contestó él sacudiendo la cabeza.

No había nada que discutir: era una orden. En cualquier otra situación, aquello la habría irritado, pero sabía que él sólo quería protegerla y le estaba profundamente agradecida.

—De acuerdo. ¿Qué sugieres?

—Un hotel. Uno bueno, de éstos en los que confirman el cliente antes de dar el número de habitación a un desconocido.

—Tal y como están las cosas sería mejor que hiciera eso. La casa está en las afueras y la mayoría de las tiendas y oficinas están en el centro. Me parece buena idea quedarme más cerca. Iré al Hotel Empire State.

—Está muy cerca de mi distrito policial.

—Entonces, no hay más que hablar —dijo ella sacando el móvil del bolso y llamando a información para que le dieran el número del hotel.

Paul había albergado la esperanza de que tras hacerle su pequeña confesión a Kayla, y decirle lo que sentía por ella, se sentiría aliviado de una gran carga. Y durante unos segundos, había sido así. Hasta que Kayla le había dicho que si le hacía daño físico a Jay se sentiría incómoda. Si a eso se añadía que en ese momento estaban en la gran ciudad y allí las posibilidades de ataque sobre Kayla eran mucho más numerosas, el sosiego que hubiera podido sentir se había esfumado.

No había dejado de mirar por el espejo retrovisor pero no había notado nada extraño, aunque eso no significaba que el peligro

hubiera desaparecido. La extraña sensación que sintiera antes de salir de la casa de la montaña, la sensación de que la actuación de ambos había sido preparada, volvía a acuciarlo.

Era como si se esperara que dejaran las montañas para ir a Albany. ¿Estaban dejando atrás el peligro o se dirigían hacia él?

Estaba tenso por la preocupación y sabía que ella también lo estaba, lo cual impedía una fluida y cómoda conversación. Había una especie de muro entre los dos. Kayla no lo había perdonado por completo, todavía no. Tendría que esforzarse mucho para ganarse de nuevo su confianza.

Tomó la salida de la autovía que se dirigía hacia el centro de la ciudad.

—Kayla —dijo Paul cuando ésta hubo guardado el móvil en el bolso de nuevo.

—¿Sí?

—Quiero, necesito quedarme contigo, en el hotel, para asegurarme de que no te pasará nada malo.

Kayla lo miró detenidamente y finalmente le sonrió.

—¿Es ésa la única razón por la que quieres quedarte conmigo en el hotel? Pensaba que habría otra razón.

Fue suficiente para que el muro de hielo se quebrara y desapareciera.

—¿El servicio de habitaciones?

—¿Ahora lo llaman así?

—Eres mala —dijo Paul riéndose—. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Y tú, Paul Fitzgerald, ¡acabas de reírte! He visto tus dientes. Esto hay que celebrarlo.

—Vale, vale. No es para tanto —dijo él y, tomándole la mano, se la llevó a los labios y la besó—. ¿Directos al hotel entonces? Me alegra que vayamos a dormir juntos.

—Yo también, sobre todo en una gran cama y sin tener que preocuparme por ruidos extraños o ratas muertas.

Paul le soltó la mano pero la dejó reposar sobre su muslo sin dejar de acariciarla.

—Me pregunto si podrás perdonarme.

—He decidido ser generosa con los pecados del pasado —dijo ella con alegría—. Te enseñaré cómo puedes compensarme —y diciendo esto empezó a subir la mano por su muslo arañando los vaqueros con las uñas. Notó cómo los músculos de Paul se contraían ligeramente.

—¿Así es como quieres que te compense? ¿Dejando que me toques donde quieras?

—¿No te gusta? —susurró ella.

—Hmm.

—¿Quieres que suba un poco más?

—No si quieres que llegemos de una pieza —dijo él sujetándole la mano con la suya—. No se me da bien hacer varias cosas a la vez.

—Es una pena.

—Pero cuando llegemos al hotel, dejaré que me toques donde quieras.

—Date prisa —dijo ella cambiando de tono de pronto y mirando el reloj—. Mi cita con mi abogado es dentro de una hora.

—Voy contigo. Te esperaré.

—Pero querías ver a tu padre.

—Lo llamaré desde el hotel y le pediré que se reúna conmigo. Podemos tomar una copa mientras tú te reúnes con tu abogado.

—Si insistes. Pero, Paul, ¿no crees que estás siendo demasiado protector?

—Tal vez. Pero es mejor asegurarse que lamentarse después, como solía decir mi abuelo.

—¿Tenías un abuelo que decía esas sensiblerías?

—Te lo aseguro.

—Eres realmente afortunado.

—Sí, lo soy. Cada día más —respondió él besándole la mano.

La habitación era grande y la cama muy espaciosa. Unas pesadas

cortinas bloqueaban la vista desde la calle. Paul echó un vistazo a su alrededor. Era la primera vez que estaba en un lugar tan lujoso desde que saliera de la cárcel. Y era muy agradable, a pesar de la irritación que le causaba que fuera Kayla quien lo estuviera pagando todo. No dejaba de repetirse que era algo temporal.

Observó a Kayla mientras deshacía el equipaje. Era increíble cuántas cosas le había dado tiempo a guardar en su pequeña maleta en tan poco tiempo.

Mientras ordenaba los cosméticos en el cuarto de baño, Paul se tumbó en la cama y tomó el teléfono. Primero llamó a su padre y quedaron en el bar que había en el primer piso de la antigua estación central ahora convertida en oficinas, entre ellas, la del abogado de Kayla.

Después llamó a Brian Kaye, su compañero en la comisaría.

—Estamos sobre la pista. Jay Goodall está en Albany —dijo Brian.

Paul sintió una gran excitación. Si el hermano de Kayla estaba por los alrededores, lo encontraría porque conocía todos los escondites frecuentados por los camellos.

—Buen trabajo. Me gustaría hablarte de otros temas. Quiero ir por allí mañana. ¿Estaréis Charley y tú?

—Estaremos aquí, pero yo no contaría con una gran acogida.

—No me importa —respondió Paul—. Iré de todos modos.

—¿Qué pasa, Paul? —preguntó su padre—. ¿Esperas compañía? No dejas de mirar hacia la puerta.

Estaban sentados a una mesa. Era la hora de salida de las oficinas y el bar estaba muy concurrido. Había dos pantallas de televisión, una con el canal de noticias y otra con un partido de fútbol.

—Sí. Quiero que conozcas a alguien.

Los ojos de su padre brillaron por primera vez en cinco años.

—Por eso me pediste la ropa —dijo el padre señalando la bolsa que había traído consigo. Dentro había una chaqueta informal, unos pantalones, una camisa, una corbata, zapatos de vestir y calcetines.

—Sí —dijo Paul con la esperanza de que, después de los años en prisión, todavía le valiera.

Lucas Fitzgerald no era un hombre muy alto pero tenía una estatura media. Con sesenta años, el pelo canoso y el rostro colorado de los hombres irlandeses, tenía una complexión fuerte y unas grandes manos. Su sonrisa abierta mostraba su natural buen humor y la confianza en sí mismo. Paul, no muy optimista por naturaleza, siempre había recurrido a su padre en busca de inspiración y consejo.

Lucas lo miraba sonriente con sus ojos azules relucientes de felicidad.

—¿Es alguien especial?

—Mucho —dijo Paul, que no le había dado muchos detalles sobre Kayla; ni siquiera le había dicho su nombre.

—Entonces mis oraciones han sido escuchadas. Mi hijo está fuera de la cárcel y está enamorado.

—Yo no diría tanto, papá.

—Pero te gusta mucho. Eso es un comienzo —dijo su padre con una sonrisa. Y cuando Lucas Fitzgerald sonreía, uno no podía evitar devolverle la sonrisa.

Así los encontró Kayla. En cuanto la vieron, los dos se levantaron.

—Ésta es Kayla —dijo Paul—. Kayla, éste es mi padre, Lucas.

—Hola —dijo ella mientras éste le estrechaba la mano y le guiñaba un ojo a Paul.

—Siéntate, Kayla —dijo Lucas acercándole una silla libre.

—Ya veo de quién ha heredado Paul sus modales.

—Eduqué a mis hijos para ello.

—Pues hiciste un excelente trabajo.

Cuando Kayla se hubo sentado, los dos hombres hicieron lo mismo y Paul hizo una señal al camarero para que se acercara.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó a Kayla.

—Vino blanco, seco.

Mientras Paul pedía el vino y otro *whisky*, ya que su padre no quiso tomar nada más, Lucas sonrió a Kayla.

—¿Te molesta que te diga que eres encantadora?

—¿Molestarme? Me encanta —dijo ella devolviéndole la sonrisa—. También veo a quién se parece Paul.

—No, él se parece a su difunta madre, idéntico pero en la versión masculina. Era una mujer muy guapa. Morena y llena de misterio. Cuando entraba en una habitación, todos los hombres se volvían para mirarla. Paul ha heredado el carisma.

Kayla miró a Paul, que los observaba con el ceño fruncido.

—Sí. ¿Cómo podría resistirse una mujer a un ceño tan fiero?

—Dejadlo ya —dijo Paul—. Cambiemos de tema.

Riéndose, Lucas se levantó y tomó su chaqueta.

—Me gustaría poder quedarme. Quería conocerte, Kayla. Rachel, mi mujer, me está esperando en el centro comercial de Crossgates. No quiero pensar en lo que habrá estado comprando. Venid a casa a cenar un día de éstos. Pronto —dijo al tiempo que estrechaba la mano de su hijo, y a continuación le dio a Kayla un beso en la mejilla y se marchó.

Kayla lo miró salir del bar, un hombre lleno de energía, y después miró a Paul.

—Es maravilloso.

—Sí —contestó él en el momento que les llevaban las bebidas. Paul levantó su vaso y Kayla lo imitó—. Quiero hacer un brindis, pero hay tantas cosas por las que brindar, que no sé cuál elegir. ¿Salir de la cárcel? ¿Haberte conocido? ¿Estar sentado en un bar en compañía de una hermosa mujer? ¿Estar a punto de compartir una enorme cama con esa mujer?

—Demasiadas opciones —dijo ella—. Por nosotros —y ambos entrecocharon los vasos.

—Y por tu próximo cumpleaños —dijo Paul—. ¿Cuándo es?

—El viernes. Cumpliré treinta.

—Entonces, por el día que naciste. Un gran día, especialmente para mí.

—¿Para ti?

—Si no hubieras nacido no te habría conocido. Y eso sería muy triste —dijo él entrechocando el vaso de nuevo—. Feliz cumpleaños, preciosa.

Kayla pensaba lo hermoso que era el momento que estaban compartiendo y pensó que casi podía borrar el desagradable encuentro que acababa de tener con Steven y los horribles acontecimientos ocurridos en Cragmont.

—¿Qué hay en esa bolsa?

—Algo de ropa. Pensé que podríamos ir a cenar esta noche. Una agradable cena en el hotel. Una especie de celebración.

—Estupendo.

Y lo fue a pesar de que Paul estaba a punto de estallar la chaqueta y apenas podía aguantar abrochado el cuello de la camisa por todo el ejercicio que había hecho en la cárcel.

Bebieron y comieron a la luz de las velas en una mesa con un mantel blanco y cubertería de plata. Kayla no podía evitar reír disimuladamente ante la manera en que Paul no paraba de ajustarse la corbata para cubrir los botones a punto de estallar.

Y Paul no dejaba de sacudir la cabeza felicitándose por la buena suerte que tenía, allí sentado con una preciosa mujer vestida con un sencillo vestido negro y unos pendientes de oro. Estaba hechizado por la forma en que su rostro relucía a la luz de las velas y sus pechos se balanceaban ligeramente bajo el modesto escote, ofreciéndole una pista de los tesoros que lo esperaban.

Terminaron la cena con una *mousse* de chocolate y un café.

Cuando el camarero trajo la cuenta y Kayla fue a tomarla, Paul la detuvo. Se metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes.

—Vaya. Creía que lo cargaríamos a la habitación.

—No es necesario. Yo pago. Es tu cena de cumpleaños.

—Bueno. Gracias.

—Lo que me recuerda que hay algo de lo que quiero hablar.

—Dime.

—No me gusta que siempre tengas que pagar tú.

—Bueno, en este momento, yo soy la que tiene dinero —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Sí —dijo él sacudiendo la cabeza—, pero eso no hace que me sienta mejor.

—Ahora que he conocido a tu padre, entiendo por qué. Eres uno de esos hombres galantes, chapados a la antigua. Los hombres pagan y las mujeres dejan que lo hagan.

—Eso es una exageración.

—¿De veras? Lo único que quiero que comprendas es que, hoy en día, las mujeres también ganan dinero y la gente se va acostumbrando.

—Lo sé y, sinceramente Kayla, no creo que me importara si yo pudiera pagar cuando quisiera, al menos. Es que ni siquiera puedo hacer eso —aquello le estaba costando mucho pero tenía que decirlo—. Te prometí decirte siempre la verdad, y aquí está. No tengo nada. Mi padre me ha dejado dinero para esta cena. Ni siquiera tengo suficiente para comprarte un regalo. Mi abogado se está llevando todo lo que dejó Ruth. Estoy en la ruina más absoluta.

Paul no vio decepción ni sorpresa, sólo aceptación en los preciosos ojos azules de Kayla.

—Es temporal, Paul. Sé la clase de hombre que eres. Tan pronto como puedas, estarás ganando tu sueldo otra vez. Entonces podrás pagar si quieres. ¿De acuerdo?

Paul frunció el ceño. Kayla tenía razón pero eso no hacía que se sintiera mejor.

—Mira —continuó Kayla—. También yo tuve esta conversación con Walter. Yo no tenía nada y debía mucho dinero de los préstamos que había pedido para los estudios cuando lo conocí. Y, aunque la

mayoría de la gente piensa que una mujer que se casa con un hombre rico lo tiene todo solucionado, a mí nunca me satisfizo esa parte.

—Entonces me das la razón. De una forma u otra, la desigualdad económica es un problema.

—Puede ser. Nosotros lo solucionamos. Walter decía que tenemos que aceptar a la gente tal como es, no como les gustaría ser. Él me aceptó como era, aterrorizada por un pasado en el que había sufrido una violación y viviendo con la carga de los préstamos, y a cambio yo tendría que aceptarlo a él con su artritis y sus ataques de mal humor. Decía que los dos teníamos buenas cualidades —activos como decía él— y que deberíamos concentrarnos en ello. Que el dinero era sólo uno de sus activos, pero que tenía muchos otros igual de valiosos. Que el énfasis en el dinero es muy superficial.

—Pero muy real cuando no tienes nada —dijo Paul harto ya de oír hablar del sabio Walter. Se preguntaba si Kayla no dejaría de hablar de él nunca.

—Yo nací siendo pobre, ¿lo recuerdas?

Acababa de pillarlo. Hasta un punto, Kayla sabía perfectamente cómo se sentía Paul. Pero nada de lo que dijera serviría para hacerlo sentirse mejor por muy razonable que pudiera parecer. Kayla tenía razón en lo de que era un hombre anticuado y, probablemente, ya no cambiaría mucho.

Pero si no tenía cuidado, su estúpido orgullo masculino destruiría la hermosa velada. Se levantó y extendió una mano hacia ella.

—Dejemos este tema para otro momento. Necesito desnudarte.

Kayla se echó a reír. Se levantó ella también y le rodeó el cuello con los brazos.

—Creía que nunca me lo ibas a decir —dijo ella—. No llevo nada debajo del vestido —le susurró al oído.

El cuerpo de Paul reaccionó presto. La tomó de la mano y la sacó del restaurante.

Comenzó a hacerle el amor en el ascensor a salvo de miradas.

Empezó con unos largos y lánguidos besos cuya intensidad fue creciendo más y más a medida que se acercaban a la puerta de la habitación. Una vez dentro, se arrancaron la ropa con torpes movimientos apresurados, pero no llegaron a la cama.

Paul siguió devorando la boca de Kayla y cuando cerraron la puerta la empujó contra ésta y la tomó en brazos. Kayla le rodeó el cuello con los brazos y la cintura con las piernas y Paul la embistió con ansia saboreando el gemido de placer que arrancó de la garganta de ella. La penetró una y otra vez y cada embestida suya era recibida con los movimientos rítmicos de las caderas de Kayla, igualmente ansiosas.

No había tiempo para la sutileza. Estaban incendiados por la pasión y en breves minutos ambos estallaron en llamas mientras gemían de placer al llegar al orgasmo. Juntos se derrumbaron sobre la moqueta, Kayla encima de Paul, jadeando en su oído. El cuerpo de Paul estaba sintiendo aún los últimos espasmos y en su corazón daba las gracias por el tesoro que había encontrado.

Al cabo de unos minutos, Paul logró hablar.

—Ha sido como llegar al cielo.

—Yo no lo habría dicho mejor.

—Deberíamos llegar a la cama, pero no sé si puedo andar.

—Podemos gatear.

De alguna forma, consiguieron llegar a la enorme cama y se metieron debajo del edredón abrazados, temblando después del tremendo esfuerzo físico.

—¿Crees que esto que compartimos se podría considerar un activo? —le susurró Paul al oído.

—Sin ninguna duda. Pero tienes muchos más.

—¿Un ejemplo?

Kayla se retiró un poco y se colocó de lado con la cabeza apoyada en el brazo, mirándolo con adoración.

Paul había hecho la pregunta como parte de una conversación

ligera tras el sexo, pero era obvio que Kayla hablaba totalmente en serio.

—La forma en que me miras, como si me atravesaras, hasta llegar al fondo de mi alma; tu buen corazón y tu fornido cuerpo; la forma en que siempre escuchas de verdad; tu habilidad para dárme todo; el hecho de que no dejes de preocuparte por mí; que bailes conmigo aunque no tengas ganas.

—Por no hablar de mis habilidades en la cama.

—Jactándote otra vez, ¿eh? Eso no es de buena educación —dijo ella recorriéndole los labios con el dedo.

—No me jacto. Sólo lo expongo como un activo más.

Kayla rodó sobre él colocándose de lado acurrucada contra él y le tomó una mano, que llevó a su pecho.

—¿Te he dicho últimamente que me vuelven loca tus activos?

Paul sonrió y besó uno de los blanquísimos hombros. Se quedaron así un largo rato.

—Respecto a lo del dinero... —comenzó él.

—No, otra vez no, Paul.

Paul sabía que estaba estropeando el momento pero seguía en su mente y no podía dejar de darle vueltas.

—Que tú tengas todo ese dinero no es un activo sino una desventaja.

—¿Por qué?

—Por lo que piensa la gente. Como Hank. Él cree que he dado un braguetazo. Una viuda rica, ¿qué más puedo desear?

Dando un suspiro, Kayla se soltó del abrazo y se colocó boca arriba mirando al techo.

—Lo sé. Lou sugirió lo mismo. Le dije que estaba equivocada —dijo girando la cabeza para mirarlo—. Supongo que hace tiempo que tenía que haber dejado de preocuparme por lo que pensara la gente. No puedo evitarlo y me niego a que las opiniones de los demás dicten lo que tengo o no tengo que hacer.

Paul le acarició una mejilla.

—Hablando de activos. Eres una mujer muy fuerte, ¿lo sabías?

—Sólo soy una persona, Paul. Soy lo que las circunstancias han hecho de mí. Tengo puntos fuertes y puntos flacos, como todo el mundo.

—No. Tienes más puntos fuertes, créeme. Y quiero que sepas que te admiro por ello.

La sonrisa de Kayla entonces fue tan dulce que sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Nunca antes había sentido que una mujer llegara al fondo de mi corazón como tú.

—Gracias —dijo ella—. Creo que tú tampoco lo haces nada mal y ahora me gustaría demostrarte cuánto. Túmbate.

—Sí, señora.

—Buen chico.

—¿Así? —dijo él, los brazos cruzados bajo la cabeza. A la luz de la lámpara, el cuerpo pálido de Kayla mostraba todas sus espléndidas curvas.

Entonces se puso encima de él y fue depositando pequeños besos a lo largo de su cuello, torso y estómago hasta llegar, finalmente, a su miembro cálido, que se introdujo en la boca con placer.

—Justo así —dijo ella.

Paul se despertó con el ruido del tráfico de la calle y miró el reloj. ¡Era casi mediodía! Se habían dormido. Aunque «dormir» no era la palabra más adecuada para describir lo que había ocurrido en la habitación la noche anterior. Él todavía estaba tratando de recuperar el tiempo perdido y ella no parecía tener problema para seguirle el ritmo. Pensó que harían falta cincuenta años para que se cansara de hacer el amor con Kayla. Tal vez ni siquiera entonces.

En ese momento, estaba tumbado de espaldas, con un brazo extendido, y acurrucada bajo su axila estaba Kayla. Estaba tumbada de lado y tenía una pierna extendida sobre él, y una pequeña mano

abierta reposaba sobre su pecho. La observó un rato hasta que finalmente abrió los ojos y le sonrió.

—Buenos días —dijo dándole un beso en la frente.

Ella lo miró medio adormilada.

—Buenos días. Tengo una confesión que hacerte.

—¿Tú también?

—Sí. Es sólo que... te quiero.

Fue como si sus palabras le helaran las venas.

—No. No, has querido decir eso.

—No es la respuesta que esperaba —dijo ella con el ceño fruncido.

Paul se incorporó hasta sentarse en la cama también con el ceño fruncido. La declaración de Kayla lo había sorprendido profundamente. Sentía como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Es sólo que no puedes quererme.

—Claro que puedo.

—No. Podemos estar juntos pero no menciones esa palabra. Amor. Tienes razón. Estoy anticuado y la palabra contiene responsabilidad, compromiso, incluso matrimonio. Y sí, tal vez en el futuro, pero no ahora. ¿Quién soy? ¿Qué tengo?

Kayla hizo un gesto de disgusto, se sentó con las piernas cruzadas y lo miró fijamente.

—¿Ya estamos otra vez con ese tema? Ésas no son las razones por las que se ama a alguien.

—Kayla —dijo él tratando de hacerla comprender—. No tengo nada, ni siquiera un nombre. He sido vilipendiado en toda la ciudad.

—Pero tú eres mucho más que un nombre.

—No. Soy un hombre. Y sin un buen nombre, no soy nada. No se trata del dinero ahora, sino de mi nombre.

—¿Qué es esto? —dijo ella levantando los brazos al cielo—. ¿Algún tipo de charla sobre masculinidad? No me importa tu

nombre porque eso no es más que lo que los demás piensan de ti. Antes me importaba —dijo apasionadamente—. Me oculté durante años. ¡Años! El terror me perseguía, convirtió mi vida en un infierno. Y todo porque creía que había hecho algo mal, que la gente me señalaba con el dedo y susurraba cosas sobre mí. ¿Y qué conseguí? Nada. Darle cada vez más poder al chico que me lo hizo, él ganó, todos ganaron. Pero no tiene por qué ser así. Lo que somos, dentro — se golpeó el pecho con un puño—, eso es lo realmente importante. ¿Mi nombre? ¿A quién le importa? Crecí, me hice fuerte.

—Tan fuerte que te casaste con un hombre que podría haber sido tu abuelo —dijo él.

—¿Cómo te atreves? —dijo ella mirándolo horrorizada—. Walter era una persona maravillosa, a pesar de su edad.

—Estoy seguro. Hablas de él todo el tiempo. Te enseñó muchas cosas. La sabiduría según Walter. Pero no era un marido, sino la figura paterna que nunca tuviste. Te cuidó, te cobijó. Por todos los santos, ¡no empezaste a desarrollarte hasta que él murió!

—¡No! ¡Te equivocas! Será mejor que no hables de Walter y de mí de esa manera.

—Trata de impedírmelo —dijo él poniéndose rígido y mirándola con un gesto intensamente combativo—. Tú y tus pequeños sermones sobre cómo superaste tu pasado, y que yo debería hacer lo mismo, tragarme toda mi ira totalmente justificada. Tus pequeñas normas sobre cómo no puedes estar cerca de un hombre que pierde tan rápidamente los nervios.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tú has tenido mucho más tiempo para superar lo que te ocurrió. Y ahora me estás pidiendo que yo haga en un momento lo que a ti te ha llevado años conseguir. Perdóname por no haber alcanzado la santidad aún.

Se miraron de frente como dos fieros guerreros. Kayla sentía una rabia insoportable y también mucho dolor. Si hubiera sido una

persona diferente, se habría puesto a gritarle y a golpearlo. Pero no lo era, así que se limitó a levantarse de la cama y se dirigió al vestidor.

—Bien. Sigue con el rollo de mi dinero y que tienes que recuperar tu buen nombre, y lo que vas a hacer con mi hermano cuando lo encuentres. Yo no me quedaré para verlo. No lo haré.

—No tienes que hacerlo. Con dinero puedes esconderte de todo.

—Eso ha sido un golpe bajo —dijo girándose, los puños apretados.

—Lo siento —dijo Paul, que se dio cuenta al momento de que había ido demasiado lejos.

—¿Tengo que renunciar a mi dinero? ¿Empezar de nuevo? ¿Es eso lo que quieres? Porque no lo haré. Crecí en la pobreza y no es nada agradable. No permitiré que me vuelva a ocurrir.

—Bueno, no puedo estar contigo y no contribuir. No puedo estar contigo con esta nube de desconfianza sobre nosotros. No quiero que me quieras, Kayla.

—Bien —respondió ella—. Lo retiro. No te quiero.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Sólo que no puedo retirarlo —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Maldito seas.

Paul se dio cuenta de que todo se le había ido de las manos por culpa de su estúpido orgullo. Había hablado demasiado, había dicho cosas que ni siquiera pensaba en serio. Y le había hecho daño a Kayla. No comprendía lo que le ocurría. Por mucho que dijera lo contrario, quería el amor de Kayla, lo deseaba fervientemente. Sin él, moriría.

Justo en ese momento, sonó el teléfono y ambos dieron un brinco y se quedaron mirándolo. Kayla se encogió de hombros y se metió en el baño cerrando de un golpe la puerta.

—¿Sí? —Paul contestó al teléfono con tono cortante.

—¿Paul? Soy Brian. ¿Estás bien?

—Sí —mintió. Una quemazón por dentro lo angustiaba—. ¿Qué

pasa?

—Buenas noticias. Tengo un amigo en Asuntos Internos y parece que hay algo en tu caso que no les encaja. Han abierto una investigación a Hatcher y su banda —dijo Brian.

—Genial —contestó Paul.

—Tendré más cosas cuando vengas hoy por aquí. Vas a venir, ¿verdad? Mi turno empieza a la una. Charley también estará.

—Vale. Hasta luego entonces.

Colgó justo cuando Kayla salía del baño y comenzaba a vestirse. Paul no quería que cubriera su precioso cuerpo. Quería que volviera a la cama con él. Allí le demostraría que había sido un idiota y que lo sentía. Sentía mucho haber perdido los nervios, sentía haberla conocido en estas condiciones, cuando su vida pendía de un hilo.

—Buenas noticias —dijo.

—¿Sí?

—Ha habido cambios en mi caso. Parece que están tras los polis que me tendieron la trampa.

—Paul, eso es maravilloso —dijo ella sinceramente contenta.

La generosidad de su respuesta le hizo albergar esperanzas.

—No te vistas, Kayla —dijo dando unas palmaditas sobre el colchón a su lado—. Vuelve a la cama. Lo siento. Soy un estúpido. No pensé antes de abrir mi estúpida boca.

—No, Paul. Los dos hemos dicho cosas que no deberíamos haber dicho y tengo que vestirme.

—¿Adónde vas?

—He quedado con Terri y Joe.

—Iré contigo —dijo levantando el edredón.

—No. Tengo que hacerlo sola. Mira, estaré segura en mi coche, tienen aparcamiento vigilado. Y tú tienes que ir a la comisaría. ¿Por qué no voy a buscarte allí a las tres?

—Está bien —dijo él pero no estaba alegre—. Ojalá me hubieras conocido cuando tenía mejor carácter. Antes de la cárcel, y de todo

esto.

—Pero no te conocí entonces. ¿De qué sirve lamentarse ahora? — dijo ella con una sonrisa triste.

Kayla conducía entre el tráfico de la gran ciudad sin dejar de pensar en la visita a Terri y a Joe. Había sido un encuentro realmente amargo. Habían hablado de Steven y todos habían estado de acuerdo en que estaba descontrolado. Joe iba a tratar de convencerlo para que acudiera a terapia pero no tenía muchas esperanzas. Pidió disculpas por su hermano pero también le dejó claro que si Steven quería seguir peleando con ella, él no podría hacer nada por impedirlo y tampoco parecía tener muchas ganas.

Kayla se había dado cuenta de que no pertenecía a la familia. Lo había hecho durante unos años porque estaba casada con el padre de Joe. Pero Walter había muerto y por mucho que le gustaran Terri y las niñas, no eran su familia. Había intentado mantener la amistad porque a Walter le habría gustado, pero comprendía que probablemente no funcionaría.

Kayla sentía un gran vacío interior y deseaba llenarlo. Deseaba tener su propia familia. No la familia en que nació sino una propia, no una prestada. Quería un marido, un hogar, unos hijos a los que cuidar.

A pesar de que hacía muy poco tiempo que conocía a Paul, sabía que quería todo eso con él. Quería una vida con él pero después de la discusión que habían tenido se daba cuenta de que era un hombre con un bagaje demasiado pesado que tal vez no pudiera darle lo que ella ansiaba.

Giró en la calle donde estaba la comisaría de Paul y aparcó el coche en el aparcamiento. Mientras se dirigía hacia el bloque de ladrillo rojo vio a un hombre apoyado contra la pared fumando un cigarrillo. Se detuvo en seco.

Era Jay.

Cuando la vio, pareció sorprendido. Se separó de la pared, tiró el

cigarrillo al suelo y se acercó a ella sonriendo. Tenía un aspecto horrible. Aunque sólo tenía un año más que ella, se le estaba cayendo el pelo e iba vestido con harapos demasiado grandes para su cuerpo. Siempre había estado delgado, pero en ese momento se lo veía escuálido.

A medida que se acercaba, Kayla pudo ver las ojeras que tenía y los ojos con las pupilas dilatadas. Sin duda había tomado alguna droga. Su antiguo hábito «por diversión» se había convertido en su mayor adicción.

—Hola, hermanita —dijo Jay con una sonrisa desagradable.

Le resultaba repulsiva la sola visión de su hermano, que le trajo a la memoria recuerdos de todos los abusos.

—Jay —dijo ella deteniéndose a escasa distancia de él—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo una reunión —dijo él señalando con el dedo gordo hacia la comisaría—. Tengo que hablar con unos polis —dijo guiñándole un ojo para hacerle ver que tenía contactos con gente de nivel—. ¿Qué haces tú aquí?

Sintió náuseas. Normalmente, Kayla sentía lástima de la gente que era desgraciada, pero en el caso de Jay no sentía ni un ápice de compasión. Estaba perdido. Probablemente siempre lo había estado.

Si antes le había dicho a Paul que era afortunado por la familia que tenía, ahora ella se daba cuenta de que ella también era afortunada por haber sobrevivido a la suya. Al contrario que Jay y sus otros hermanos, ella había conseguido llevar una vida decente en vez de convertirse en una víctima más.

Paul se despidió de Brian y de Charley. Cuando pasó por su antiguo escritorio, hizo un gesto al hombre que estaba allí sentado, consciente de que todos lo miraban juzgándolo. Pero no le importaba porque muy pronto se sabría la verdad.

La visita había ido muy bien, genial. Sabía que tenía unos amigos para toda la vida en Brian y Charley, que lo habían recibido con los

brazos abiertos ignorando la fría atmósfera reinante. Brian había llamado a la policía estatal, que se había hecho cargo del paquete entregado a Kayla. El paquete había sido enviado desde Albany por un tal Joe Smith. Un nombre falso. Paul los había puesto entonces al corriente de lo que estaba ocurriendo en Cragmont y ellos le habían prometido investigar los contactos de Walter y Steven.

Preguntó por Jay Goodall para ver si alguien lo conocía pero no le habían dicho nada consistente. Tenía la intención de salir a buscar al hijo de perra esa misma noche.

Al pasar por la recepción se aseguró de hacerlo con la cabeza alta. No iba a dejar que nadie viera que le importaba su opinión. Abrió la puerta y salió a la luz cegadora del sol.

Pero se detuvo en seco cuando vio a Kayla hablando con el hombre que había cometido perjurio para enviarlo a la cárcel.

## Capítulo 13

Cuando Kayla oyó que se abrían las puertas de la comisaría y después se cerraban, miró hacia allí y vio a Paul con una mirada furiosa en el rostro, acercándose a grandes zancadas. Jay también lo vio y trató de huir. No era rival para Paul, que lo alcanzó antes de que hubiera dado la vuelta a la esquina y lo tomó por los hombros e hizo que se girara para mirarlo. Lo tomó por la pechera y le dio una bofetada con el dorso de la mano.

—¡Paul, no lo hagas! —gritó.

—Escucha, basura, quiero que me digas la verdad ahora mismo —dijo Paul sin escuchar.

Jay, sangrando por la comisura de los labios, intentaba zafarse sin conseguirlo.

—Debería matarte —continuó Paul.

Kayla vio cómo su hermano comenzaba a temblar y no pudo soportarlo. Corrió hacia ellos y, tomando a Paul del brazo, intentó que lo soltara pero no hizo caso y siguió zarandeándolo.

—¿Quién te pagó para que lo hicieras?

Jay se hundió, casi perdió el equilibrio, pero Paul lo sostuvo agarrándolo por los hombros.

—¡Dímelo, maldito seas!

Jay estaba temblando, aterrorizado.

Las puertas de la comisaría se abrieron y un par de fornidos policías salieron. Jay señaló a uno de ellos.

—Pregúntale a él. Fue uno de ellos. No fue culpa mía. Él me lo ordenó.

—¿Hatcher?

—Sí. ¡Hatcher!

—¡Eh, Fitzgerald! —dijo el más viejo de los dos—. Estás asustando a un testigo.

Un par de peatones que pasaban por allí se detuvieron a mirar.

—Cállate, Hatcher —gruñó Paul por encima del hombro—. Tú serás el próximo.

—¿Ah, sí?

El hombre llamado Hatcher se acercó a Paul a grandes zancadas y lo separó de Jay, pero Paul era más grande y estaba en mucha mejor forma física que el otro y volvió a la carga.

—Tim —gritó Hatcher al otro policía—. Entra y busca ayuda.

Paul seguía sacudiendo a Jay por los hombros.

—Quiero que entres ahí conmigo, ¿me oyes? Vamos a hablar con el capitán y vas a repetir lo que me cabás de decir. ¿Estamos?

En ese momento salieron dos hombres del edificio y corrieron hacia ellos.

—No puedo —lloriqueó Jay—. Me matarán.

—No si te mato yo primero.

En el momento en que Paul impulsaba el puño hacia atrás, uno de los policías que acababa de llegar, de pelo claro y anchos hombros, tomó a Paul por las muñecas. Tuvo que hacer mucha fuerza para sostenerlo y evitar que le hiciera a Jay más daño.

—Paul —gritó el policía—. Déjalo. Estás muy cerca de solucionarlo. No lo estropees ahora.

Paul forcejeaba con su ex compañero tratando de liberarse.

—Déjame, Brian. Tengo que machacar a esa sabandija.

Kayla se llevó las manos a la boca aterrorizada por la exhibición de violencia. Paul tenía la cara enrojecida y también los ojos. No podía soportarlo.

El otro policía, un afroamericano alto y delgado con el pelo rapado, tomó a Paul por la otra muñeca.

—Paul, hermano —dijo con voz suave aunque decidida—.

Tranquilízate. Todo se va arreglar pero no de esta manera.

Entre los dos hicieron que dejara en paz a Jay y se retirara. Kayla pudo ver lo furioso que estaba Paul por no poder llevar a cabo su amenaza.

—Pero Brian, Charley, mirad lo que ha hecho, maldita sea. He tenido que pasar cuatro años en el infierno. Tiene que pagar por ello.

Para entonces, varios policías más se habían unido a ellos. Como una escena salida de una película de terror antigua, los habitantes del pueblo contra el monstruo, fue necesaria la ayuda de todos para evitar que Paul atacara a su presa, que permanecía tembloroso y aterrorizado sangrando por la boca.

A salvo ahora de Paul, Jay miró a Hatcher.

—¡Alejadlo de mí! —gritó al policía más viejo—. Dile quién soy y que no puede hacerme esto. ¡Díselo!

Hatcher, los párpados caídos, se encogió de hombros ante la mirada de sus compañeros.

—No tengo ni idea de qué está hablando.

—Sí lo sabes —dijo Charley y, tomando a continuación a Jay del brazo, se lo retorció por detrás de la espalda y lo empujó hacia la comisaría—. Vas a tener que confesar algunas cosas a unas personas que quieren escuchar lo que tienes que decir. Y no cuentes con el sargento Hatcher para que te proteja. Está siendo investigado en este mismo momento.

Charley se giró y miró a Paul.

—Ve a algún sitio tranquilo y cálmate. Te llamaremos más tarde —le aconsejó.

Y así toda una procesión de policías, unos sorprendidos, otros desafiantes, se dirigió hacia la comisaría. Los viandantes continuaron su camino sacudiendo la cabeza y murmurando cosas sobre la brutalidad policial.

Paul se quedó solo en la calle y cerca de allí, Kayla. Tenía el cuerpo tenso aún y los puños apretados. Los ojos enrojecidos como los de un

animal salvaje. Cuando reparó en Kayla, sus ojos se suavizaron y enfocaron como si acabara de despertar de un sueño. Extendió una mano hacia ella.

—Kayla.

—¡No! —gritó ella. El pánico y desprecio que sentía hacia él le oprimían el pecho. Salió corriendo hacia el coche. Paul la siguió corriendo también.

—Kayla, espera. No te vayas.

Kayla llegó al coche y abrió la puerta, pero él la alcanzó y la cerró antes de que pudiera entrar. Temblando y con los brazos alrededor del pecho, Kayla miró hacia el suelo.

—Espera —dijo—. Quiero hablar contigo.

—No tengo nada que decirte.

El terror la hacía estremecerse, igual que tantas veces cuando era niña, igual que la noche de la violación, igual que su hermano un momento antes.

Había sido una tonta. Inmersa en la pasión que sentía hacia Paul había llegado a olvidar quién era. Había permitido que un hombre como él entrara en su vida, había recibido con calidez su presencia como si fuera un milagro.

Pero al verlo enfurecido y usando los puños había despertado del sueño. Paul se revelaba como lo que era en el fondo, una bestia poderosa con un temperamento iracundo en quien no se podía confiar.

No. No volvería a pasar por ello. Nunca más.

—Por favor —suplicó Kayla abriendo la puerta.

Esta vez, Paul no la detuvo. Kayla entró y, a pesar del temblor de sus manos, consiguió introducir la llave en el contacto. Quiso cerrar la puerta pero Paul no la dejó.

—No me dejes —suplicó con la voz quebrada por la emoción—. Eres la primera cosa buena que me ha ocurrido en mucho tiempo.

Kayla se obligó a mirarlo. Su rostro parecía surcado por el dolor.

—¿Pero no lo ves, Paul? Me recuerdas demasiado a todas aquellas cosas malas que han ocurrido en mi vida. No quiero ser testigo de tus ataques de ira. No podría vivir así.

—Pero dijiste que me querías.

—Y lo decía en serio, pero tengo que detener esto ahora mismo. Todavía es pronto y mi corazón podrá sanar. Soy fuerte, ¿recuerdas? No puedo estar contigo, nunca me sentiría segura.

—Pero yo nunca te haría daño, Kayla. Lo sabes, ¿verdad? —dijo él angustiado.

—Tal vez no pero tiendes a resolver tus problemas con los puños. No puedo... no estaré delante para verlo. Nunca más. Adiós.

Y con estas palabras cerró la puerta y, esta vez, Paul la dejó ir. Kayla encendió el motor y salió de allí sin mirar atrás.

A solas en el coche, las lágrimas brotaron libremente de sus ojos. No tenía ni idea de adonde ir, sólo sabía que tenía que poner distancia entre la escena que había visto y ella, entre Paul y ella.

Para cuando llegó a las afueras de Albany, y tomó la entrada a la autovía en dirección sur, se dio cuenta de que se estaba dirigiendo a Cragmont. Lo que tenía que hacer era dar la vuelta y regresar al hotel, recoger sus cosas y pagar; pero no quería volver allí. No quería recordar la maravillosa noche que habían pasado en ese hotel y el desafortunado desenlace.

Quería ir a casa. Las montañas eran su casa. Se sentía muy sola. Necesitaba hablar con alguien desesperadamente, que la reconfortaran. Lou. La llamaría y le diría que volvía a Cragmont pero que pararía en Susanville; tal vez podría pasar la noche con ella.

Manteniendo los ojos en la carretera, hurgó en el bolso en busca del móvil, lo encontró y marcó el número de la clínica. La recepcionista contestó que la doctora no estaba. Había tenido que llevar a su madre al hospital. La señora McAndrews estaba muy enferma.

Kayla no sabía si tratar de contactar directamente con Lou. Tal vez

ella podría servirle de ayuda en el hospital.

No. No estaba en condiciones de ayudar a nadie. De hecho, en su estado, sería una carga más que una ayuda. Estaría mejor al día siguiente y entonces llamaría a su amiga y le diría que podía contar con ella para lo que fuera. Decidió ir a Cragmont.

Recordó entonces que allí podía correr peligro y sabía que no debía volver, pero a su ser irracional no le importaba. Quería, necesitaba, regresar a la montaña, al lugar al que había ido apenas diez días antes para curar su corazón. Se quedaría en la cabaña del abuelo. Los cimientos eran fuertes. Cerraría bien las puertas y dejaría las luces encendidas. Se protegería con el atizador de la chimenea, incluso buscaría antes de dormir por si encontraba serpientes.

Entonces recordó que Hank y sus hombres estarían allí arreglando la casa. No tenía nada que temer entonces. Iba tan inmersa en sus pensamientos que no se dio cuenta de las negras nubes que se estaban arracimando en el cielo hasta que el agua sobre el parabrisas la sacó de sus ensoñaciones. Redujo la velocidad, conectó los limpiaparabrisas y se concentró en la conducción.

Pero sólo lo consiguió durante un rato porque no podía concentrarse con la marejada de pensamientos y sentimientos que bullían dentro de su cabeza. No sólo la escena delante de la comisaría sino la conversación que Paul y ella habían mantenido antes de salir del hotel. Lo que Paul le había dicho sobre los sermones.

Kayla odiaba tener que admitirlo pero era cierto. Esperaba que Paul chasqueara los dedos para espantar su rabia y sanar inmediatamente cuando ella había necesitado años para superar una infancia llena de violencia.

Sacudió la cabeza avergonzada. Todo ese tiempo, había estado orgullosa de su habilidad para enfrentarse a las cosas, segura de haber crecido, pero en realidad había estado juzgando los hechos. Había sido muy injusta con Paul, incluso condescendiente, porque el

salvajismo de su temperamento la asustaba.

Y por si fuera poco, estaba lo que Paul había dicho de Walter y de sus sentimientos hacia él. Quizá hubiera sido una crítica en el fragor de la batalla pero, también era cierto. El hombre había sido más una figura paterna que un amante y ella había absorbido como una esponja seca su amor y sus consejos.

Ahora, sin Walter, no tenía ni idea de quién era. Tenía dinero, un buen coche y una gran casa en Albany, pero nada de eso le importaba. La casa de Cragmont pertenecía a la familia Thorne, no a ella. A ella le encantaba su trabajo de enfermera pero ya no necesitaba trabajar y por eso nunca volvió a hacerlo.

No había nada en su vida, ni pasión, ni objetivos, aparte de su reciente descubrimiento de la pasión que sentía hacia un hombre duro y rabioso.

La lluvia seguía cayendo, cada vez con más intensidad. Se detuvo en un área de servicio a tomar un café esperando que la lluvia cesara. Después de un cuarto de hora sin que dejara de llover, decidió continuar.

Cuando llegó a Susanville tomó el camino que subía por la montaña, pero apenas si veía lo que había delante. Los limpiaparabrisas no podían retirar la gruesa cortina de agua. Entonces se acordó de la iglesia. La empresa restauradora no había empezado los trabajos aún. Con esa lluvia torrencial la filtración podría hacer una grieta inmensa, incluso podría hacer que el interior se inundara causando daños irreparables.

Aquello sería horrible. Adoraba la pequeña iglesia, era su guardián ahora que Walter no estaba. Kayla sacudió la cabeza con tristeza. No estaba en su mano solucionarlo. No podía hacer nada esa noche.

Atravesó el centro de Cragmont y pasó junto al parque en el que Paul y ella habían bailado. Había sido muy atento con ella ese día, muy cuidadoso. El recuerdo le dolió en el corazón como una navaja

afilada.

Al tomar una curva cerrada, las luces iluminaron una figura en la carretera y tuvo que dar un volantazo para evitarla. Consiguió frenar sin perder el control del coche.

Por el retrovisor, Kayla pudo comprobar que era Melinda y que le estaba haciendo señales. Dio marcha atrás hasta llegar donde estaba la mujer y abrió la puerta del copiloto.

—Entra.

—No —dijo Melinda con la ropa negra empapada—. No. Los huesos.

—¿Qué ocurre con los huesos? —gritó Kayla entre el ruido del motor y la lluvia.

—Ten cuidado con los huesos y los cuerpos —dijo la mujer cuyos ojos relucían de locura.

—Por favor, Melinda, entra. Vas a pillar un resfriado.

—Los huesos —repitió retrocediendo.

Incapaz de detenerla, Kayla vio cómo desaparecía entre los árboles del bosque. Como un manojo de nervios, Kayla siguió por la carretera embarrada. Cuando llegó a la casa, apagó el contacto y permaneció en el coche. Excepto por la lluvia que caía sobre el coche embarrando la entrada a la casa, no se oía nada. Esperaba que hubiera alguien guardando la casa, que las luces estuvieran encendidas, gente. Pero no había nadie, sólo la oscuridad de la noche y el silencio.

¿Dónde estaban Hank y sus hombres? Echó un vistazo alrededor una vez más, más cuidadosamente, y esta vez, vislumbró una luz entre los árboles a su izquierda. Parecía provenir de la iglesia. Se tranquilizó al pensar que estarían trabajando.

Encendió el contacto del coche y se dirigió hacia la iglesia. La camioneta de Hank estaba allí. Kayla salió del coche y corrió entre la lluvia hacia la iglesia y abrió la puerta. No había ninguna luz en el interior. Sólo una débil luz proveniente del sótano.

Chorreado de agua, se dirigió hacia la luz.

Paul estaba frenético. Después de que Kayla hubiera salido de allí, había recorrido las calles sin saber muy bien qué había ocurrido y qué hacer a continuación. Kayla se había disgustado mucho. La expresión de su rostro... ¡tenía miedo de él! No podía comprender cómo se había escondido en el coche tratando de huir para evitar que le hiciera daño.

Necesitaba tiempo a solas, él lo sabía, y sabía que tenía que concedérselo. Pero necesitaba hablar con ella, explicarse, hacerle saber que moriría antes de hacerle daño. Tenía que encontrarla.

Tomó el coche de Brian y se dirigió hacia el hotel con la esperanza de que estuviera allí. Todas las cosas estaban allí pero no ella. Miró en derredor tratando de pensar adonde podría haber ido. ¿A casa de Terri y Joe? Trató de encontrar su número pero no venía en la guía. Tal vez lo supiera su abogado pero no sabía su nombre.

No sabía nada.

Agitado y ansioso, se sentó en la cama y enterró la cabeza entre las manos. Debería estar contento. Jay Goodall había confesado delante de testigos que había mentido en el juicio. El deseo de Paul tras salir de la cárcel se había hecho realidad. Su nombre estaba a punto de quedar limpio.

Pero en lo único que podía pensar era en Kayla y en lo que le había hecho. Despreciándose intentó concentrarse en encontrarla. Pensó que en su estado emocional tendría que haber ido a algún lugar en el que pudiera estar sola o tal vez en busca de un amigo.

Lou. Claro. Lou era su mejor amiga.

Tomó el teléfono y encontró el número de la clínica de Lou. Cuando la recepcionista contestó dijo que la doctora no estaba pero que Kayla la había llamado apenas cinco minutos antes y le había dejado el recado a la doctora de que estaría en casa.

Casa. ¿Qué casa? ¿La de Albany o la de Cragmont? Una vez le había dicho que éste era el único lugar en el que se sentía segura.

Asintió. Tenía sentido. Kayla había regresado a la casa de la montaña.

Sola.

Se tranquilizó al pensar que allí estaría segura porque estaban los hombres de Hank haciendo guardia. Hank la protegería.

¿Pero entonces por qué tenía esa sensación extraña sobre la casa? Era la misma sensación que había tenido al abandonarla días antes. Una sensación de estar siendo manipulado para hacer justo lo que querían que hiciera.

Frustrado, se levantó de la cama y paseó arriba y abajo por la habitación. Tenía que resolverlo. El hecho de emprender la acción se convirtió en urgente.

«¡Piensa!», se ordenó. «Los ataques, todas las cosas que le han ocurrido, tiene que haber un patrón, claro, ¿pero cuál?». Estaba claro que los actos habían sido pensados para aterrorizarla, ¿pero con qué propósito? Su mente trabajaba a toda velocidad en busca de respuestas.

«Alguien con malas ideas que disfrute infligiéndole heridas emocionales. Por venganza. Para espantarla». Eso debía de ser. Alguien quería a Kayla, y por extensión a él, fuera de allí, y para ello nada mejor que una serie de ataques misteriosos. No se le ocurría el porqué pero eso podía esperar de momento. Tenía que saber quién lo estaba haciendo.

Tenía la mente clara por primera vez desde el encontronazo con Jay y las piezas comenzaban a encajar. ¿Quién sabía que Kayla estaría sola en la casa? Cualquiera con quien hubiera hablado Kayla, claro, la familia Thorne encabezando la lista. ¿Quién sabía que las serpientes le daban mucho miedo? Su hermano. Todos sus hermanos.

En vista de que no se veía que las puertas hubieran sido forzadas, ¿quién tenía llave de la casa? Los Thorne de nuevo. ¿Quién más? ¿Quién solía tener una llave de la casa de alguien? Un vecino en caso de emergencia. Alguien a quien se contrata para que cuide la casa.

Tal vez los obreros si se están haciendo reformas.

Obreros.

Se paró a considerar las asociaciones que estaba haciendo y consideró ésta última. Obreros. Obrero, en singular.

¿Quién la había oído decir que le daban miedo las serpientes?

¿Quién había estado haciendo reformas para la familia Thorne durante años y probablemente tuviera la llave?

¿Quién, desde el principio de la semana anterior, había estado apremiándola para que se marchara de la casa?

¿Quién se había mostrado disgustado cuando Paul había anunciado que se quedaría en la casa con ella?

Y cuando Kayla finalmente decidió que se iría, ¿quién lo había exhortado para que se fuera con ella?

Todas las preguntas tenían una misma respuesta: Hank.

Era el único nombre que encajaba aunque no lo pareciera, pero probablemente fuera porque Paul no tenía todos los datos. Su sexto sentido de policía le decía que Hank era el único que tenía la respuesta.

Y si no se equivocaba, en ese momento, Hank tenía la casa para él solo y Kayla se dirigía hacia allí.

Si tras cuatro años en prisión Paul había aprendido a soportar la sensación de miedo que le recorría el cuerpo, aquello no era nada con lo que sintió en ese momento. Si le ocurría algo a Kayla, él se moriría.

No sabía el número de Kayla del móvil. Pensó en Brian pero no le podía preguntar porque no estaba en casa. Miró el reloj y a continuación salió de la habitación. Se metió en el coche de Brian y colocó en el techo la sirena. Ignorando la lluvia que caía, se saltó todos los límites de velocidad. A toda velocidad por la carretera sólo pensaba en llegar a la montaña.

Kayla asomó la cabeza. Oía el ruido de una pala golpeando el hormigón. Provenía del final de las escaleras.

— ¿Hank?

El ruido de la pala se detuvo pero no obtuvo respuesta.

—¿Hank?

Oyó entonces varias herramientas entrechocando y los pasos apresurados por la escalera. Entonces apareció Hank. Llevaba una camiseta sin mangas. Tenía las manos y la cara manchadas de barro y sudor.

—Señora Thorne. ¿Qué está usted haciendo aquí?

Hank no parecía el mismo. No sólo por su aspecto descuidado sino por algo raro en su rostro. Tal vez fuera su imaginación pero le parecía que había perdido su habitual gesto de buen humor. No sonreía. En su lugar había un tipo duro y frío.

—He regresado antes —le dijo—. ¿Dónde están los hombres?

—¿Los hombres?

—Los que me dijiste que harían guardia en la casa.

—Ah, sí. Vendrán pronto. Seguro que la lluvia los ha retrasado —dijo él rascándose la cabeza—. ¿Está Paul con usted?

—No —dijo Kayla, que empezaba a ponerse nerviosa de nuevo—. Sólo yo —y al momento pensó que debería haber mentido.

—Bien, entonces venga a ver lo que estoy haciendo —dijo Hank dándole la espalda mientras empezaba a bajar las escaleras.

Kayla dudó. Un escalofrío de nerviosismo le recorrió la columna. Parecía una escena de una película de terror.

No, seguro que eran imaginaciones suyas. Era Hank. Walter había confiado en él. Y ella también. Y Paul también. La escena con Paul, la lluvia, Melinda... todo eso la había puesto nerviosa.

Siguió a Hank escaleras abajo hasta el sótano, donde Hank la estaba esperando.

Estaba excavando un hoyo bastante profundo en el suelo de hormigón. Alrededor había trozos de hormigón y también un montón de tierra, herramientas, un martillo neumático, un pico y una pala y también una linterna.

Kayla se acercó y miró dentro del agujero.

Y lo que había junto a él.

Huesos.

Huesos de un esqueleto. Un fémur, una mano, parte de un cráneo, un cráneo humano.

Levantó la vista y miró a Hank, que la miraba fijamente con una mezcla de arrepentimiento y locura. No podía ser. Era una idiota. Se giró hacia la escalera pero antes de llegar algo duro la golpeó en la cabeza y cayó sin sentido al suelo.

Cuando recuperó la consciencia, estaba tumbada dentro del hoyo, y Hank estaba en cuclillas a su lado, mirándola. Le dolía la cabeza. La lluvia golpeaba las pequeñas ventanas del sótano. Al principio veía doble hasta que logró enfocar de nuevo.

—Lo siento, señora Thorne —dijo Hank con tono arrepentido—. Siempre me cayó bien.

Kayla se sentó y se frotó la cabeza. Estaba un poco mareada pero no tanto como para no sentir el miedo. Cuando por fin pudo hablar le dijo:

—¿Qué ocurre, Hank?

—No debería haber vuelto —dijo Hank sacudiendo la cabeza—. Debería haberse quedado en Albany. Sólo necesitaba dos días. ¿Por qué no pudo quedarse dos días?

—¿Dos días? ¿Para qué?

—Para enterrar los huesos.

—Sí. Qué tonta he sido. ¿De quién son los huesos?

Al principio pensó que Hank no se lo contaría pero éste le sonrió con tristeza.

—De mi esposa y su amante.

—¿De verdad? —dijo ella en un esfuerzo por mantener la conversación mientras pensaba en algo.

—Sí. Sheila. Cuando salí de la cárcel, fui corriendo a casa ansioso por volver a verla y me la encontré en la cama con él. Era un vendedor o algo así. Cuando los vi juntos, bueno... —se encogió de

hombros— perdí los nervios.

—Claro que sí. Le hubiera pasado a cualquiera.

Hank asintió, contento de que Kayla lo comprendiera.

—Los apuñalé mientras dormían. Entonces me di cuenta de que tendría que enterrarlos en algún sitio seguro. No podía ser en el bosque porque hay muchos animales salvajes que podrían desenterrarlos. Entonces recordé que la iglesia no estaba en buen estado. El señor Thorne todavía no se había ocupado de arreglarla. Así que los enterré aquí. El suelo era de tierra. Entonces, cuando me ofrecí voluntario para arreglar el suelo y cubrirlo con hormigón todos creyeron que fue un acto de generosidad. Y lo hice.

—Muy inteligente —dijo ella moviendo las piernas con la esperanza de que Hank no se diera cuenta. Estaba perdido en sus recuerdos para entonces.

—Pero no quiero que crea que no me sentí mal, señora Thorne, porque no era así. Me sentí muy mal. Después, me senté aquí en la iglesia y pensé en ello. Sabía que tenía que pagar por lo que había hecho y aquí sentado, en la casa del Señor, comprendí lo que tenía que hacer. Tenía que pagar ayudando a los demás. Ayudaría a los ex presidiarios a empezar una nueva vida.

Hank sonrió entonces como solía hacerlo el antiguo Hank. Kayla pensó cómo la había engañado, cómo había engañado a todos, durante tanto tiempo. Se preguntó cómo no se habría dado cuenta de que debajo de la simpática fachada había un hombre que guardaba un oscuro secreto relacionado con el peor de los crímenes: el asesinato.

—Y eso es lo que hice —continuó él con orgullo—. Durante todos estos años he estado ayudando a esos hombres, a cientos de ellos. Una vez recibí una condecoración del gobernador y casi había olvidado lo ocurrido con mi esposa y su amante —su expresión se oscureció—. Pero entonces llegó usted y se dio cuenta de la filtración. Le dije que la arreglaría pero no quiso confiar en mi trabajo. No,

prefería que vinieran unos extraños. Tenía que sacar los huesos antes de que ellos los vieran.

—Entiendo —dijo ella asintiendo con la cabeza.

—¿De verdad? ¿Entonces por qué no dejó que me ocupara de las reparaciones?

Kayla se encogió de hombros.

—Estaba en el testamento, Hank, ¿recuerdas? El testamento del señor Thorne.

Hank giró la cabeza, escupió en el hormigón y después volvió a mirarla a ella.

—Sí, bueno, testamento o no, debería haberme dejado.

—Siento no haberlo hecho.

—Desde el principio traté de que se marchara para poder venir aquí.

—¿Entonces fuiste tú quien puso los huesos de pollo en la pila de estiércol?

—Sabía que los animales los olerían y vendrían. Usted es una chica de ciudad, supuse que saldría corriendo de aquí. Necesitaba que se marchara, necesitaba un par de días para sacar los huesos —frunció el ceño—. Pero no quiso irse. Es usted una mujer muy cabezota.

Paul también se lo había dicho. Daría lo que fuera por tener a Paul cerca.

—Entonces todo lo hiciste tú. Los ruidos.

—Sí.

—La rata en el porche.

—Pensé que la haría regresar a la ciudad.

—¿Y *Bailey*? ¿Era necesario hacerle daño?

—Se puso en medio.

—¿Y la serpiente?

Hank sonrió.

—Tuve que trabajar mucho en ese truco. La envié desde la ciudad.

Sólo era una pequeña serpiente negra. Puede morder pero no la habría matado. Nunca quise matarla, señora Thorne —dijo razonablemente—. Hasta me alegré cuando se lió con Paul... pero no quería marcharse.

Kayla había conseguido apoyarse en los pies. Le dolía la cabeza pero sabía que tenía que luchar por su vida.

Hank dejó escapar un profundo suspiro y tomó la pala.

—Lo siento mucho pero tengo que hacerlo —dijo Hank blandiendo la pala sobre la cabeza de Kayla. Pero ella estaba preparada. Consiguió agacharse y lo agarró por el tobillo haciendo que cayera dentro del hoyo con ella. Mientras él trataba de recuperar el equilibrio, Kayla consiguió salir del hoyo y se dirigió hacia las escaleras.

Oyó maldecir a Hank y a continuación el ruido de sus botas persiguiéndola. Al llegar arriba oyó una voz masculina llamándola.

—¿Kayla?

—¡Paul! Aquí abajo —gritó ella abriendo la puerta justo en el momento en que Hank la alcanzaba—. ¡Paul! —gritó angustiada.

Paul se apresuró al lugar y abrió la puerta con fuerza derribando a Hank y a Kayla en el acto. Ayudó a Kayla a levantarse.

—Es el culpable, Paul. ¡Ha intentado matarme! ¡Es un asesino! —dijo Kayla señalando a Hank.

—Vete. Llama a la policía.

Kayla no perdió tiempo en hacer lo que le decía y salió hacia el coche en busca del móvil.

Hank estaba en el suelo. Paul estaba a su lado, mirándolo. Era cierto, entonces. Hank era el culpable. El gusano que había convertido la vida de Kayla en un infierno la pasada semana, quien la había convertido en una víctima del miedo.

Cegado por la ira tomó al hombre por la hebilla del cinturón y lo tiró al hoyo que había estado excavando. Hank se quedó allí, mareado. Paul saltó al interior con él, el cuerpo temblándole de ira.

Hank lo miró aterrorizado. Durante un breve segundo, Paul recordó que ese hombre le había ofrecido una segunda oportunidad al darle un trabajo y un lugar donde vivir al salir de prisión. Era el hombre que había hecho mucho bien a la comunidad.

Pero, aunque Paul no sabía toda la historia, aquel hombre también era el culpable de aterrorizar a Kayla. Ella lo había llamado asesino. Y eso le bastaba. Perdiendo el control, cerró el puño, preparado para asestarle un golpe.

Pero algo lo detuvo. La mirada en los ojos de Hank, había algo familiar en ella...

Era la misma mirada que había visto en los ojos del hermano de Kayla ese mismo día, la mirada del animal débil que se enfrenta a otro mucho más fuerte.

Paul oyó que Kayla le gritaba que parara. Giró la cabeza pero no estaba allí. Eso, también, era un eco de algo que había ocurrido ese mismo día, delante de la comisaría. La voz le rogaba que no castigara a ese hombre, ni a ningún otro.

Porque él ya había ganado.

Era cierto. Hank no era rival para él. No era necesario que volcara su rabia en ese hombre. Se había terminado. Kayla estaba a salvo y ya habría llamado a la policía. Las autoridades se encargarían de él.

—De acuerdo —le dijo a Hank soltándolo para que pudiera levantarse—. Dímelo. No te haré daño si me cuentas la verdad.

Aliviado, Hank se quedó en el suelo y empezó a contarle la historia entera, tratando de justificarse. Paul lo miraba sacudiendo la cabeza sorprendido de hasta qué punto llegaban las personas para justificar sus más bajos instintos.

Pero él lo sabía demasiado bien. Cuando Hank terminó su historia, Paul lo sacó de allí, los brazos retorcidos detrás de la espalda. Kayla pareció aliviada al verlo.

—¿Has llamado a la policía? —preguntó Paul y Kayla asintió—. Vamos. Te acompañaré al coche. Enciende la calefacción. Estaré

contigo en un minuto.

Kayla asintió de nuevo.

Una vez dentro del coche, Paul se acercó al coche de Brian y buscó unas esposas en la guantera. Esposó a Hank al enganche que Brian había colocado para transportar su barca, y lo hizo sentarse en el suelo embarrado, bajo la lluvia.

Entonces se acercó al coche de Kayla y abrió la puerta del copiloto. Cuando se sentó, Kayla extendió los brazos y se echó a llorar.

## Capítulo 14

Mucho más tarde, y después de que Kayla y Paul hubieran narrado los hechos varias veces, y mucho después de que la policía se hubiera ido llevándose a Hank y hubieran precintado la iglesia, ambos descansaban en el porche. Hank, en su ansia por exonerar su culpa, había insistido en que los cortes que le había hecho a los postes no ponían en peligro la estructura, que sólo lo había hecho para asustarla.

Aun así, Paul no quería estar en el porche. Kayla tenía frío y estaba cansada, había pasado por muchas cosas ese día, había sufrido un golpe en la cabeza y era necesario que un médico la examinara; pero ella quería estar en aquel porche. Necesitaba sentarse allí, le había dicho.

Era realmente cabezota. Así que se sentaron envueltos en una manta mientras miraban cómo caía la lluvia sobre los matorrales.

Paul le tomó la mano y Kayla le sonrió.

—Gracias por rescatarme —dijo—. Una vez más.

—Es mi trabajo —se limitó a decir él.

—Me parece que tu trabajo ha terminado entonces.

—Y no hay nada que me haga más feliz, te lo aseguro —dijo él levantando un hombro.

Permanecieron sentados allí un rato más en medio de la bruma grisácea, el fantasmagórico perfil de las montañas frente a ellos y las luces de las casas entre los árboles.

—No siento lo que le hice a tu hermano, pero siento haberte asustado. Era lo último que quería —dijo él al cabo de un rato.

—Lo entiendo —asintió Kayla.

—Y sé que tengo que esforzarme por controlar mi temperamento, Kayla. No siempre fui así, te lo prometo. Es sólo que el tiempo que pasé en la cárcel me convirtió en otra persona.

—Calla —dijo ella—. Lo sé. Soy yo la que tiene que disculparse.

—Pero...

—No. Escúchame. Tenías razón. En lo de Walter y mis sentimientos hacia él.

—No debería haberlo dicho.

—Y yo no quería escucharlo. Pero a veces tenemos que escuchar cosas que no queremos, y tenías razón también en lo que dijiste sobre que yo quería que controlaras tu ira como por arte de magia. Y eso no es justo.

—Pero es razonable. Salí de la cárcel convertido en una bomba de relojería —suspiró—. ¿Sabes? Creo que esta noche me he dado cuenta de cómo podría ser todo. En la iglesia, quise golpear a Hank, aplastarlo, pero no lo hice. Tu voz dentro de mi cabeza lo impidió. Mi ángel de la guarda.

—Ni mucho menos —dijo ella riéndose.

—Sí lo eres —dijo él llevándose las manos entrelazadas a los labios y depositando un beso en la de ella—. Creo que apareciste en mi vida para ayudarme a sanar. Tardaré un tiempo pero espero que seas paciente.

—No me iré a ninguna parte.

—Bien.

Paul pensó en lo siguiente que quería decirle, y cómo quería decírselo y, sin más, salió de sus labios.

—Respecto a ese otro tema... —comenzó.

—¿Qué tema?

—El amor. Es... mutuo. Yo también te quiero.

—Bien.

Sonriendo, Kayla apoyó la cabeza en la pared, cerró los ojos y dejó que el sentido de esas palabras la invadiera. Paul la quería. Se lo

había demostrado de muchas formas desde que se conocieron y debía de haberle costado mucho decirlo. Le costaba mucho romper las barreras que protegían sus sentimientos y exponerlos.

Abrió los ojos y se giró hacia él. Paul la miraba con todo el amor en sus ojos grises.

—Te quiero mucho, Paul Fitzgerald.

—Eso es lo único que necesito.

Apretó los dedos de Kayla entre los suyos. Entonces, ambos giraron la cabeza para mirar a las montañas.

Paul sabía que, en un tiempo, estaría bien. Encontraría su camino. Los dos iban a empezar un camino y, en un tiempo, las cicatrices del pasado sanarían. Siempre y cuando estuvieran juntos, su mundo estaría completo.

Era un precioso día de primavera. Las flores lo inundaban todo y el olor llenaba el aire. Todos estaban allí. Con las copas de champán en la mano, brindaron mientras esperaban bajo el arco conmemorativo la llegada de la novia.

Lou estaba allí, sin su madre, que hacía poco había fallecido. Terri, Joe y las niñas también estaban presentes pero no Steven. La familia de Paul, su padre, la mujer de éste, sus hermanos, sus tíos y sus primos, todos resplandecientes. Adoraban a Kayla y ella sentía lo mismo.

Incluso Melinda, con sus ropas negras, había aparecido por allí con su sobrina. Ambas se mostraban tímidas y un poco fuera de lugar. La obsesión de Melinda había comenzado veinte años antes cuando vio a Hank enterrar los cuerpos. La escena la había perseguido desde entonces pero se había mantenido en silencio por miedo hasta que vio a Hank con Kayla en la iglesia.

Los nuevos socios de Kayla charlaban animadamente. Había utilizado el dinero de Walter para crear una clínica en Susanville, que atendía sobre todo a familias de inmigrantes recién llegados y también a familias que no podían pagar el médico. Kayla era feliz. Su

vida tenía sentido y tenía un lugar al que ir todos los días.

También Paul. Se había quedado con el negocio de Hank y lo había aumentado para ocuparse de trabajos de restauración. Todos los cargos contra él habían sido retirados y le habían ofrecido su antiguo trabajo, pero él había perdido el gusto por el trabajo de policía. Quería poner distancia entre él y un mundo potencialmente violento. Quería hallar la paz.

Se estaba esforzando por reparar el daño que había sufrido tras cuatro años en la cárcel. Incluso había asistido a terapia para controlar los accesos de ira aunque le había costado mucho trabajo tragarse el orgullo y sentarse junto a alcohólicos, maltratadores y violadores. Aun así, había apretado los dientes y lo había hecho. De ello había aprendido técnicas para detener el impulso que iba directo a sus puños.

Todas las mañanas, iba a la iglesia y se sentaba a escuchar la tranquilidad. Incluso rezaba a veces. Seguía sin creer en Dios pero rezaba al universo para que lo ayudara a controlar su ira.

Kayla había cedido su parte de la casa de Walter a las niñas de Terri y Joe al darse cuenta de que tenía que permanecer en la familia y ella ya no era parte.

Paul estaba construyendo una casa para los dos. Tendría un porche, también, tal vez no tan grande como el de los Thorne, pero sería de ellos, en el que podrían sentarse juntos a contemplar las nubes y los halcones sobrevolando el cielo.

Paul despertó de sus ensoñaciones al oír el ladrido de *Bailey* y, animado por éste, el ladrido del cachorro.

Era una hembra de labrador de color dorado, uno de los animales del refugio de la doctora Lou, y aunque a los perros más viejos no les gustaban los nuevos, *Bailey* había decidido tomar a la joven bajo su protección. Empezaron a perseguirse pero la doctora Lou se interpuso y los llevó hacia una esquina. Allí, les dio juguetes que pudieran masticar.

Un revuelo entre los invitados hizo que Paul levantara la vista y viera a su futura esposa caminando por el pasillo. Con el corazón henchido de amor, Paul la observó avanzar lentamente, del brazo de Lucas Fitzgerald. Su padre la había tomado como la hija que nunca tuvo y Kayla había rejuvenecido bajo las atenciones del hombre.

Su futura esposa estaba más hermosa de lo habitual. Llevaba un vestido largo de color lila y había adornado el pelo con flores del mismo color. Estaba embarazada pero era demasiado pronto para que se le notara y nadie lo sabía excepto ellos.

Cuando sus miradas se encontraron, Paul se hinchó de orgullo y gratitud. Con los meses, había aprendido a centrarse en dar las gracias por todo lo que tenía en vez de enfurecerse por lo que no tenía.

En unos minutos estaría diciendo «sí, quiero» al amor de su vida. No había duda. Era el hombre más afortunado del mundo.

**Fin**